

## PROLOGO DE LA 2<sup>a</sup> EDICION

Me decido a publicar esta segunda edición motivado por dos consideraciones. La primera, que habiéndose agotado la anterior, muchos potenciales lectores me han sugerido que lo haga. La segunda obedece a un pecado de jactancia: el de alardear que las líneas generales de las predicciones formuladas hace más de una década se confirman y acentúan en el mundo de hoy.

Este libro lo escribí en Pocitos, Montevideo, a mediados de 1963, como tarea obligada de un pasajero exilio político. Un eufórico ministro del Interior del gobierno de entonces tuvo la ocurrencia de perseguir a los dirigentes del partido político a que pertenezco. Nunca supimos el motivo real de esta inquina, aunque suponemos que lo era la circunstancia de que Rogelio Frigerio, desde su exilio en el Uruguay, se amañaba para reeditar con Juan Domingo Perón el Frente que había triunfado en 1958. La fórmula de candidatos presidenciales de este nuevo pacto Perón-Frondizi fue vetada por los militares que habían desalojado a los militares que derrocaron a Frondizi, con lo que daban indirectamente razón a estos últimos. En las elecciones que se hicieron en julio de 1963 estuvo proscripto el peronismo y, por consiguiente, se abstuvo de votar, con la consiguiente solidaridad del grupo de Frondizi, su aliado en el Frente.

Exiliados y proscriptos pudimos dejarnos vencer por la evidencia de estos contrastes. Pero nuestro partido no cejó y pude concluir el epílogo de mi libro augurando la "inevitable restauración de la democracia y la reasunción de la obra de desarrollo, mediante la unión de los sectores populares y

de todas las clases sociales para reconquistar a la Argentina aprisionada.”<sup>1</sup>

También en el plano internacional se acumulaban nubes en el horizonte. Estados Unidos y la Unión Soviética habían afrontado, el año anterior, una de las peores crisis en sus relaciones: el caso de los misiles rusos en Cuba. Crecía la intervención norteamericana en Indochina. Ese fue también el año del asesinato de Kennedy y de la muerte de Juan XXIII. Corrían aparente peligro las tendencias a la distensión y la convivencia. Eran serias incógnitas las sucesiones del presidente norteamericano y del pontífice de Roma. En contraste, ese fue también el año del acuerdo entre Francia y la República Federal Alemana, de la firma del primer pacto de prohibición de armas nucleares entre Estados Unidos, la URSS

<sup>1</sup> No podemos omitir aquí una referencia somera al proceso de restauración de la soberanía popular que entonces presagiamos y que, efectivamente se inició con los comicios de marzo de 1973 en nuestro país. Después de un frustrado ensayo de “revolución argentina” asumido por las Fuerzas Armadas que, al mando del general Juan Carlos Onganía, derrocaron al inoperante e irrepresentativo gobierno minoritario del doctor Arturo Illia (U. C. R.), nuestro país había caído de nuevo en una tremenda crisis. Los militares, que prometieron cambiar las estructuras del atraso y la dependencia, se entregaron dócilmente a la influencia política de los monopolios internacionales o se perdieron en tímidos ensayos de un nacionalismo formal durante los gobiernos de los generales Onganía, Levingston y Lanusse (1966-1973). Agotada esta experiencia, el país clamaba por una salida en la que pudiera expresarse sin cortapisas la soberanía popular, retaceada desde 1955, cuando fue derrocado el presidente Perón.

De ahí que el pronunciamiento popular en favor del Frente Justicista de Liberación en los comicios de marzo de 1973 fuera clara expresión del anhelo de toda la comunidad de emprender un nuevo y decisivo camino de liberación.

El Frente fue resultado de una convocatoria formulada desde Madrid por el exiliado general Perón quien propició la unión nacional y reunió a todos los sectores sociales y partidos políticos. En un documento titulado “La realidad es la única verdad” Perón examinó el momento político y propuso un plan de reactivación económico-social claramente articulado en postulados concretos. A su regreso definitivo a su patria, Perón reiteró personalmente el llamado a la unidad.

A poco de instalado el gobierno del Frente, bajo la presidencia del doctor Héctor Cámpora, se puso en ejecución un plan económico que, con la apariencia de un programa renovador, conducía fatalmente

y Gran Bretaña, y de la inauguración del teléfono directo entre Moscú y Washington.

Estaban, pues, en pugna, como siempre, factores que favorecen la paz y factores que favorecen la guerra. Pero las corrientes profundas del proceso eran inequívocas para nosotros: las condiciones objetivas señalaban que la humanidad marchaba hacia la “liberación del temor”, expresión popularizada por Franklin D. Roosevelt. La amenaza de una tercera guerra mundial —esta vez con armas nucleares— era intolerable para el hombre. Todo indicaba que el mundo haría un uso positivo de los instrumentos, casi mágicos, que surgían de la revolución científico-tecnológica de la segunda mitad del siglo xx. Y también era inevitable que esos beneficios no serían acaparados por los grandes centros industriales, sino que se

a mantener el *statu quo*, a desarticular el aparato productivo de la nación y a hacer retroceder al país a los peores estadios de pauperización y dependencia. Este programa siguió aplicándose cuando el general Perón reemplazó en el gobierno al doctor Cámpora y después de la muerte del Presidente.

Habría que profundizar en el análisis de las razones o causas que desviaron al general Perón de las ideas expuestas desde Madrid y que sirvieron de fundamento a la plataforma electoral del Frente y lo llevaron a propiciar, en cambio, la designación del equipo económico del señor José Ber Gelbard cuya política contó con su respaldo y desde la cual arranca el derrumbe del régimen. Futuros historiadores tendrán mayores elementos para explicar esta claudicación del anciano caudillo.

Lo cierto es que, después de la desaparición de Perón se alteraron numerosos ministros de Economía que aplicaron, conjunta y alternativamente, las medidas más drásticas del recetario recesivo antiinflacionario del liberalismo y las medidas más demagógicas de un populismo elemental y de un nacionalismo retórico y estatizante.

Mi partido, el Movimiento de Integración y Desarrollo que, en cumplimiento de su doctrina y de sus antecedentes, respondió inmediatamente a la convocatoria del general Perón para formar el Frente, denunció estas desviaciones del programa expuesto en el documento “La realidad es la única verdad” y se opuso, desde el primer momento, al plan económico del flamante gobierno del doctor Cámpora. En sucesivos pronunciamientos, el MID anticipó los extremos catastróficos en que terminaría este proceso de genuina traición al pronunciamiento revolucionario de las urnas.

Se frustró de este modo, con el colapso del régimen implantado en 1973, otra gran oportunidad histórica de producir los cambios es-

difundirían para sacar de la pobreza y del atraso al mundo subdesarrollado.

Hacia esto vamos, aunque los signos tarden en pronunciarse. El mundo colonial ha roto los últimos vínculos de la dependencia con la liberación de las colonias portuguesas de África y con la victoria de las fuerzas nacionales en el sudeste asiático. La península hispano-portuguesa se estremece por los cuatro costados con la insurgencia de sus pueblos contra la tiranía. En la legendaria Europa se avasanallan las barreras ideológicas de la "guerra fría"; se realizan encuentros internacionales para el desarme y la seguridad en los que participan los países capitalistas y los socialistas; se incrementan los

estructurales que es menester introducir para convertir a un país agro-importador en una potencia industrial integrada y libre.

La experiencia, realmente trágica para el destino de la República y para el bienestar y la seguridad del pueblo (la crisis alcanzó a comienzos de 1976 caracteres sin precedentes en nuestra historia) ha servido, sin embargo, para demostrar la obsolescencia de las ideas de la clase dirigente argentina, representada por los conductores de algunas organizaciones empresarias y sindicales y de casi todos los partidos políticos que elaboraron y apoyaron los planes económico-sociales de 1973, en los que se originó la crisis. Podemos afirmar que este dramático y nefasto experimento pone en evidencia que las recetas perimidas del liberalismo, mezcladas con un falso nacionalismo formal y la demagogia populista (de todo esto se nutren los partidos políticos y los ideólogos de la burocracia sindical) constituyen toda una filosofía contrarrevolucionaria y antinacional, por más que se disfraze de palabrerío revolucionario. Y que la verdadera revolución nacional en la Argentina la harán los sectores sociales y partidos políticos que se unirán —tarde o temprano— para ejecutar el programa del desarrollo independiente de nuestra economía, que parte de la explotación integral de nuestros recursos naturales, la creación de la industria pesada y de la infraestructura energética y de servicios y de la expansión constante del mercado interno y del nivel de vida del pueblo.

El reciente fracaso del gobierno del Frejuli —que defraudó una honda y anhelosa expectativa popular— es el resultado flagrante de haber renunciado a una política de desarrollo y transformación de las estructuras productivas para reemplazarla por la más dislocada, incongruente e irresponsable gestión de gobierno, impulsada por las más cambiantes versiones del nacionalismo de medios y de la burocratización de la economía y las más viejas recetas de la política antiinflacionaria liberal.

intercambios económicos y culturales entre ambos sectores y se negocia con la Unión Soviética y con China.

Las grandes potencias de Norteamérica y Europa, que alcanzaron el cenit de su desarrollo en la década de los años 60, enfrentan hoy una crisis de ese crecimiento. Se derrumban los controles monetarios de Bretton Woods, se reduce el comercio, resurgen corrientes aislacionistas, crecen la inflación y el desempleo. El alza descomunal del precio de los hidrocarburos abre enormes grietas en la balanza de pagos de los mayores países industriales.

Esta crisis asumiría caracteres tan graves como los que mostró la de los años 30 si no fuera porque aquella experiencia y los extremos actuales de la economía —distintos a los de entonces— hacen que se tengan mayores elementos para conjurar la caída. Si alguna reflexión cabe hacer sobre el porvenir de esta recesión es que sólo será superada radicalmente cuando estadistas y grupos influyentes en las grandes potencias comprendan que las dimensiones de la producción de la era tecnológica exigen que sean equivalentes las dimensiones del mercado, que ya no pueden ser las del comercio entre las naciones adelantadas (que representa el ochenta por ciento de los intercambios mundiales), sino que hay que marchar urgentemente hacia la expansión de un enorme mercado mundial integrado por los 2.000 millones de habitantes de los países pobres que están marginados del consumo masivo. El desarrollo acelerado del Tercer Mundo es la salida orgánica a la crisis del sector adelantado. Ingentes recursos financieros y tecnológicos tendrán que volcarse hacia esta nueva "colonización" de pueblos que ya no se dejan *colonizar* en el sentido clásico del vocablo. Ahora debe hablarse de una cooperación a escala planetaria, para el desarrollo de los pueblos atrasados. Recientemente, el presidente Ford y el señor Kissinger hablaron de esta cooperación con sus aliados europeos.

Hemos agregado un nuevo capítulo a la primera edición (el capítulo séptimo) para reseñar estas corrientes y para registrar los acontecimientos ocurridos desde 1963. Como afirmamos en ese último capítulo, la evolución sigue confirmando nuestras tesis. Aparte del grave conflicto árabe-israelí y el de menor cuantía de la isla de Chipre, no hay, en este momento, otros focos de peligro de alcance mundial. La cooperación americano-soviética es más intensa que nunca y hasta se eleva a las alturas del cosmos con los programas conjuntos de explotación espacial.

Nada es lineal en este proceso hacia la paz y la cooperación. La historia está siempre plagada de contradicciones, de avances y retrocesos. Ni siquiera puede descartarse el error, la temeridad, la locura, en el comportamiento de quienes tienen la responsabilidad de dirigir a los pueblos. Todo esto es lo imprevisible, lo anormal, lo extraño. Pero quienes nos atrevemos a desentrañar la dirección del acontecer histórico estamos obligados a manejarlos con hipótesis normales, con coordinadas previsibles. Son ellas las que tuve en cuenta, algo más de una década atrás, cuando publiqué la primera edición. Son ellas las que me guían ahora. Tengo la convicción, hoy como ayer, de estar en la verdad. Mejor para todos.

Buenos Aires, junio de 1976.

## PROLOGO DE LA 1<sup>a</sup> EDICION

Roma, 4 de diciembre de 1962. Desciendo del avión y compro los diarios italianos. En todos ellos se reproducen en primera plana las fotos del pontífice Juan XXIII y de Palmiro Togliatti, líder del Partido Comunista Italiano. Es que los dos acontecimientos de la semana son el cierre de la primera parte del Concilio Vaticano II y la apertura del 10º Congreso del Partido Comunista.

La Iglesia Católica, universal y eterna, afirma su vocación ecuménica y renueva su lenguaje sin modificar empero sus dogmas sustanciales. El comunismo peninsular, el más importante y dinámico de Europa, sin apartarse de Marx, intenta adaptarse a las nuevas condiciones de la lucha mundial por el socialismo e integrarse en el cuadro del desarrollo nacional.

Pienso que la coincidencia no es meramente geográfica, ni casual el hecho de que ambos acontecimientos se desarrollen en la Ciudad Eterna, uno de los grandes centros del genio de la especie. Algo esencialmente nuevo y revolucionario está ocurriendo en el mundo para que los corresponsales de todas las agencias de noticias y de los diarios, llegados de Oriente y Occidente, converjan en Roma para informar sobre dos circunstancias tan disímiles, convencidos de que ambas reflejan a su manera una misma y cambiante realidad histórica: el irreprimible proceso hacia la convivencia, hacia la síntesis y la universalidad de las ideas y las aspiraciones de los hombres y de las naciones, bajo el signo unificador de la paz.

Esa misma tarde, mientras desde la terraza de Piazza Spagna escuché el rumor de las calles atestadas, advierto que el destino me ha deparado el privilegio de haber sido testigo, en los últimos veinte años (de los cuales más de la mitad residiendo en los Estados Unidos y Europa), de esta dramática aventura

de los pueblos por evitar la destrucción, abolir el odio, compartir los beneficios de la civilización y la cultura, desarrollar al máximo sus posibilidades y recursos, universalizar las conquistas de la ciencia y emprender unidos la exploración del cosmos. Hago el balance de esta experiencia, a la que agrego particularmente la que surge de mi participación en los recientes acontecimientos de mi país, y las proyección retrospectivamente sobre las ideas y motivaciones de mi juventud estudiantil, contemporáneas del vasto movimiento universal de las izquierdas. Me asalta entonces la idea de trasladar este testimonio personal, con todas las reflexiones y reacciones registradas a lo largo de cuarenta años de observación y militancia, a un reportaje objetivo, periodístico, sobre el desarrollo de las ideas y la evolución de los hechos mundiales en ese lapso tan nutrido de enseñanzas.

Aspiro a que esta entrevista con el mundo de las ideas sociales sirva para que todos nos consagremos a pensar serenamente y a escoger los caminos que acorten la marcha inevitable de la humanidad hacia la paz y hacia el bienestar de todas sus criaturas.

## CAPITULO PRIMERO

### ENTREVISTA CON EL AUTOR

Un día de abril de 1930, cuando sepultamos a mi padre, no sabía yo que también se cerraría muy pronto un ciclo de mi propia vida. Era precisamente el ciclo representado por el cuerpo inerte del hombre que no solamente me había engendrado, sino que me había trasmisido, en cada célula de su sangre, la esencia de mi tierra y de mi pueblo.

Mi padre había nacido en Corrientes, como mi madre, mis hermanos y yo. Hijo de españoles de buena posición y mano larga, cuando quedó huérfano tuvo que trabajar de sol a sol, a ratos en la ciudad y a ratos en el campo, siempre en contacto con el peón guaraní, cuyo idioma hablaba con fluidez. En aquel entonces la peonada correntina se manejaba mejor con el idioma indio mezclado fuertemente con el castellano. Mi madre, maestra y muy culta, infatigable colaboradora de su marido, hacía esfuerzos inauditos por aprender ciertas expresiones y giros que los peones comprendían mejor en guaraní. A muchos de ellos les enseñó a leer y a escribir, lo mismo que a varias generaciones de sus hijos y a los suyos propios, porque nosotros entramos en la escuela sabiendo ya las primeras letras.

Esta historia familiar tiene mucho que ver con todo lo que leerá más adelante quien me lea, porque nací y me crié en ese ambiente patriarcal de provincia y fue enteramente criolla mi formación infantil.

Además, nací tocado por la política, porque mi padre fue el más grande caudillo liberal de la ciudad de Corrientes y su contorno campestre. El Partido Liberal, de neto origen mitrista, tuvo un caudillo máximo, don Juan Esteban Martínez, de quien mi padre fue amigo y lugarteniente. Mis hermanos y yo nacimos arrullados por los disparos de no se cuántas revoluciones locales, en las que se dirimía una vieja rivalidad

entre el partido de mi padre y el del legendario Juan Ramón Vidal, el Partido Autonomista, de raíz alsinista.

Mi infancia transcurrió entreverada con esas bravas disputas lugareñas, últimas manifestaciones de corrientes históricas nacionales que hacía tiempo habían caducado. En realidad, ambos partidos rivales eran ramas del conservadurismo y habrían de reconciliarse en cuanto su control alternativo del poder se sintió amenazado por la aparición del radicalismo yrigoyenista, del que hablaremos en seguida.

Ante el enemigo común, liberales y autonomistas sellaron sucesivos pactos electorales. La palabra "pacto" se incorporó a mi vocabulario político mucho antes de que la reacción conservadora le diera connotación peyorativa en ocasión del pacto Perón-Frondizi. Los jóvenes del Partido Liberal —que ilusoriamente quisimos siempre imprimir una orientación progresista a nuestro partido— éramos violentos opositores del pacto con los autonomistas. Pero nuestros jefes predicaban la bondad "patriótica" de tal acuerdo, perfectamente articulado en el reparto de posiciones en el gobierno, desde el cargo de ministro hasta el de sargento de policía. Los pactos que hace la oligarquía para oponerse al triunfo del pueblo nunca son inmorales. Lo son, en cambio, los que hacen los partidos populares y mayoritarios para sortear las trampas jurídicas tendidas en las leyes y estatutos electorales con objeto de impedir el triunfo del pueblo.

Los jóvenes liberales de Corrientes fuimos también partidarios de la incorporación del Partido Liberal a la Alianza Demócrata Socialista que en 1931 proclamó la fórmula presidencial de la Torre - Repetto. Lisandro de la Torre era el líder del Partido Demócrata Progresista, agrupación, pequeña de tendencia liberal de izquierda, cuyo peso político dependía enteramente de la figura excepcional de su jefe, uno de los más brillantes y honestos políticos argentinos contemporáneos, símbolo del último intento de nuestras clases dirigentes por adaptarse a las corrientes universales del liberalismo progresista. Se suicidó en 1939.

Cuando el Partido Liberal decidió —por gravitación mayoritaria de su ala derecha— apoyar la fórmula presidencial conservadora Justo - Roca, que finalmente triunfó en los comicios de 1931, toda la juventud del partido lo abandonó y pasó a integrar la Alianza Demócrata Socialista.

Esta conjunción popular habría derrotado a la reacción entonces, si la Unión Cívica Radical —proscripta por decreto del gobierno militar— no hubiera ordenado a sus adherentes

la abstención, en lugar de volcarse al apoyo de la Alianza encabezada por de la Torre. El predominio conservador, que duró casi tres lustros desde esa fecha, se nutrió de esos sucesivos desencuentros de los sectores populares.

Con mi incorporación a la Alianza Demócrata Socialista, cuyas listas de candidatos al Congreso Nacional integré, dejé atrás los hechos más entrañables de mi infancia.

Años más, años menos, el viejo caudillismo conservador entroncado en la Argentina pastoril se iría extinguendo. Sus herederos ya no serían caudillos populares, sino políticos del Círculo de Armas, abogados de consorcios extranjeros, hacendados modernos y capitanes de la naciente industria nacional.

La estirpe de Roca y Pellegrini, la oligarquía ilustrada que había edificado el progreso argentino, había desaparecido del escenario histórico entre los sacudimientos de la primera guerra mundial. Políticamente, la derrotó el radicalismo en 1916. Económica y socialmente iría perdiendo su gravitación a medida que entrara en crisis —irreversible y progresiva— la estructura que la sustentara en el pasado, una economía apoyada en un sueño: la demanda estable y suficientemente retributiva de nuestros productos agropecuarios en el mercado mundial.

Este país de fértiles praderas, "granero del mundo", "granja británica", como acertadamente lo definían los periódicos europeos, había llegado a su cenit en 1910, año del primer centenario de su independencia política.

Cuando en 1913 ingresé en el primer grado de la escuela primaria de Corrientes, mi país era Buenos Aires y su pampa húmeda. Los ganaderos correntinos eran tributarios de los porteños; eran productores de segunda clase, explotados por los compradores de hacienda y los frigoríficos. Peor aún era la condición de los santiagueños y los riojanos. Tucumán, Salta y Jujuy, por una parte, y la región de Cuyo, por la otra, vivían de dos industrias fuertemente protegidas y subsidiadas por el ahorro depositado en los bancos de Buenos Aires: el azúcar y el vino. La Patagonia era tierra ignota, aislada del resto de la Nación.

Buenos Aires gobernaba el país, por intermedio de una oligarquía social y política adueñada de los resortes del poder. No era solamente una hegemonía política. Dominaba la educación y la cultura, fuertemente imbuidas de la filosofía liberal del siglo XIX, formalmente democrática y republicana en lo político, agnóstica en el campo de las ideas, permeable a todas

las corrientes del pensamiento y del arte europeos, y empeñada sinceramente en transplantarlas a nuestro medio como instrumento civilizador.

Los jóvenes nos formábamos en esa disciplina y nuestros maestros nos enseñaban una historia sabiamente orientada a demostrar que las grandes expresiones populares del pasado —el federalismo de las misioneras, la desesperada lucha de las provincias por integrarse en el cuerpo de la nación— eran manifestaciones de barbarie gaucha. Recuerdo los esfuerzos que debían hacer algunos de mis buenos profesores del Colegio Nacional (entre otros Hernán Gómez y Carlos Benítez) para sacudir la rutina de los textos y enseñarnos a admirar a los héroes federales de Corrientes, Santa Fe y Entre Ríos.

Sin embargo, los festejos del Centenario marcarían el ocaso de la hegemonía política de la oligarquía. Seis años después (1916) sería derrotada en los primeros comicios libres realizados bajo el régimen de la ley Sáenz Peña, de sufragio universal y secreto. El nuevo presidente se llamaba Hipólito Yrigoyen, nacido a la lucha cívica en el autonomismo alsinista, pero paradójicamente aliado a Mitre en la Unión Cívica, de la cual se separó, precisamente por oposición al vencedor de Pavón, para fundar la Unión Cívica Radical, en 1892.

No tenía yo edad suficiente para atisbar siquiera el significado de la ascensión del radicalismo al poder. Mi familia, por otra parte, era furiosamente antiradical. Pero recuerdo que algunos de mis primos, mayores que yo y del mismo origen conservador, se hicieron yrigoyenistas entonces. La juventud de todo el país se sintió atraída por este conspirador silencioso y tenaz, fanático de las libertades públicas, que llegaba al gobierno después de más de treinta años de dura lucha en el seno del pueblo.

La plácida arquitectura de la Argentina tradicional tembló ante la irrupción del pueblo en sus viejos reductos: el gobierno, la educación, la universidad, el ejército. Las "horcas" yrigoyenistas desataron los caballos de la carroza que transportaba a Yrigoyen a la ceremonia de asunción del mando. La "chusma" se instaló en las antecasas de la Casa Rosada, en los ministerios, en el Consejo Nacional de Educación, en los gobiernos provinciales y en el Congreso.

El nuevo presidente de la República representaba, para la inteligencia de las clases dirigentes, la barbarie, la demagogia, la corrupción. Se daba por sentado que esa masa ignorante que lo apoyaba no podría gobernar y se limitaría a esquilmar

el país. Nos habían enseñado que la ignorancia y la inmoralidad habían sido características invariables de todos los caudillos populares y lo serían en adelante, y que, a la inversa, ningún dirigente culto de la oligarquía había sido mentiroso, ladrón o asesino.

Esta descalificación apriorística de lo popular, de la cual estaba tan impregnada la pedagogía de la historia en nuestro país, estaba llamada a ser una constante de la evolución política argentina a partir de la implantación del sufragio universal. En una tácita complicidad intelectual, izquierdas y derechas sostenían que el pueblo no está preparado para asumir la responsabilidad del gobierno y que debe ser sometido a una lenta y ardua tarea de aprendizaje antes de declararlo apto. "Educar al soberano" fue algo más que una noble aspiración sarmientesca: fue toda una trampa política que las derechas emplearon para justificar el fraude electoral, sistematizado desde 1930, y los socialistas de todas las denominaciones emplearon para explicar su desarraigo de las masas.

Tan extraordinariamente hábil ha sido esta táctica a lo largo de nuestra accidentada historia institucional, que el temor al pueblo es un meridiano que pasa por las más diversas capas sociales, desde el aristócrata europeizante hasta el burócrata de clase media. Su síntoma más grave es el impacto que ha hecho en la mentalidad de nuestros oficiales de las fuerzas armadas. Aun ellos, que semipermanentemente han sido víctimas deanáloga descalificación por parte de la oligarquía y de la izquierda ("los militares al cuartel"), han caído en la trampa de recelar del pueblo de cuyo seno multitudinario provienen. El día en que ellos adviertan claramente la maniobra y fraternicen con el pueblo en lugar de temerle, se echarán las bases de una sólida e irreprimible conciencia nacional de los argentinos, única y verdadera valla contra la disgregación y la anarquía.

El pueblo estaba, sin embargo, en el gobierno en 1916. El hecho tuvo repercusiones que trascendieron la mera victoria electoral de los radicales. Aun los que no militábamos en sus filas, fuimos influidos por el acontecimiento. Comprendimos que la era de los gobiernos sin pueblo había terminado y que nuevas ideas y motivaciones se ofrecían a nuestro quehacer político.

Una de esas repecusiones fue la Reforma Universitaria de 1918. Del mismo modo que el pueblo había asaltado los bas-

tiones políticos de la oligarquía, la juventud estudiantil asaltó su más alto bastión ideológico, la Universidad.

Lo importante fue que el movimiento reformista argentino no se limitó al objetivo de transformar la institución universitaria. Tuvo, desde el primer día, una proyección histórica y un ámbito continental. El 21 de junio de 1918, la Federación Universitaria de Córdoba publicó un manifiesto explicativo de su alzamiento contra las autoridades de la casa de estudios, pero dijo enfáticamente:

“Creemos no equivocarnos; las resonancias del corazón nos los advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana”. Y concluía con un saludo “a los compañeros de América toda y les incita a colaborar en la obra de libertad que inicia”.

Al impulso de este movimiento juvenil se efectuaron importantes cambios en las formaciones políticas de toda América Latina. Partidos políticos como el APRA del Perú, fueron vástagos directos de la Reforma. Una nueva generación de dirigentes apareció en todos nuestros países, desde el Caribe hasta el Río de la Plata. En la Argentina, la Reforma fracasó en algunos tímidos intentos de constituirse en partido político, pero formó a una generación universitaria que se infiltró en todos los partidos, inclusive en los partidos conservadores, y que, con éxito desigual, inclinó a dichos partidos hacia la izquierda ideológica. Constituyó, en muchos casos, grupos de choque dentro de las viejas estructuras partidarias, especialmente en el radicalismo y el socialismo.

La acción política de la juventud reformista tuvo dos estilos diferentes en América Latina. En los países de la llamada Indoamérica, el origen social de los estudiantes, por una parte, y la realidad socioeconómica de sus pueblos, por la otra, determinaron que la política de la nueva generación nacida con la Reforma tuviera raíces criollas bien definidas, entroncadas con la suerte miserable de las masas indígenas y campesinas. El APRA es su ejemplo más notorio.

En cambio, en las naciones del cono sur de América, los estudiantes pertenecen a la clase media superior y viven y actúan en función de su inmediato contorno urbano, fuertemente expuesto a la influencia de los movimientos sociales y políticos de ultramar.

Así los reformistas argentinos fuimos influidos por la revolución rusa de 1917 más que por el examen de nuestra propia realidad social. En la Universidad de Córdoba, los estudiantes

realizaron un funeral cívico en ocasión de la muerte de Lenín (1924). Los hechos de la guerra civil española, de la ocupación de Manchuria por los japoneses, de la segunda guerra mundial, de la lucha antifascista, de la revolución en China y el sudeste asiático y de la guerra de Corea, han sido los grandes motores de la agitación estudiantil entre nosotros, además, claro está, de las reivindicaciones específicamente pedagógicas.

No era casual, por supuesto, esta actitud. Integraba toda una tradición de los movimientos sociales y políticos argentinos de izquierda, desde la organización de los primeros sindicatos por inmigrantes y refugiados europeos, hasta la unánime mentalidad pedagógica y libresca de los líderes del socialismo.

De este modo, toda la generación formada en las luchas de la Reforma pasó a integrar las filas de la izquierda política. Aun el gran sector estudiantil que ingresó en el radicalismo antes y durante el primer gobierno de Yrigoyen, no permaneció mucho tiempo en el partido o señaló claramente sus diferencias programáticas con él. Un fuerte núcleo, sin embargo, se mantuvo fiel a Yrigoyen.

La gran mayoría de los reformistas, que fuimos alentados y sostenidos en nuestras luchas por la intuición del viejo Yrigoyen, nos unimos al coro intelectual, orquestado a izquierda y derecha, que abominaba de la anfibolítica literatura oficial y se mofaba del elenco gobernante.

En cuanto la oligarquía estimó que era intolerable la permanencia de un gobernante que tenía el apoyo reiterado de su pueblo; que defendía la soberanía y la autodeterminación de la República; que compraba petróleo barato en Rusia para refinarlo en el país; que echaba las bases de explotación nacional de los hidrocarburos y que hacía votar en el Congreso importantes leyes laborales, decidió que había tolerado demasiado este experimento de gobierno popular. Con su prensa, sus legisladores y sus escritores organizó la campaña de descrédito, que serviría de clima para el golpe de Estado. Formó dos ejércitos, uno civil y otro militar, para derrocar a Yrigoyen. El ejército civil estaba encabezado por la juventud reformista de las universidades y por los intelectuales y políticos de izquierda.

Nos alzamos contra la “corrupción y la ignorancia” del yrigoyenismo, dejando a salvo nuestra oposición a toda eventual dictadura militar. Con Alfredo L. Palacios, decano de

la Facultad de Derecho, pedimos simultáneamente la renuncia de Yrigoyen y la inmediata convocatoria a elecciones si se producía un motín militar. La oligarquía auspició entusiasticamente este plan "democrático", segura como estaba de que la caída del gobernante legítimo no podía tener otra consecuencia que la apertura desembozada hacia la arbitrariedad y el fraude.

Nosotros, los estudiantes reformistas, creíamos que la renuncia de nuestro decano, el doctor Palacios, y los manifiestos antimilitaristas que suscribimos al día siguiente del golpe de Estado serían más decisivos que las fuerzas desatadas por la reacción. Este enfoque idealista, que hubiera hecho ruborizar al más ignorante de los diputados mencheviques de la Duma, era amplificado por la dirección del comunismo criollo y por los dirigentes estudiantiles de entonces.

Lo malo es que, treinta años después, la izquierda argentina sigue creyendo que los manifiestos son más reales que la realidad, y que basta decir "por aquí sí, por aquí no, hasta ahí no más", para que los hechos se ajusten a estos esquemas y consignas ideales, en lugar de que las consignan surjan del análisis objetivo de los hechos.

Tampoco sabían los militares que derrocaron a Yrigoyen —ni siquiera su jefe, el general Uriburu— que la quiebra de la legalidad republicana era un hecho en sí mismo y de infinitamente mayor trascendencia que la remoción del presidente. Significaba aplastar en germen la primera experiencia de gobierno del pueblo, hacer retroceder el país y aislarlo de su perspectiva mundial; en suma, conspirar contra los intereses de la Nación en su conjunto.

Un joven oficial del Ejército, llamado Juan Domingo Perón, marchó con las tropas sobre la Casa Rosada en 1930. Trece años después (1943) saldría de nuevo de los cuarteles para derribar un gobierno y un sistema que tenían su origen en el motín de Uriburu. Los esquemas no habían servido; la ruptura de la legalidad produjo sus frutos inevitables: el fraude "patriótico", el gobierno usurpador de las minorías, el retorno de los servidores del colonaje británico, la década del pacto Roca-Runciman, la solitaria y homérica lucha de Líandro de la Torre en el Congreso, el asesinato de Bordabehere, la represión obrera y estudiantil, la desocupación y las "ollas populares".

Durante esa época del 30, me tocó actuar al frente del movimiento estudiantil reformista, desde la presidencia del

Centro de Estudiantes de Derecho y de la Federación Universitaria. Fue entonces que me vinculé a Arturo Frondizi y anudé una amistad que perdura y se agranda en la absoluta identidad de servicio a la causa nacional que él personifica con insuperable terquedad.

Luchamos con ventaja, porque el enemigo detentaba los resortes del poder, pero la historia lo había desahuciado definitivamente. La Argentina real era la contrafigura de la Argentina que la clase dirigente creía conservar. La crisis política de la oligarquía reaccionaria —postergada artificialmente por la fuerza— era resultado de una crisis definitiva de la estructura económica. Simplemente, la Argentina de nuestra generación ya no encajaba en el esquema tradicional del país exportador de alimentos a Europa e importador de bienes de capital y mercancías. El producto de sus ventas no alcanzaba a pagar el importe de sus compras. La población crecía y se desplazaba a las ciudades en número sin precedentes. La ciudad la acogía precariamente, porque la industria se debatía en la incapacidad de crecer. Su capacidad de importar maquinaria y materias primas tropezaba con el tope del producto de las exportaciones, cuyo valor decrecía mientras se encarecía, en cambio, los artículos importados. Las presiones demográficas y sociales incrementaban la demanda interna y achicaban los saldos exportables. El pueblo trabajaba a cambio de salarios insuficientes. La crisis afectaba también a sus patrones de la industria y a los productores del campo. Un nuevo país tenía que construirse sobre las ruinas del anterior.

El golpe militar del 4 de junio de 1943 no encontró resistencias para desmontar la precaria estructura política de las minorías, asentada sobre el fraude. En realidad, esa estructura estaba históricamente agotada y no se rehabilitaría jamás, salvo en fugaces intentos frustrados. Perón le asestó el golpe de gracia al pulverizar los viejos cuadros partidarios y al crear un movimiento nacional y popular que abarcaba a los trabajadores de la ciudad y del campo, la naciente burguesía industrial y el comercio, profesionales y empleados de clase media y oficiales de las tres armas.

Era el suyo un movimiento más vasto y coherente que el yrigoyenista, mejor disciplinado y nucleado en torno de una organización sindical de enorme fuerza numérica y profunda identificación nacional. Yrigoyen no tuvo otro programa que la reacción instintiva en favor de las libertades cívicas aho-

gadas por el “régimen”. Perón no tuvo otro programa que la misma reacción instintiva contra el fraude y el desconocimiento de la nueva realidad social, por parte de los viejos políticos. Sacó a la superficie las fuerzas todavía difusas de la nueva Argentina, soterradas por la violencia de arriba, y explosivas en la medida en que las viejas estructuras económico-sociales actuaban como chaleco de fuerza sobre un país que estaba obligado a buscar nuevos caminos. Al abrir las compuertas, Perón liberó el torrente. Era de nuevo la irrupción multitudinaria, con todas las impurezas que arrastra la inundación.

Fatalmente, debía repetirse la dialéctica del yrigoyenismo versus el anti-yrigoyenismo. Trece años de dictadura conservadora no habían sido suficientes para que las fuerzas y los individuos de la política “progresista” comprendiéramos y asimiláramos esta simple disyuntiva real y no quimérica: o estábamos junto al pueblo, junto a los trabajadores y productores de nuestro país *real*, o estábamos con los intereses extranacionales a los que esta revolución amenazaba. Tampoco aquí servían los esquemas ideales: “ni con Perón ni con la oligarquía”, por ejemplo. No servían, porque esa tierra de nadie, utópica, solamente podía existir en nuestras cabezas, pero jamás en la realidad, que tiene una existencia objetiva totalmente independiente de nosotros.

No existen cambios profundos en la historia que sean químicamente puros. No fue pura la revolución burguesa del siglo XVIII en Europa; ni en nuestros países americanos fue pura la lucha por la independencia y la organización nacional.

Cada vez que Perón ofreció aliarse a nosotros (con Sabattini, con Frondizi, con todos los partidos en su última etapa), rechazamos la oferta porque exigíamos todo o nada. No pensábamos que del lado de Perón estaba nuestro propio pueblo —no los republicanos españoles, ni los coreanos del norte, ni los vietnameses—; nuestro pueblo argentino, al que teníamos la obligación de unirnos en lugar de injuriarlo.

Volvimos a preferir las categorías mentales y la anécdota personal al deber de analizar los cauces profundos del fenómeno. Nuestro liberalismo formal, nuestros prejuicios contra la “ignorancia de la plebe” y de sus caudillos nos convirtieron, otra vez, en instrumentos inconscientes de la oligarquía antinacional. Y conste que lo hacíamos con la mayor buena fe, con la convicción absoluta de servir una causa justa, como cuando contribuimos a derrocar a Yrigoyen.

No participé, sino desde lejos, en la lucha contra el peronismo. Apenas instalado el gobierno militar surgido del motín del 4 de junio de 1943, viajé a los Estados Unidos, contratado como asesor latinoamericano de un organismo del gobierno de aquella nación, encargado de coordinar en América Latina el esfuerzo de guerra contra el nazifascismo. Terminada la guerra en 1945, ingresé como funcionario de la Secretaría de las Naciones Unidas en Nueva York, a mediados de 1947. Permanecí en los Estados Unidos once años; en ese lapso hice numerosos viajes a naciones de nuestro continente y de Europa, en misión oficial.

Tengo esta deuda de gratitud con los norteamericanos. Me dieron la oportunidad de sentirme cada vez más argentino desde la inigualable perspectiva universal que significa vivir en Nueva York durante un período que abarca el apogeo de la era rooseveltiana, la transformación de los Estados Unidos en potencia de vocación universal, el fin de la guerra y el nacimiento de la edad atómica, la creación y desarrollo de la idea de las Naciones Unidas, el duelo internacional de la “guerra fría”, el miedo irracional del macartismo, el retorno de los republicanos al gobierno con Eisenhower, el despertar del mundo colonial y su creciente gravitación en el fortalecimiento de la paz a través de las Naciones Unidas, la muerte de Stalin, el renacimiento de Europa y su rápida rehabilitación y, por último, la revolución tecnológica empujada por las urgencias de la guerra, y llamada a suprimir la guerra como medio de dirimir las controversias internacionales.

Ninguna década de la humanidad ha sido tan grávida de hechos definitorios y decisivos para el destino del mundo. Desde el corazón electrónico de Nueva York, antena y difusor universal de este acontecer histórico sin paralelo, pude pulsar el ritmo de la transformación y ser testigo de sus veloces etapas. El genio pragmático de los norteamericanos, su indudable y magnífica conciencia de la dinámica histórica (fruto de su propia experiencia vital como pueblo que en una centuria saltó de la economía agraria a la más alta concentración de poder industrial del mundo) los habilitan para registrar mejor que nadie el vertiginoso desarrollo de la humanidad de nuestros días.

En páginas sucesivas hablaremos muchas veces de Franklin D. Roosevelt y de su pueblo. Ambos son elementos claves para interpretar nuestro mundo. Fue precisamente el genio excepcional de Roosevelt el que quebró para siempre dos gran-

des mitos provincianos de la mentalidad media norteamericana: el "aislacionismo", o sea la ilusión de edificar una civilización apartada de los vaivenes y conflictos mundiales, y el poderío creciente e invulnerable de la economía nacional, resistente a todo factor externo.

Por supuesto, no cayeron estos mitos sólo porque Roosevelt los desmenuzara con su formidable dialéctica. Cayeron porque la gran depresión de 1929 y años subsiguientes puso a prueba la confianza ilimitada de los americanos en la solvencia eterna de su sistema económico, y porque el eje Berlín-Roma-Tokio no podía prescindir, en su estrategia global, de neutralizar o aplastar al aliado natural de sus enemigos europeos.

No obstante, Roosevelt fue el intérprete más alto de ambas crisis conceptuales y el gobernante que más hizo por infundir a su pueblo la conciencia de su responsabilidad universal, de sus deberes frente a los reclamos de los dos tercios postergados de la raza humana. Incluso en la política interna, el huésped de Hyde Park destruyó el conformismo republicano de los Hoover y los Coolidge, que prometían al pueblo "un pollo en cada olla" mientras se precipitaban las condiciones que enfrentarían al país con las colas de desocupados, la miseria y la ruina de miles de ahorristas y empresarios en la crisis del 29.

Tuve el privilegio de presenciar de cerca los últimos destellos del genio de Roosevelt. Incluso conversé con él en dos oportunidades, con motivo de grabar sendos mensajes destinados a los oyentes latinoamericanos de las emisoras de onda corta del gobierno.

Lo vi más tarde en Nueva York, cuando en auto descubierto y bajo una lluvia torrencial, recorrió por última vez las calles de la ciudad donde votaban por él hasta las piedras, en camino a un mitin en el Madison Square Garden, de cierre de la campaña electoral de su cuarta presidencia. Iba en vuelto en su amplia capa marinera, sentado junto a su esposa Eleonor, ambos sonrientes bajo el aluvión de agua. Pasó el coche por la esquina de mi casa, Broadway y la calle 110. La multitud tampoco había sido corrida por la lluvia. Estaba, compacta, en las aceras; demócratas y republicanos juntos, para saludar, no al político, no al candidato, sino al líder de la nación, al comandante en jefe de los ejércitos que ya estaban próximos a ganar la guerra.

Me hallaba en la oficina europea de las Naciones Unidas en Ginebra, en setiembre de 1955, cuando el presidente Perón

fue depuesto por una sublevación militar. Decidí regresar inmediatamente a mi patria y, a tal efecto, presenté mi renuncia al cargo que desempeñaba en la Secretaría de las Naciones Unidas. No pude, sin embargo, emprender viaje hasta los primeros días de noviembre, pues debí acatar el reglamento de la organización, que exige cierto lapso de preaviso de los funcionarios dimitentes.

Volver al país de uno después de una década de larga ausencia es toda una experiencia nueva. Exento de la acritud y la tensión con que mis compatriotas habían combatido al régimen, compartí, sin embargo, la sensación de alivio exultante de todos mis amigos universitarios y dirigentes políticos frente a la perspectiva de restaurar la democracia. Para todos nosotros el hecho fundamental era la derrota de la dictadura, el restablecimiento de las formas republicanas de convivencia.

La izquierda universitaria e intelectual y el Partido Socialista, del que fui afiliado hasta mi partida hacia los Estados Unidos, habían combatido frontalmente al peronismo. Incluso los comunistas, cuya metodología revolucionaria podía haberles inspirado una actitud distinta frente al comportamiento de la clase obrera que apoyó unánimemente a Perón, fueron implacables enemigos del régimen.

Mi lugar estaba, pues, señalado: debía agregarme a los amigos personales y grupos ideológicos afines con mi larga militancia de izquierda, que coincidían en celebrar la caída de un régimen totalitario.

En el aeropuerto de Ezeiza me aguardaban emisarios del nuevo ministro de Comunicaciones de la Revolución Libertadora, a quien no conocía, para ofrecerme un cargo en el gobierno del general Lonardi. Se trataba de la Dirección General de Radiofusión, organismo en el que podía aplicar mi experiencia de quince años en el país y once en el extranjero sobre organización y ejecución de los servicios de radio-difusión. Previa consulta con mis amigos, tres días después acepté el ofrecimiento.

El 13 de noviembre el general Lonardi fue reemplazado en la presidencia del gobierno provisional por el general Pedro Eugenio Aramburu. La filosofía conciliadora representada por Lonardi (su lema de jefe triunfante de la revolución había sido "ni vencedores ni vencidos") fue sustituida por una actitud inflexible de exterminio del movimiento derrotado. Todos mis amigos de la izquierda y de los partidos democráticos sin excepción se alinearon con Aramburu contra Lonardi. A este

último se lo calificaba de nacionalista fascista. Me sumé, por supuesto, al bando "antifascista".

Desvanecida la euforia de la victoria antitotalitaria, los argentinos tuvieron que reflexionar sobre el porvenir. Por mi parte, tenía la ventaja de analizar los hechos sin pasión. No había sufrido persecución, cárcel ni destierro, pues me encontraba lejos cuando mis amigos y correligionarios ideológicos sí los sufrieron.

No necesité mucho tiempo para advertir que el pueblo argentino —los obreros y peones, los productores de la ciudad y del campo, los muchachos y muchachas formados en los últimos diez años— no compartían el júbilo general del que estaba imbuida la minoría antiperonista. "Un pesado muro de silencio nos separaba del pueblo." Usé estas mismas palabras en un agasajo con que mis amigos celebraron mi retorno al país.

Esta impresión, difusa y casi instintiva, habría de confirmarse en mi ánimo a medida que comprobaba hacia dónde nos llevaban los triunfadores del 13 de noviembre. Era cada vez más evidente que la restauración democrática encubría otra restauración históricamente imposible: por una parte, el intento de resucitar estructuras sociopolíticas que Perón había liquidado; por otra parte, el intento de resucitar el esquema perimido del país agrario e importador. No solamente el gobierno, sino los viejos partidos políticos de derecha, centro e izquierda partían de la base de que nada había ocurrido en el país desde 1946, fecha de la asunción del poder por Perón, excepto los abusos de un régimen personal y arbitrario. Se pretendía reconstruir la Nación mediante la remoción lisa y llana de esa arbitrariedad y la recomposición de las formas y factores que imperaban antes de la era peronista.

Nadie se preocupaba, en este campo antiperonista de indagar los caracteres profundos del país que debíamos construir, partiendo de sus datos reales y del análisis científico de la crisis que sufríamos. Era asombroso comprobar que todos los opositores al peronismo creían que dicha crisis se originaba en la "corrupción" del gobierno depuesto y en lo que se decía había sido su "dirigismo" económico. Tal interpretación infantil —sincera en algunos, sin duda malévolamente en sus verdaderos autores— podía leerse en los editoriales de los diarios y escucharse en las tribunas políticas. Todo el dilema del país se reducía a la antinomia peronismo versus antiperonismo.

En abril de 1956 renuncié a mi cargo oficial. Fui a ver a Arturo Frondizi, convencido de que, entre todos los políticos

Fundación Desarrollo y Política

argentinos, intuía mejor que nadie cuál debía ser nuestra acción. Mi antirradicalismo juvenil cedía ante las ideas de este radical joven que se había negado a formar parte de la coalición antiperonista de 1946 (frente a la candidatura presidencial de Perón todos los partidos, desde el conservador y el radical hasta el socialista y el comunista formaron una alianza electoral con el nombre de Unión Democrática; un grupo juvenil de la Unión Cívica Radical, en el que militaba Frondizi, no acató la resolución de su partido de ingresar en dicho frente).

Frondizi me sugirió que me incorporara a la redacción del semanario *Qué*, dirigido por Rogelio Frigerio. "Esa gente sabe lo que quiere y lo que el país necesita", agregó.

Tenía muchos amigos en *Qué*. Su fundador, Baltasar Jaramillo, había sido compañero mío en luchas estudiantiles. Mientras él ejerció la dirección de la revista fui su corresponsal en Nueva York.

Así conocí a Rogelio Frigerio y su grupo.

La obra de *Qué* era un oasis en el desierto ideológico de la política nacional de esos días. Tiempo después habría de convertirse en el eje doctrinario y órgano efectivo de acción del movimiento nacional y popular que arrasó con la vieja política el 23 de febrero de 1958 y llevó a Arturo Frondizi a la presidencia de la Nación. Frondizi y Frigerio trabajaron desde entonces en una perfecta e indisoluble asociación que ha resistido hasta hoy todos los embates.

Sería imposible detallar aquí la trayectoria de ese semanario que en 1957-1958 alcanzó la difusión más amplia lograda por una publicación de su género en la Argentina. Llegó a tirar más de 150 mil ejemplares por semana.

Es fácil, sin embargo, revelar la clave de su éxito. En un ambiente distorsionado por el rencor, la frustración y la deformación maliciosa de la realidad, sujeto al predominio de un gobierno y sus epígonos políticos que se empeñaban vanamente en regresar a un pasado caduco, Frigerio y la redacción de *Qué* se entregaron serenamente a revelar a los argentinos la entraña del país en que vivían. Fue una tarea de disección anatómica, rigurosamente científica, de la cual no podían sino brotar soluciones dictadas por la realidad.

Aventando toda la hojarasca de la retórica formalista, de las ideologías divorciadas de su objeto, de los falsos antagonismos de clase y de partido, *Qué* fue el espejo de la Argentina verdadera.

Demostró que el pueblo peronista, los obreros nucleados

en los más poderosos y representativos sindicatos de toda América Latina, los trabajadores rurales, los empresarios y comerciantes nacionales, la clase media, los técnicos, maestros y estudiantes no podían ser encasillados y aislados en las trincheras de una lucha suicida entre peronistas y antiperonistas. Propuso la unión de todos los argentinos para elaborar y ejecutar un programa de genuina liberación nacional. Programa que tenía que superar, por un lado, la tentativa reaccionaria de restablecer la estructura económica de la Argentina de antaño y, por el otro, a superar la parcial y frágil política social del peronismo, desprovista de sustentación en una economía sólida y expansiva.

Más importante que la postulación de este programa era la demostración de su necesidad objetiva e inevitable. No era cuestión de elegir. Las condiciones objetivas del país no admitían alternativa. La elección consciente sólo podía y debía ejercerse respecto de los medios y del ritmo de ejecución del programa.

Durante años, nuestros políticos liberales y socialistas habían venido proponiendo ampulosos programas en los que figuraban términos tan grandilocuentes como "reforma agraria profunda", "nacionalización de recursos básicos", "federalismo integral", "distribución equitativa del ingreso nacional", etc.

El grupo de *Qué* dejó de lado esas ambigüedades y formuló un vasto plan de desarrollo integral de la economía argentina, apoyado en los datos concretos de nuestra realidad. Planteó frontalmente nuestra crisis, que era estructural y originada en el subdesarrollo. Enfrentados con el deterioro creciente de nuestra balanza de pagos y con la crónica situación deficitaria de nuestro comercio exterior (el producto de nuestras exportaciones apenas lograba financiar la importación de combustibles y materias primas al nivel mínimo para abastecer una producción industrial estancada), no teníamos otra salida que romper esa barrera del déficit comercial de dos maneras: sustituyendo importaciones mediante la explotación de nuestros propios recursos naturales (carbón, hierro, petróleo y gas, hidroenergía) y mecanizando y racionalizando la explotación agropecuaria, de manera de incrementar la productividad y diversificar los productos.

En síntesis, había que transformar la estructura agroimportadora que nos asfixiaba y sentar las bases de la industria pesada, las comunicaciones, los transportes y otros servicios de infraestructura para integrar todas las regiones del país en un

complejo productivo que abarcara desde los pozos de petróleo y las minas hasta la fabricación de máquinas-herramienta, vehículos, tractores y productos químicos para aumentar la producción del agro. O sea, superar el subdesarrollo.

Un plan de desarrollo económico de esta magnitud no se ejecuta, en ninguna parte, con enunciados teóricos en programas electorales. Se ejecuta con capital, con cuantiosas inversiones canalizadas racionalmente —conforme a una planificación de prioridades— hacia los sectores básicos. Si no se puede (como es el caso en todos los países subdesarrollados) forzar la acumulación del ahorro interno comprimiendo drásticamente el consumo y reduciendo aún más los niveles críticos de vida de la población, es indispensable recurrir a la financiación externa, mediante empréstitos internacionales y radicaciones directas de capital privado extranjero. Este influxo de capital, lejos de acrecentar la dependencia del factor externo, permite quebrar el estrangulamiento del déficit comercial, que es el instrumento clásico de la opresión colonialista.

Qué explicó y difundió estas ideas (elementales en toda la doctrina universal de la promoción del desarrollo) y logró crear en toda la República una clara conciencia de cuáles eran los problemas reales de la Argentina. Disipó, pulverizó la retórica programática de los partidos y los falsos planteos ideológicos del nacionalismo de derecha y el extremismo de izquierda.

Esta fue la plataforma económico-social de la candidatura de Arturo Frondizi a presidente de la Nación.

La plataforma política era la contrapartida exacta del programa de desarrollo: si debíamos movilizar al pueblo en la consecución de un plan económico de largo alcance y penosa realización, no podíamos mantener dividido a ese pueblo entre réprobos y elegidos, entre patronos y obreros, entre peronistas y antiperonistas. La sustentación política del desarrollo era, inexorablemente, la unión nacional, la solidaridad de clases y sectores sociales y políticos en el esfuerzo común de industrializar el país.

Arturo Frondizi invitó a esta unión de todo el pueblo, por encima del fraccionamiento ideológico. Hizo lo mismo que todos los grandes conductores de los movimientos de independencia nacional en otras regiones del globo: proclamó la guerra de *toda* la Nación contra el atraso, la pobreza y la dependencia colonial.

Con este programa, honradamente expuesto a sus conciu-

dadanos en cada uno de sus documentos y discursos, la victoria de Frondizi era previsible. Triunfó sobre los candidatos del gobierno de la Revolución Libertadora, por un margen sin precedentes, en todos los distritos electorales de la República.

Pero este apoyo masivo del pueblo, manifiesto durante la campaña electoral y corroborado en las urnas, no impidió que aparecieran serias grietas en los sectores intelectuales del movimiento. Ya veremos en seguida cómo estas fisuras ideológicas serían sabiamente ensanchadas por nuestros adversarios.

La primera commoción ocurrió cuando el candidato Frondizi declaró en las páginas de *Qué* su adhesión al principio constitucional de la libertad de enseñanza y su reprobación de la institución legal del divorcio. Ambas posturas fueron condenadas por los intelectuales y universitarios que apoyaban a Frondizi (dentro y fuera de su partido) como subalterna maniobra electoralista destinada a ganar el voto católico y a "hacerse perdonar su pasado izquierdista por la Iglesia".

Para nuestros lectores de otros países, debemos explicar que en la Argentina existía y aún perdura una antigua tradición aferrada al monopolio estatal de la enseñanza. Aunque ninguna disposición constitucional la consagra, en la práctica el Estado absorbe casi completamente esta actividad y restringe, mediante severos controles, la expedición de títulos académicos por institutos privados. En cuanto al divorcio, toda la opinión liberal reclama desde hace muchos años su reconocimiento jurídico.

La posición de Frondizi y del grupo de la revista *Qué* en ambas materias no era ilógica y menos interesada. Integraba el concepto orgánico del plan de unión nacional y desarrollo económico.

Respecto de la libertad de enseñanza, el objetivo era doble: primero, fomentar la creación de institutos privados que supliéran cuantitativa y cualitativamente el notorio déficit de los servicios estatales; cuantitativamente, pues era previsible que el desarrollo industrial y la tecnificación de la producción demandarían la formación en masa de técnicos y obreros calificados; cualitativamente, pues la enseñanza oficial, pese al influjo modernizador de la Reforma Universitaria, seguía formando abogados y doctores en filosofía en proporción mucho mayor que ingenieros, matemáticos y agrónomos. Precisamente, para romper esa tendencia secular de nuestras universidades, los reformistas habíamos propiciado el establecimiento de universidades libres, sostenidas con fondos privados. En segundo lugar,

el fomento de los institutos privados obraría de estímulo sobre los establecimientos oficiales para que renovaran y ampliaran sus funciones, adaptándolas a las necesidades de la nueva Argentina en desarrollo.

Los hechos ulteriores han confirmado plenamente ambas predicciones; no solamente se han creado varios institutos tecnológicos privados, sino que la universidad estatal ha sufrido una saludable y notoria transformación.

En cuanto al divorcio, el problema también era doble: por una parte, coincidía con los sentimientos de cohesión familiar que son comunes a todos los pueblos (en la URSS el Estado tuvo que atemperar drásticamente su primitiva legislación que facilitaba el rompimiento del vínculo conyugal) y, por otra parte, atendía una irreductible posición de la Iglesia Católica, cuya fe abraza la inmensa mayoría de la población argentina.

Este reconocimiento de un hecho social tan importante como es el de la religión profesada por el pueblo costó a Frondizi y a sus amigos de *Qué* la enemistad o el retramiento de fuertes sectores intelectuales que se habían aproximado al momento, e incluso de numerosos afiliados al partido político del candidato.

El fuerte pensamiento liberal que considera a la Iglesia Católica un bastión reaccionario, aliada del privilegio económico y del imperialismo, explicaba razonablemente la reacción antedicha. La heterodoxia de la posición de Frondizi, al computar el factor religioso como indispensable para aglutinar a todo el pueblo en la lucha por la liberación nacional, chocaba de nuevo con los planteos ideológicos de un liberalismo trastocchado y de una izquierda puramente formalista.

Los dirigentes de los movimientos nacionalistas surgidos en las milenarias civilizaciones asiáticas y africanas, aun aquellos de fuerte orientación socialista, no han prescindido jamás de la valoración de las ideas religiosas y de las tradiciones espirituales y culturales de sus pueblos. La diferencia con nuestros dirigentes políticos es nada menos que ésta: mientras nuestros dirigentes pretenden que los pueblos y sus tendencias más entrañables se adapten a sus esquemas preconcebidos, los auténticos dirigentes revolucionarios a que aludimos *surgen del pueblo y se inspiran en él*.

Quizás sea este problema de la religión como insustituible ingrediente de unidad nacional, la piedra de toque para interpretar el trascendente sentido innovador del movimiento creado e inspirado por Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio.

En esta materia, como en el asunto del aporte constructivo del capital extranjero, o en el enfoque de la cuestión agraria como componente inseparable de todo el plan de desarrollo, las ideas del grupo encabezado por Frigerio son *sustancialmente* diferentes a las de los clásicos moldes de la política vieja, sea de derecha, de centro o de izquierda.

Dicho repertorio de ideas tiene una doble dimensión: por un lado, entraña con las más auténticas vivencias históricas y culturales de nuestro pueblo y responde a sus reales necesidades dinámicas, y por el otro lado, integra a la América Latina en el movimiento universal de eclosión de los pueblos subdesarrollados. Constituye una doctrina orgánica y sin concesiones, sólidamente afincada en la realidad y revolucionaria en cuanto sustrae la cuestión nacional a la confusión y el empirismo de las ideologías.

No fue casual, entonces, que esta aproximación científica al mundo objetivo, a las genuinas raíces de lo nacional, promoviera la identificación del peronismo, como movimiento auténticamente argentino, con el programa y la actitud de Arturo Frondizi. El llamado "pacto" con Perón, por el cual las masas peronistas dieron su voto al candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente en febrero de 1958, no fue sino la articulación de un hecho signado por la necesidad histórica. La unidad del pueblo era fatal consecuencia del análisis de las postulaciones del movimiento nacional. Prueba de que el hecho no era un episodio circunstancial y efímero es que se reproduce ahora, a despecho de toda la fuerza física y de la intriga que se ejercieron y se ejercen para quebrar el frente de unidad nacional.

La experiencia iniciada en 1958 por el gobierno de Frondizi concitó de inmediato la más despiadada ofensiva del enemigo, es decir, de los intereses opuestos al desarrollo independiente de la Nación.

Como en el caso de Yrigoyen, como en el caso de Perón, se emplearon las mismas tácticas, las mismas calumnias y las mismas tropas de choque. El enemigo acicateó a los estudiantes para que pidieran la renuncia de Frondizi con el pretexto de la implantación de la enseñanza libre. Acicateó a las izquierdas y a las derechas ultranacionalistas para que acusaran al gobierno de entregar las riquezas naturales del país al extranjero en el caso de los contratos petrolíferos. Acicateó a los obreros peronistas para que exigieran violentamente mejoras salariales y nacionalizaciones de industrias,

cuando el esfuerzo del país debía centrarse en incrementar la tasa de capitalización y en que el Estado se desprendiera de la gestión altamente deficitaria de empresas estatales. Acicateó a los antiperonistas civiles y militares para que se oponieran a la integración del pueblo peronista en la acción democrática y pacífica en el campo sindical y político.

Como en el caso de Yrigoyen y de Perón, toda esta campaña se hizo con la expresa reserva de que no se quería crear el ambiente para un golpe de Estado reaccionario. Sus directores visibles e invisibles, los dirigentes políticos y sindicales, no podían, empero, alegar ignorancia de una historia demasiado reciente: sabían que al minar las bases populares del gobierno, forzaban su caída y abrían la puerta al golpe antidemocrático y antinacional. Pero no cejaron en su empeño.

Frondizi libró una batalla heroica contra esta ofensiva de los sectores populares que lo habían llevado al gobierno. Denunció una y otra vez que ellos eran instrumento inconsciente de la reacción antinacional. Lo proclamó en su discurso de Paraná, cuando tuvo que defender la posición independiente del gobierno argentino en la conferencia interamericana de Punta del Este (caso de Cuba). Lo reiteró con angustia en cada una de sus charlas por radio y televisión. Llamó a la unión nacional, sacrificó a sus mejores amigos, llevó al gobierno a hombres de todas las tendencias ideológicas, invitó a la tregua política, exhortó a los militares, anunció los males que caerían sobre el pueblo en cuanto se quebrara la legalidad democrática. Destacó a todos sus amigos para que conversáramos con los dirigentes políticos y sindicales y los alertáramos del peligro que corría la República.

Participé de muchas de estas gestiones, solo o en compañía de Frigerio y otros amigos. Aquí deseo recordar, entre otras, las entrevistas que mantuvieron Rogelio Frigerio y Victorio Codovilla, principal dirigente del Partido Comunista, partido que había votado por Frondizi pero que pasó a encabezar la más agresiva oposición contra su gobierno.

En estas conversaciones, que se repitieron a intervalos de días y en las que participé, se enfrentaron claramente las dos concepciones que más adelante analizaremos al enfocar el panorama mundial. Codovilla puso toda su elocuencia en la reiteración de ideas y apreciaciones de un elemental extremismo revolucionario. El líder del mismo partido que para combatir a Perón exigió y obtuvo la participación del más rancio conservadurismo en la Unión Democrática ("debemos permitir y

procurar el ingreso a la unidad de todos los sectores del conservadurismo que estén dispuestos a luchar por el programa", dijo Arnedo Alvarez, secretario general del Partido Comunista, el 24 de diciembre de 1945) el líder del mismo partido que en las elecciones de 1946 sostuvo un programa en el que se postulaba la "atracción a los capitales extranjeros que respeten las leyes del país y contribuyan al desarrollo de la economía nacional" y que en el mismo programa reducía su aspiración a la reforma agraria a la "expropiación de los latifundios sometidos al régimen de arriendos, sin explotar o explotados en forma deficiente" y preveía la "indemnización a los propietarios de las tierras confiscadas", con lo cual salvaba los intereses de sus aliados conservadores; este mismo jefe comunista le planteaba a Frigerio su total discrepancia con el gobierno de Frondizi porque no liquidaba los latifundios, sin indemnización, porque no nacionalizaba las empresas monopolistas extranjeras y porque sostenía que la inversión de capitales extranjeros, en sí, no encierra peligro para la independencia económica del país. (Estos conceptos fueron expuestos expresamente por Codovilla en esas conversaciones con Frigerio y figuran en las tesis del XII Congreso del Partido Comunista de la Argentina, 1959).

Otro punto de discrepancia de Codovilla con Frigerio residía en la ley de Asociaciones Profesionales, auspiciada por el gobierno y sancionada por el Congreso. Según Codovilla, dicha ley favorecía el control de la central obrera por los jerarcas peronistas (véanse las tesis citadas).

Además, Codovilla propugnaba la anulación de los contratos petrolíferos con empresas extranjeras, la nacionalización de los frigoríficos, empresas de energía eléctrica y otros servicios públicos, control estatal del comercio exterior (en el gobierno de Perón el comunismo se opuso a esta última medida) y la derogación de la ley de libertad de enseñanza.

Codovilla justificaba la posición comunista de violenta oposición al gobierno y de incitación a la huelga y a la ocupación de industrias por los obreros, en el deber de un partido de clase de marchar al frente de las reivindicaciones de los trabajadores "hambreados" —según él— por la política económica de Frondizi. En reemplazo de esa política "reaccionaria" proponía las medidas revolucionarias de expropiación de la tierra y su reparto gratuito, nacionalización de las empresas extranjeras y de los servicios públicos, control y limitación de las ganancias de los capitalistas y aumentos masivos de salario.

Todo ello, dentro de las condiciones objetivas de la situación económica del país en esos días.

Frigerio se empeñó en colocar a su interlocutor en el terreno de las comprobaciones objetivas. Expuso el cuadro real de un país asfixiado por una estructura económica que ya no le permitía vivir, descapitalizado, endeudado, soportando un cuantioso déficit fiscal y comercial, agotadas sus reservas de oro y divisas, estancada su producción industrial y en franco retroceso su producción agraria, por falta, en ambos casos, de materias primas y maquinaria. Demostró, hasta la saciedad, que, dentro de la estructura capitalista o en el caso eventual —totalmente inversimil en las condiciones de nuestro país— de que las masas acaudilladas por el Partido Comunista lograran implantar la dictadura del proletariado, dicha situación objetiva no sería distinta y demandaría parejas soluciones: creación de la industria pesada, explotación intensiva y urgente de los recursos energéticos, mecanización del agro y producción de plaguicidas y fertilizantes y, sobre todo, y como consecuencia de ese plan, *aumento de la productividad* en el campo y en la industria, es decir, desenvolvimiento acelerado de las fuerzas productivas nacionales y disminución del coeficiente de vulnerabilidad exterior de la estructura económica en su conjunto.

Para lograr tales objetivos —insistía Frigerio— las leyes económicas indican el camino común insoslayable, tanto para el capitalismo como para el socialismo: incremento drástico de la tasa de formación de capital, programa de inversiones en los rubros básicos y esfuerzo común de *todas* las clases sociales para aumentar la productividad. En todos los casos, este esfuerzo nacional para modificar radicalmente la estructura económica, demanda sacrificios a los consumidores hasta que se establezcan los mecanismos de una mayor producción. En cuanto al capital, nacional o extranjero, lejos de destruirlo o tratarlo, es menester atraerlo y fomentarlo, salvo que se pueda —con medidas rigurosas y dictatoriales— transferir los ahorros y los ingresos del sector del consumo al sector de las inversiones. Aún así, el lapso requerido por el cambio de estructura es mucho mayor y prolonga los sacrificios del pueblo. Por eso, el aporte masivo de capital extranjero produce, si se crean condiciones para que se canalice hacia los rubros prioritarios, cambios rápidos y espectaculares de la estructura económica.

Descartada por el mismo Codovilla la hipótesis socialista (se conversaba sobre los objetivos y métodos de un país subdesarrollado concreto), toda su dialéctica tendiente a introducir

químéricas soluciones revolucionarias, sin su consiguiente acometimiento a las leyes económicas que ningún marxista puede eludir, se derrumbaba ante la comprobación de nuestra realidad. Predicar el enfrentamiento de clases, el reparto gratuito de tierras y la nacionalización de enormes empresas sin contar con capital ni recursos tecnológicos para ello, era colocarse al margen de la realidad.

Frigerio señalaba con franqueza, en un diálogo privado y sin posible repercusión pública (por lo que quedaba eliminada en ambos interlocutores toda especulación política), la absoluta necesidad de que la clase obrera comprendiera la crisis de fondo de nuestra economía y respaldara al gobierno en su plan de desarrollo, que era el único capaz de capitalizar el país, aumentar la producción, independizarnos de los monopolios importadores y crear riqueza para ser repartida, en virtud del juego de los mecanismos democráticos y de la presencia masiva de la organización sindical, a la sazón vertebrada en el régimen de la ley de Asociaciones Profesionales, sancionada bajo el fuego concentrado de la reacción y de las izquierdas.

“Lo que ustedes nos proponen es una redistribución de la miseria”, machacaba una y otra vez el economista del gobierno (que se empeñaba vanamente en lograr una definición de tregua política), recurriendo alternativamente al más elemental pragmatismo o intentando colocar la polémica en un plano de mínima seriedad teórica.

Frigerio señalaba a su interlocutor que el enfrentamiento de la clase trabajadora y la violencia fomentada por el comunismo entre obreros y estudiantes aislarían al gobierno de su base popular y abrirían la puerta a la violencia reaccionaria, que reprimiría primero al pueblo y derrocaría después al gobierno para recuperar los resortes del poder y restablecer el dominio económico de la minoría. El resultado no podía ser otro, dadas las condiciones precarias —tanto desde el punto de vista institucional como económico— en que Frondizi había recibido el poder.

Cualquier análisis auténticamente revolucionario de esta realidad debió inspirar al Partido Comunista una estrategia diametralmente opuesta a la que siguió contra Frondizi y Frigerio. Pero el sectarismo que lo indujo a calificar de social-fascista a Yrigoyen y de naziperonista al movimiento de Perón, arrastró al comunismo a combatir a Frondizi y Frigerio como agentes del imperialismo yanqui y como clerical-entreguistas.

De nuevo el comunismo argentino daba la espalda al país

real y quedaba totalmente marginado de la conciencia nacional del proletariado y de las nuevas corrientes del marxismo mundial que en la Unión Soviética, en Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Italia, Alemania y otras naciones se iban a enfrentar muy pronto con la problemática de la coexistencia como postulado integral (no sólo de las relaciones internacionales) y de la “vía difícil del socialismo”, según la gráfica expresión de los comunistas italianos en su 10º Congreso de Roma.

De nuevo, también, la sólida doctrina del movimiento nacional y popular iniciado en la Argentina por Frondizi y Frigerio, demostraría bien pronto en los hechos la absoluta corrección de sus predicciones y la irreversible vigencia de sus postulados programáticos, indemnes y renovados después del golpe reaccionario que desalojó transitoriamente del poder a este movimiento argentino, que, ulteriormente, se concretó en la creación del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID).

Otra vez, el extremismo de todos los sectores había creado el clima de violencia que no favorecería la causa del pueblo, sino la aventura reaccionaria y la dictadura.

Con la quiebra de la legalidad, la efímera reaparición de la reacción antinacional en el gobierno y su reemplazo por un régimen que convocó a elecciones y prometió respetar sus resultados, se inició otra etapa de la lucha nacional en la Argentina de 1963.

Antes de volver a ella, veamos, en los capítulos que siguen, cuál es el cuadro universal que señala, con precisas coordenadas ideológicas y prácticas, el destino de los pueblos que, como el nuestro, se encaminan hacia su liberación.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### ENTREVISTA CON EL ROBOT

El presidente norteamericano de la General Motors y el campesino de la India viven en el mismo mundo, el mundo del siglo **xxi**. Si nos guiamos por el calendario, faltan aún treinta y siete años para llegar al año 2000. Pero, en los hechos, al doblar el recodo de la media centuria, hemos dejado atrás el espíritu del siglo **xx** y franqueado el umbral del que le sigue. También la cuenta de los años se acorta en la era en que la velocidad de los vehículos espaciales suprime las infinitas distancias cósmicas. Velocidad. El *tempo* de nuestras vidas procede a saltos. El siglo **xx** no es, cualitativamente, diferente al siglo **i**. El siglo **xxi** lo es. Desde el hombre de las cavernas hasta el hombre de la primera mitad del siglo **xx** tuvieron que luchar para arrancar a la naturaleza su sustento. Y *administraron escasez*. El hombre del siglo **xxi** atrapa a la naturaleza en el laboratorio, pone la máquina y el cerebro electrónicos a trabajar por él, *crea* su alimento en las probetas de la fotosíntesis y su vestido y su habitación con materiales que extrae del agua y del aire, se libera del carbón y del petróleo para generar con la fisión del átomo toda la energía que necesita. *Administra abundancia y ocio*.

Potencialmente, el hombre de nuestros días vive ya en este escenario y su mentalidad y apetencias están conformadas por el porvenir inminente y entrevisto más que por la realidad presente. Nos estamos habituando al milagro científico y técnico que estalla y se multiplica ante nuestros ojos y nos promete nuevos asombros para mañana mismo. Los jóvenes que devoran las publicaciones de divulgación tecnológica y las novelas de ciencia-ficción saben que son anticuados los modelos de aviones y de automóviles en que aún viajan, así como su receptor de radio y televisión, su radiofonógrafo y la misma estructura de hierro y cemento donde se alojan.

Los hombres de empresa y los trabajadores tienen idéntica sensación de obsolescencia respecto del utilaje de sus fábricas y de los procesos industriales. La automatización y la cibernetica se extienden a amplios sectores de la producción y distribución en los grandes países de Europa y Norteamérica. Hasta en la India, las nuevas acerías, recientemente construidas por norteamericanos, alemanes y rusos, son casi enteramente automáticas.

Los cerebros electrónicos, los "robots", hijos de la electrónica, dirigen los procesos industriales y contables más complejos, desde la extracción y refinación del petróleo y la fabricación de cigarrillos hasta la reserva de sesenta millones de asientos por año en las líneas comerciales de aeronavegación. En menos de un minuto copian una novela de Aldous Huxley, de sesenta mil palabras. En una empresa de Chicago, una cadena electrónica, controlada por un operario, mata, despluma, limpia y envasa 12.000 pollos por hora.

Nuestros padres hicieron minuciosos inventarios de los recursos naturales de la superficie terrestre, del subsuelo y del mar relacionándolos con el crecimiento demográfico y la elevación de los índices de consumo, para calcular las reservas que la naturaleza guarda para satisfacer nuestras necesidades. Espantados ante la creciente voracidad de la civilización moderna, recomendaban la continencia en el consumo de ciertos materiales agotables, como el carbón y el petróleo, y hoy mismo se afirma que la producción mundial de alimentos marcha a la zaga del crecimiento vegetativo de la población.

Los procesos sintéticos de la química y de la fotosíntesis obviarán en el futuro cualquier escasez de alimentos y materiales. La conquista del átomo ha puesto a disposición del hombre la fuente inagotable de energía que hay en el sol y en las estrellas. Los plásticos substituyen al hierro, la madera, el caucho, el vidrio, el algodón y la lana. No hay fronteras para la conquista universal de la abundancia.

La automatización, que en las próximas décadas abarcará buena parte de los procesos industriales de las naciones más adelantadas y presumiblemente se aplicará a las instalaciones de nuevas plantas en los países que inician su desarrollo, impondrá la reducción de la jornada de labor como alternativa al grave problema de la desocupación. El obrero medio trabajará pocas horas semanales y dispondrá de un margen de ocio insospechado hace apenas unos años.

En síntesis, nuestro mundo está desde ahora regido por

una perspectiva diametralmente distinta al mundo de nuestros padres: tenemos por delante el problema de hacer accesible el reino de la abundancia a una humanidad que en el año 2.000 contará con 5.000 millones de seres, el doble de la población actual del mundo; tenemos, asimismo, por delante, el problema de llenar el ocio de millones de trabajadores industriales cuya jornada de labor quedará reducida a la mitad y de protegerlos contra el bombardeo de agresiones mentales y culturales que tratarán de alienar sus espíritus con brutalidad aún mayor que la alienación del trabajo mecánico de la cadena de montaje de que hablaba Marx. Liberado de la maldición del trabajo agotador y uniforme de la fábrica actual, el obrero deberá ocupar su tiempo libre en actividades que desarrollen su inteligencia y su ingenio, y resistir la nueva esclavitud que, en el seno mismo de su hogar, querrán imponerle esos grandes "sintéticos" de la cultura que son la radiotelefonía, la televisión y el cine, mientras estos instrumentos no sean orientados de modo de estimular las potencias creadoras del espíritu en lugar de narcotizarlas.

Estamos situados exactamente en las fronteras de ese mundo de abundancia. La transición se está operando ante nuestros ojos y tenemos el deber de tomar conciencia de ella si hemos de situarnos correctamente dentro de las coordenadas de nuestro tiempo.

¿Quién es el demiurgo que arranca al sol su energía y envía desde la tierra naves a la luna?

No es un genio aislado. Ningún hombre es capaz, por sí solo, de realizar estos milagros. Las grandes hazañas individuales de los inventores e investigadores del pasado han sido reemplazadas por los esfuerzos colectivos de nutridos equipos que disponen de cuantiosos recursos financieros y técnicos.

Las estadísticas norteamericanas demuestran que, en los últimos veinte años, los Estados Unidos han gastado en investigaciones científicas y técnicas una suma mucho mayor que en los ciento ochenta y siete años precedentes, a partir de su independencia nacional.

La Unión Soviética y los Estados Unidos están empeñados en una carrera vital en el campo de la formación de técnicos e ingenieros. Mientras la primera lleva la ventaja con una producción anual de 50.000 ingenieros contra 27.000 de los Estados Unidos y más de un millón y medio de técnicos contra 50.000, el segundo país proyecta quintuplicar en los próximos

veinte años la inscripción de alumnos en sus "colleges", especialmente en los institutos técnicos.

La transformación tecnológica que se está operando en el mundo es fruto de la enorme concentración de recursos humanos y financieros ocurrida en lo que va de nuestro siglo. Esta concentración se realiza en un pequeño grupo de naciones altamente desarrolladas y adopta las formas económicas del monopolio privado en el sector capitalista y estatal en el sector socialista.

El monopolio es, técnicamente, la forma perfecta de la producción y la única que, en el actual estadio de evolución del sistema, permite realizar las ingentes inversiones que demandan la investigación y la revolución tecnológica.

Proyectada en escala mundial, esta concentración monopolista se ha traducido en el enriquecimiento rápido y creciente de las naciones altamente industrializadas y en el empobrecimiento paralelo de las naciones de producción primaria. En efecto, el hecho universal —determinado por la acción de los monopolios— de que los productos primarios (alimentos y materias primas como los minerales, el cuero, el algodón, la lana, etc.) se coticen en creciente baja en el mercado mundial, mientras los productos industriales (máquinarias y manufacturas) registran constantes alzas, produce un déficit crónico de las balanzas comerciales de los países agropecuarios y mineros (el valor de sus exportaciones es siempre inferior al valor de sus importaciones). Este déficit comercial se resuelve en la transferencia de recursos desde los países subdesarrollados hacia los desarrollados, o sea, en la concentración de dichos recursos en unas pocas naciones mientras el resto se estanca o retrocede.

De ahí la paradoja de que, en el umbral de la era universal de la abundancia, dos tercios de la población del mundo vivan aún en la indigencia o en una pobreza sin horizontes. Es verdad que el campesino de la India y el presidente de la General Motors están franqueando juntos ese umbral, pero a pasos muy distantes uno del otro.

La grandeza y miseria de la civilización moderna se expresan en esta desigualdad, que se acentúa en lugar de reducirse. La ley económica de la creciente concentración por un lado y la pauperización creciente por el otro, lejos de haber sido desmentida por los hechos, como sostienen algunos reformistas sociales, se cumple rigurosamente a lo largo de todo el proceso de la consolidación y expansión del capitalismo.

A medida que se tecnifica la producción y progresan los

descubrimientos científicos a un ritmo sensacional, el crecimiento de la producción capitalista también se efectúa a grandes saltos. Mientras en la larga etapa del nacimiento y formación del capitalismo los cambios tecnológicos eran lentos y pausados e iban siendo gradualmente absorbidos en el igualmente lento proceso de acumulación del capital, en la etapa actual la presión incesante de los rápidos avances tecnológicos (la máquina inventada hoy es anticuada mañana), exige inversiones cada vez más grandes, al alcance exclusivo de las corporaciones gigantes de la industria.

Estas magnitudes no encajan en la imagen tradicional de la economía liberal del siglo XIX. Las leyes de la libre competencia, vencidas por el monopolio en virtud de la ley del más fuerte, se reducen a un sector marginal de la economía; en el cuadro total imperan las condiciones impuestas por los *trusts*.

El monopolio es, pues, el protagonista obligado de un ciclo en el que culmina la fabulosa civilización industrial, que se expande hasta intentar la conquista de los espacios interplanetarios. En los Estados Unidos, 135 grandes compañías poseen el 45 por ciento de los bienes industriales o casi una cuarta parte de los de todo el mundo. En la práctica, las corporaciones gigantes controlan, a través de empresas subsidiarias y servicios, las tres cuartas partes de la actividad industrial de los Estados Unidos. Similar concentración se observa en Alemania, Gran Bretaña, Francia y Japón.

Esta colossal máquina productiva lanza al mercado cantidades cada vez mayores de mercancías y servicios y nuevos y revolucionarios productos. Hace apenas cincuenta años la producción mundial de aluminio no alcanzaba a las 70.000 toneladas. Hoy llega casi a los tres millones de toneladas. La petroquímica nació prácticamente en 1920. Actualmente arroja al mercado unos trece millones de toneladas anuales (excluida la producción de la URSS) de los más asombrosos productos sintéticos, desde las medias de nylon hasta arterias y "huesos" de plástico para uso quirúrgico.

Pero este Moloch necesita ser alimentado y, a su vez, necesita alimentar con sus productos una clientela cada vez más extensa. Devora cantidades ilimitadas de materias primas, desde el caucho y el cobre de América Latina hasta el algodón egipcio y la lana australiana. Para obtener estas materias primas a precios reducidos, los monopolios se lanzaron, desde mediados del siglo pasado, a la conquista de vastas tierras y de pueblos blancos, negros y amarillos. Los civilizaron a su manera. Les

dieron los elementos materiales y culturales necesarios para que criaran el ganado, abrieran el vientre de las minas, sembraran algodón, caña de azúcar, trigo, maíz, tabaco y cacao y calaran el árbol del caucho. Construyeron ferrocarriles y puertos para transportar esos productos desde el fondo de la selva a las factorías de la metrópoli. Combatieron las epidemias y nutrieron mejor a los agricultores y mineros. Fueron colonizadores despóticos o benévolos, según los casos. Pero, de todos modos, se vieron forzados a *exportar* tecnología y cultura, única manera de incrementar la productividad.

En las propias metrópolis, el Moloch tenía su mercado. Desarrolló el poder adquisitivo y creó constantemente nuevas necesidades. Universalizó el automóvil, la radio, el cine. Por los medios masivos de la propaganda, convenció a los mejor nutridos que aún sufrían de un déficit vitamínico; la industria de las vitaminas en tabletas es una de las más prósperas y falaces de nuestra civilización. Los publicistas norteamericanos de la "sociedad opulenta" de que habla Galbraith se basan para todos sus cálculos en la premisa del derroche: hay que cambiar todos los años el auto propio, arrojar al desván de los trastos viejos el vestido de la semana pasada, comprar el último modelo de máquina de afeitar, de tocadiscos o de parrilla a rayos infrarrojos.

También el periodismo y la radio llegan al África. Llegan, además, las misiones sanitarias de la Organización Mundial de la Salud y de la UNICEF. Se extirpan la malaria, la anquilostomiasis y el pian. Sobreviven los infantes que antes morían en proporción de 1 a 3. Se eleva la tasa de vitalidad. La población de las regiones atrasadas crece a un ritmo del 2 por ciento anual como promedio. A este ritmo, al terminar nuestra centuria habrá el *doble* de chinos, de indios, de africanos y de latinoamericanos en la faz de la tierra.

Esta humanidad, sumergida hasta ayer, comprobó dos hechos revelados por la propia extensión de la cultura hasta sus chozas: que su miseria era cada vez mayor en comparación con el vertiginoso enriquecimiento de los pueblos adelantados y que el sistema económico que le había permitido sustentarse mediante el intercambio de sus productos primarios por manufacturas importadas ya no aseguraba tal sustento. En efecto, la ley que preside el crecimiento de la economía monopolista, la ley del provecho, se basa en reducir los costos de producción y en aumentar los precios de venta. Del lado del costo están los países que proveen de materias primas a Moloch. Del lado

del precio lo están también cuando sus materias primas regresan transformadas en acero, maquinaria y artículos de consumo. Se les imponía, pues, que vendieran más barato su mineral y pagaran más caro el acero fabricado con él.

Era en vano que se afanaran en producir más y a menor costo mediante la incorporación de la misma tecnología que había hecho el poderío de sus amos de ultramar. Este aumento de la productividad, este progreso técnico y esta economía en los costos se estrellaban contra las regulaciones monopolistas del mercado exterior que reducían los precios de adquisición de los productos primarios (periódicamente rebajaban incluso los volúmenes) y aumentaban, en cambio, los precios de venta de los bienes de capital y de consumo que los países rezagados deben importar.

Quedaba, pues, invalidada, la clásica división internacional del trabajo en que se había basado el crecimiento ininterrumpido del capitalismo. Uno de los socios se declaraba en quiebra.

Veamos, rápidamente, algunos comprobantes de esa quiebra:

Si en 1954 los productos primarios valían 100 en el mercado mundial, en 1961 sólo valían 88.

En cambio, los productos manufacturados, que en 1954 valían 100, en 1961 valían 112.

Lo cual quiere decir, en términos de comprensión simple, que en siete años (de 1954 a 1961) las naciones que viven de sus ventas al exterior de productos agromineros, *perdieron* 12 puntos, en tanto que los países que exportan manufacturas y otros productos industriales *ganaron* 12 puntos.

Las reservas de divisas en los países industriales ascendieron del índice 100 en 1954 al índice 268 en 1959, mientras que las reservas de divisas en los países subdesarrollados descendieron de 100 en 1954 al índice 98 en 1959, lo cual demuestra que estos últimos países están estancados en su poder de compra, mientras las grandes naciones industriales lo han casi triplicado en un quinquenio.

El producto neto por habitante alcanza a un promedio de 958 dólares anuales en los países industriales y de 121 en los subdesarrollados, tomados en conjunto. La desproporción es mucho mayor aún si exemplificamos con los polos extremos: Estados Unidos, 2.000 dólares; India, 60 dólares.

La producción industrial del mundo desarrollado (Estados Unidos, Europa, URSS y países socialistas) alcanza casi al noventa por ciento del total mundial.

En los países desarrollados, cada habitante consume unas 3.000 calorías de alimentos por día; en las zonas rezagadas, no alcanza a las 2.000 calorías diarias.

Si queremos trasladar esta creciente inequidad a uno solo de los índices que marcan la diferencia entre el tercio industrializado del mundo y los dos tercios atrasados, nos basta con la comprobación de que en el primero de estos sectores se produce el 90 por ciento de la energía eléctrica total del mundo, mientras que en el conjunto de los países rezagados se produce el 10 por ciento restante. En las vastas extensiones de Asia, África y América Latina, pobladas por 1.700 millones de seres, sólo se produce 1 kilovatio de energía eléctrica por cada 9 kilovatios que se producen en los países industriales de Europa y Norteamérica, con una población dos veces menor.

No ha sido, pues, imprevista ni casual la explosiva rebelión de las colonias afroasiáticas inmediatamente después de concluida la segunda guerra mundial. El apogeo de la concentración capitalista —acelerada a impulsos de los revolucionarios cambios tecnológicos que la misma guerra produjo— debía tener, y tuvo, decisiva influencia en la promoción del nacionalismo de las antiguas colonias. Ya no se podían sustentar en el esquema perimido de la división internacional del trabajo. Además, la victoria de las democracias sobre el nazifascismo no podía dejar de tener una connotación universal. La Carta del Atlántico, suscripta a bordo del crucero Augusta por Roosevelt y Churchill en agosto de 1941, y la Carta de las Naciones Unidas firmada en San Francisco en mayo de 1945, consagraban la igualdad de las naciones grandes y pequeñas, el derecho de autodeterminación de los pueblos y el acceso de toda la humanidad a los frutos de la paz y del progreso.

Desde el final de la guerra, y hasta ahora, han conquistado su independencia varias docenas de pueblos, en Asia y África.

Todas estas nuevas nacionalidades se han incorporado, o están en vías de hacerlo, a la organización mundial de las Naciones Unidas. El asesinato de Lumumba, héroe de la liberación congoleña, es el símbolo postrero de la impotencia imperial frente al despertar de los pueblos. El nacionalismo afroasiático, la creación del Estado de Israel y el panarabismo nasserista constituyen los hitos históricos más significativos de la posguerra, junto con la consolidación del mundo socialista. Bajo muy diversos signos ideológicos y políticos, este vasto panorama de un mundo dinámico y enfrentado a la injusticia del desarrollo desigual de las naciones es uno de los hechos

revolucionarios, absolutamente definitorios de nuestro tiempo, que es menester registrar y tener en cuenta para apreciar la substancia y la dirección de la crisis que presenciamos.

El primer desafío a las contradicciones y anacronismo de la economía monopolista parte de esta circunstancia externa en la que se combinan las fuerzas del socialismo y del nacionalismo. Analizar el fenómeno imperialista y sus perspectivas históricas, computando solamente los cambios en la relación de fuerzas, sin comprender que ellos determinan un resquebrajamiento y reordenación *qualitativos* de la estructura monopolista, es incurrir en la repetición servil de conceptos válidos en la época del apogeo indisputado de la expansión imperialista. Asistimos ahora a una etapa de crisis mundial del poder de los monopolios por las causas externas que acabamos de esbozar y por causas *internas* de la propia estructura. Sobre ellas volveremos al estudiar la proyección dinámica de los factores que estamos enumerando aquí.

Entre estos factores, reiteramos la importancia capital de la nueva composición de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Desde su creación hasta la incorporación de los nuevos estados afroasiáticos, las Naciones Unidas estuvieron dominadas por la coalición de las tres grandes potencias occidentales vencedoras: Estados Unidos, el Reino Unido y Francia, con el apoyo agregado de China nacionalista en el Consejo de Seguridad y de otros estados europeos y latinoamericanos en la Asamblea. En la actualidad, el "tercer mundo" ha roto esa mayoría e influye hasta el extremo de atraer los votos de estados que votaban uniformemente con la coalición estadounidense-franco-británica. En ese "tercer mundo" predominan las naciones que, aun titulándose socialistas, como la India, Indonesia, Argelia, etc., no integran el bloque socialista soviético, y sus economías siguen la línea de la transición del feudalismo y del precapitalismo al capitalismo. En esta categoría —siquiera en el terreno económico— están los estados latinoamericanos que integran el bloque occidental; aunque estos estados se computan en el cuadro de los "comprometidos" en la política antisoviética, sus intereses nacionales y sus aspiraciones de desarrollo los alinean junto al "tercer mundo" en todos los problemas que no son estrictamente políticos. Hay, pues, un frente de lo que ha dado en llamarse "las grandes expectativas", en el cual participan todos los países subdesarrollados, que son mayoría en las Naciones Unidas.

¿Puede negarse que esta gravitación decisiva del mundo

rezagado, dentro y fuera de las Naciones Unidas, constituye un hecho nuevo que, potencialmente, y aún en los hechos con creciente frecuencia, obliga a realizar profundos cambios en la estrategia global del imperialismo?

América Latina, zona subdesarrollada de Occidente, también se agita conmovida por la crisis estructural de su economía primaria. La conciencia de que la industrialización y la integración nacional y regional son la única respuesta a sus graves problemas está definitivamente incorporada a las luchas por la independencia económica. La revolución cubana ha servido para poner a prueba en el hemisferio el principio universal de no intervención y de autodeterminación de los pueblos, ratificado en Bandung por las naciones afroasiáticas y consagrado en la doctrina jurídica del interamericanismo. Los sectores reaccionarios y militaristas de los Estados Unidos, que se esfuerzan en mantener la vieja concepción según la cual la América Latina es simple apéndice de la economía de los monopolios y de la estrategia militar de Occidente, tropiezan con la creciente resistencia de los gobiernos de origen popular de nuestros países. Una prueba reciente de esa actitud fue la abstención de la Argentina, México, Brasil, Bolivia, Chile y Ecuador en la reunión de consulta de la Organización de Estados Americanos en Punta del Este (1962) al tratarse un plan de sanciones contra el gobierno de Fidel Castro. Otro hecho diplomático anterior fue la histórica conferencia de Uruguayana (1960) entre el presidente Quadros del Brasil y el presidente Frondizi de la Argentina, en la que se articuló una sólida política común de amistad y cooperación en los terrenos económico y político.

La toma de posición de América Latina en el cuadro de la lucha mundial por el desarrollo económico y por una auténtica independencia política está siendo objeto de infinitas presiones y agresiones por parte de los grupos reaccionarios de los Estados Unidos y sus apéndices locales en cada país. En las intrigas y motines contra los gobiernos populares del Brasil y la Argentina especialmente, que amenazaron a Goulart y derribaron a Frondizi, se refleja la lucha trascendente que en los propios Estados Unidos está entablada entre la filosofía del presidente Kennedy y su Alianza para el Progreso y la vetusta doctrina del *big stick*, a la que todavía se aferran los monopolios y ciertos sectores belicistas y de los servicios de inteligencia. Esta contradicción, que en el orden interno norteamericano y en la política exterior enfrenta a Kennedy con las

minorías imperialistas de su pueblo, es otro factor decisivo en nuestra perspectiva histórica, sobre el cual volveremos.

Digamos, finalmente, que el mundo que se interna velozmente en la era de la abundancia, de la producción ilimitada y del trabajo reducido a su mínimo esfuerzo físico, tropieza, en el momento mismo en que se abre esa perspectiva revolucionaria, con el anacronismo de un cuadro mundial en el cual dos tercios del género humano carecen de aptitud para consumir esa masa fabulosa de bienes, a pesar de su heroica decisión de eliminar el abismo que los separa del mundo desarrollado.

Históricamente es imposible que ambos impulsos dinámicos (la necesidad de producir y de vender del dispositivo industrial moderno y la necesidad de compartir los beneficios de la civilización por parte de los pueblos rezagados) no lleguen a integrarse a plazo breve. Ambas tendencias se mueven a un ritmo sin precedentes en el pasado. La primera se hace bajo el signo de la revolución tecnológica; la segunda se hace bajo el signo de la revolución de las "grandes expectativas". Máquinas y pueblos actúan con idéntico empuje revolucionario. Y actúan sin pausa y con prisa.

## ENTREVISTA CON EL ESPIRITU DE YALTA

El 1º de marzo de 1945, en Nueva York, escuché por radio al presidente Roosevelt. Se trasmítía desde el Capitolio, de Washington, el mensaje que estaba leyendo ante la Asamblea Legislativa, a su regreso de la conferencia de Yalta (Crimea) celebrada entre los "tres grandes" de la segunda guerra mundial: Roosevelt, Stalin, Churchill.

La voz que brotaba del receptor reflejaba la fatiga del largo y agitado viaje por aire y por mar desde las costas del Mar Negro. Era una voz quebrada e incolora, muy diferente a esa locución vivaz y cálida a que estábamos acostumbrados. Por primera vez, Roosevelt aludió en público a su invalidez: al comenzar su discurso pidió permiso para pronunciarlo sentado, porque, dijo, "es más fácil para mí no tener que cargar diez libras de acero alrededor de mis piernas", refiriéndose al soporte ortopédico que usaba para mantenerse en pie.

No podía sospechar entonces que esa sería la última ocasión en que escucharía a Roosevelt. El 12 de abril, en la residencia veraniega de Warm Springs, mientras posaba para una artista que le estaba haciendo un retrato, se llevó las manos a las sienes diciendo "qué terrible dolor de cabeza" y perdió el conocimiento. Horas después expiraba, víctima de una hemorragia cerebral.

Esa noche, en mi comentario habitual por las ondas cortas de la NBC, dirigidas a Latinoamérica, me hice eco de la congoja del pueblo norteamericano ante la desaparición del jefe que lo había llevado dos veces a la victoria: al conjurar la terrible depresión económica de la década del 30 y al derrotar a los ejércitos del Eje en la más grande guerra de la historia universal. El guerrero venía de ganar su última batalla por la paz y la libertad de todo el género humano en sus conversaciones y acuerdos con el dictador ruso y el primer

ministro británico. Se preparaba a tomarse un largo descanso antes de acudir a San Francisco para inaugurar la reunión constitutiva de las Naciones Unidas.

El pueblo confiaba en él. Fue el único político norteamericano contemporáneo que logró hacerse querer por las multitudes de su país, tradicionalmente escépticas respecto de los profesionales de la política. Harry Hopkins, su colaborador y amigo, herido de muerte él también, cuando recibió la noticia en su lecho del St. Mary's Hospital, de Rochester, comentó: "Es verdad lo que se le atribuía: nunca abandonó a su pueblo. Podía transar, podía exasperarnos cuando veíamos que hacía tantas concesiones y claudicaciones para lograr su propósito. Pero cedía en cosas pequeñas, en cosas sin importancia y él sabía exactamente cuán pequeñas e insignificantes eran. Pero en las cosas grandes, las que eran realmente y permanentemente importantes, nunca abandonó a su pueblo."

Cuando me telefonearon para comunicarme la noticia, era media tarde. Salí a la calle, pues sentí la necesidad de confundirme con el pueblo de Nueva York y compartir su duelo. De las puertas de los cines de Broadway, de los cafés y tabernas, emergía la muchedumbre con rostros graves y casi sin cambiar palabras. Muchas mujeres lloraban. En menos de una hora quedó desierto el centro de la ciudad. Dije en mi comentario radial: "La noche se anticipó sobre Nueva York, con una penumbra que no bajaba del cielo, sino que subía de los hombres, del fondo commovido de los hombres."

Se hizo un gran silencio en las calles y todo el mundo regresó temprano a sus casas, como para velar la muerte de un ser de la propia familia. El muerto integraba, es cierto, la gran familia del *common man*, a pesar de su origen pudiente. Había sido el gran conductor de un luminoso intervalo de genio y audacia en la tradicionalmente mediocre trayectoria de los presidentes que le antecedieron y le sucedieron. El New Deal fue mucho más que una serie de medidas legislativas y administrativas tendientes a revitalizar la economía en peligro. Fue todo un replanteo de la filosofía liberal, el punto de arranque de una política que ya es irreversible en los Estados Unidos y en el mundo occidental, y que se expresa en el concepto de la responsabilidad social del Estado y de las fuerzas económicas, en el orden interno, y de la responsabilidad universal de todo Estado moderno frente a los problemas internacionales de la paz y del bienestar de la humanidad.

Roosevelt dramatizó ambas responsabilidades, les dio fun-

damento doctrinario y ejecución práctica. Su vida fue una lucha permanente contra el conformismo, el egoísmo y los temores de una clase dirigente desprovista de visión histórica. Cuando esa gente se enloquecía ante la quiebra de la Bolsa y de los bancos, y sus ejecutivos se arrojaban al vacío desde las torres orgullosas de sus rascacielos, F. D. R. empuñó por primera vez el timón de la República y les dijo: "A lo único que debemos temer es al temor mismo". Cuando, en virtud de sus contradicciones y recelos, el viejo imperialismo europeo pactaba en Munich con Hitler y lo armaba, persuadido de que no haría la guerra a Occidente sino a Rusia, Roosevelt se preparaba en silencio —porque su propia clase dirigente no lo aprobaba— para intervenir en la lucha de las democracias contra el fascismo. Cuando, finalmente, el Eje se derrumbaba ante la ofensiva conjunta y solidaria del mundo capitalista y del mundo socialista, Roosevelt fue a Teherán (1943) y a Yalta (1945) a discutir con Churchill y Stalin no el despojo del vencido, sino los pilares de una convivencia universal basada en la paz y la cooperación entre Oriente y Occidente; no para repartirse el mundo, sino para crear, unidos, las condiciones de la liberación de los pueblos ocupados por el Eje y de las colonias, y del acceso de la humanidad sumergida a los beneficios de la era de la abundancia que se iniciaba.

Entre 1938, fecha de la conferencia de Munich, y 1945, fecha en que los tres grandes se reunieron en Yalta para discutir las condiciones de la paz y sentar las bases del mundo de posguerra, habían ocurrido muchas cosas.

La segunda guerra mundial puso fin a una tregua de veinte años precariamente mantenida desde la firma del tratado de Versalles (1918), que selló la paz entre los combatientes de la primera guerra. Los estadistas aliados fueron víctimas de una ilusión cuando creyeron fijar, en dicho tratado y en el pacto de la Sociedad de las Naciones, las bases de la paz permanente. Confían en que la derrota de Alemania permitiría reconstruir la estructura y el equilibrio de poderes vigentes en el apogeo del siglo xx. No comprendieron que la guerra había sido una fase de la quiebra definitiva de aquel sistema de valores. Un agudo historiador británico, Edward H. Carr, sintetiza de este modo esa crisis:

"El sistema de la división internacional del trabajo y del libre (o relativamente libre) comercio multilateral bajo la beneficiosa autocaricia financiera de la City londinense, había sido una brillante improvisación; tan brillante que aquellos que

gozaban de sus jugosos frutos creyeron que duraría eternamente. Pero, años antes de 1914, el cofre comenzó a romperse, las grietas fueron visibles y, una vez que estuvo roto, nada podía reconstruirlo. La gran ilusión del siglo XIX no residió en admirar el éxito brillante del orden social y económico creado en dicho siglo y su contribución a la riqueza y bienestar de la humanidad, que fueron indiscutibles. La gran ilusión consistió en creer que esa delicada y provisoria estructura estaba destinada a ser permanente o siquiera prolongada. Y esa ilusión dominó aun la primera década de la posguerra: la intensa aspiración de los líderes de la coalición victoriosa era regresar a la "normalidad" de la idílica época anterior a 1914.<sup>1</sup>

Tal sueño era irrealizable porque el esquema mundial de preguerra no podía recomponerse. La derrota de Alemania y la salida de Rusia (como consecuencia de la revolución bolchevique) del mercado capitalista, produjeron cambios políticos y económicos en el corazón de Europa y en las colonias de ultramar, que se tradujeron en una grave dislocación del comercio mundial, en la drástica transferencia de oro y divisas desde Europa a los Estados Unidos, en el abandono del patrón oro en Inglaterra y en la recesión económica en los grandes países industriales. En 1932 había 15 millones de desocupados en los Estados Unidos, 6 millones en Alemania y otros 10 millones en el resto del mundo. En 1929 se produjo el crack de la Bolsa de Nueva York y tres años después habían quebrado nada menos que cinco mil bancos. Entre 1929 y 1932 el volumen del comercio mundial se redujo a una tercera parte.

La respuesta desesperada a la crisis mundial y a la ruina de la clase media de toda Europa fue el nacimiento de diversas formas de nacionalismo y proteccionismo aislacionista (tarifas Hawley Smoot en los Estados Unidos; convenios de Ottawa en la Comunidad Británica) y el fenómeno político del fascismo en Italia y Alemania. Los pilares del equilibrio liberal: el comercio multilateral, la libre convertibilidad de las divisas y la división internacional del trabajo, se derrumbaron para siempre en la guerra y la posguerra de 1914-1918. La consolidación del socialismo en Rusia, la formación del pacto

anti Comintern entre Alemania, Japón e Italia (1936-37) y la recuperación norteamericana con la conducción de Roosevelt, fueron los hechos fundamentales que configuraron la estructura mundial en la década 1930-1939, precursora del estallido de la segunda guerra mundial. El mundo que iba a despedazarse en los campos de batalla de esta nueva guerra contenía muy escasos elementos del mundo que peleó en 1914. Al terminar el conflicto, en 1945, se abriría también una etapa inédita y de extraordinarios caracteres.

El nazifascismo fue la última expresión ideológica y el último intento integrador del mundo de entre guerras. Pretendió dar cohesión a un sistema resquebrajado en sus cimientos. En el campo político-económico, su plan fue crear una comunidad que, bajo la égida del Tercer Reich, suprimiera las contradicciones interimperialistas que enfrentaban a Alemania, Francia e Inglaterra y sirviera de trampolín para emprender la gran cruzada contra el comunismo. En el campo social, la férrea disciplina de un Estado fuerte y los resentimientos y frustraciones del hombre común que veía derrumbarse el mito de la prosperidad y el progreso ininterrumpidos y sufriía las terribles consecuencias de la desocupación y la inflación galopante, servirían de base para cohesionar y dar nuevos horizontes a los pueblos europeos. Se trataba, en términos históricos, de superar la quiebra del liberalismo burgués mediante la fundación de un vasto imperio asentado en la adhesión de las masas militarizadas y fanatizadas. A este imperio, aglutinado por la violencia y el espíritu de revancha, se le abrirían las inmensas posibilidades de una pujante y nueva expansión colonial en Asia y África.

Hitler y su asociado menor, Mussolini, ofrecieron esta receta a una Europa incrédula y fatigada, enfrentada al callejón sin salida de la crisis más grave de su historia. Las clases dirigentes de Francia y el Reino Unido, los señores feudales y la burguesía de Europa Central se inclinaban a delegar en los dictadores totalitarios la soñada empresa de la guerra contra la URSS y la no menos importante tarea de domesticar al sindicalismo de origen socialista y transformarlo en instrumento del nuevo orden.

La conferencia de Munich (1938) se realizó bajo laadvocación de la paz para las futuras generaciones. Pero la rama de olivo que temblaba en las manos de Chamberlain a su regreso a Londres era el *camouflage* del pacto con Hitler

<sup>1</sup> EDWARD HALLEY CARR, *The New Society*, Beacon Press, Boston, Mass. 1959.

para su épica marcha hacia el oriente bolchevique, mesiánicamente prometida en su *Mein Kampf*.

Las cosas no sucedieron así, sin embargo, porque también este esquema estaba roto en su origen. No se cumplió la profecía de la gran coalición capitalista contra el mundo socialista, compartida por augures de uno y otro lado.

Hitler traicionó a sus aliados de Munich y pactó con Stalin una tregua que le permitiría comenzar por destruir el poderío británico, ocupar Europa occidental y organizarla como efectiva retaguardia logística para su asalto final contra Rusia.

Francia, minada desde adentro por el espíritu de Munich, sucumbió casi sin lucha. Pero el Reino Unido resistió bajo la jefatura de Churchill, apoyado por un pueblo acostumbrado a gobernar el mundo y resuelto a no aceptar la hegemonía alemana. Los Estados Unidos, cuya clase dirigente también soñó con un aislacionismo utópico y con la perspectiva de que la tiranía nazi y la tiranía comunista se destrozaran mutuamente (el senador Harry S. Truman expresó esta esperanza el día en que Hitler invadió la URSS) fueron conducidos por Roosevelt, penosa pero tenacemente, a la alianza antifascista. El Japón, la grande y nueva potencia militar del Extremo Oriente que ya luchaba por poner pie en la vasta extensión de China (su lógico "espacio vital") aprovechó el hostigamiento de las potencias blancas por la máquina arrolladora de Hitler, para convertirse en tutor de la rebelión colonial del mundo asiático, en el gran padre protector de los pueblos oprimidos.

De este modo, la segunda guerra mundial expresó, en forma total y orgánica, el complejo de contradicciones y de explosivas expectativas que caracterizaban a esa etapa crítica del mundo. La contienda librada en todos los mares y continentes fue el crisol donde habría de fundirse una nueva historia, donde habrían de convertirse en escoria antagonismos ancestrales, dogmas caducos, relaciones de poder que parecían eternas, comportamientos rutinarios de sectores sociales y políticos, enfoques mentales e ideológicos inaptos para interpretar la nueva realidad. Y, además, de los mismos laboratorios y fábricas donde el genio de la especie inventaba y creaba nuevas e inverosímiles armas para su propia destrucción, surgió la formidable revolución científica y tecnológica que arma al hombre para vencer definitivamente la enfermedad, la miseria, el aislamiento, la incultura, la injusticia y la propia guerra.

Cuando aún se combatía en Europa, cuando aún las fuerzas del Japón amenazaban con prolongar muchos meses la

lucha en el Pacífico, Roosevelt, Stalin y Churchill se reunían en Yalta para desbrozar —en un primero y tímido intento— la selva de problemas que esa nueva historia presentaba como desafío a los líderes de las tres potencias que ejemplificaban la coalición mundial victoriosa: Inglaterra, imagen de la vocación de una Europa que no se resignaba a su declinación y que habría de resurgir —antes de lo que pudieron entrever los contertulios de Yalta— como puente indispensable entre las otras dos potencias allí congregadas; la Unión Soviética, que pasaría a convertirse en cabeza de un sector socialista de enorme gravitación material e ideológica, y los Estados Unidos, llamados a desempeñar una responsabilidad universal que las viejas generaciones siempre rehuieron.

A muchas leguas del litoral de Crimea, mientras los tres estadistas se ponían de acuerdo en temas básicos de la liquidación de la guerra, un fermento revolucionario incoercible se propagaba en las selvas oscuras de África y en los montes asiáticos. El imperialismo blanco ya no tenía fuerzas para controlar esa rebeldía. Potencias vencidas y vencedoras, por igual, encararían bien pronto, por las buenas o por las malas, la liquidación de sus imperios coloniales. Tropas cobrizas y oscuras habían peleado por la libertad a las órdenes de sus jefes metropolitanos. Japón, la más ambiciosa potencia militar del Asia, no había fomentado en vano el odio al "amo blanco" cuando ocupó con sus tropas el vasto mundo que se extiende desde la Manchuria hasta Indonesia.

Por otra parte, quienes habían armado a Hitler para aplastar a la URSS se encontraban ahora con un aliado que había destruido el grueso de las formidables legiones nazis y avanzaba hacia el corazón de Alemania, hacia los Balcanes, hacia Checoslovaquia y Polonia, protegiendo con sus ejércitos las revoluciones socialistas en toda la región.

Toda esa formidable transformación, que destruía para siempre la relación de fuerzas, el equilibrio de poder y los repartos de esferas de influencia —trama tan inestable pero efectiva del universo de anteguerra— había costado millones de muertos y la destrucción de gran parte de la estructura industrial y agrícola de Eurasia.

Sólo los Estados Unidos salían agrandados de la contienda: más que duplicada su capacidad de producción y espectáculo casi único de los medios financieros mundiales.

En Yalta se produjo el encuentro de dos polos en torno de los cuales giraría el destino del mundo por mucho tiempo.

En el centro, entre Roosevelt y Stalin, el viejo Churchill representaba una tercera dimensión, en ese momento disminuida por los estragos de la guerra, pero históricamente perdurable, pues era una dosis de genio finisecular destinado a atemperar el ímpetu o las impaciencias de los dos jóvenes colosos del futuro y, en más de una ocasión, a servir de amortiguador en el choque de ideologías y de retóricas, ajenas al tradicional pragmatismo de la experta diplomacia del Foreign Office.

Mucho se ha escrito sobre los acuerdos de Yalta. *The New York Times* de esa época los definió como "piedra fundamental de la victoria y de la paz", y el *Record* de Filadelfia dijo que Yalta era "la más grande victoria de las Naciones Unidas en esta guerra". Pero no pasaría mucho tiempo sin que otras voces calificaran de traidor a Roosevelt por haber concedido demasiado a Stalin. Se llegó a decir que el presidente había ido casi moribundo a Yalta y que no tenía suficiente claridad mental para negociar asuntos tan trascendentales. Ni el médico que acompañó en su viaje a Roosevelt, ni miembro alguno de las nutridas comitivas que allí se congregaron, advirtieron signos de claudicación en la dinámica personalidad del mandatario americano. No faltó a ninguna de las sesiones plenarias, ni dejó de asistir a los largos y fatigosos agasajos de los huéspedes rusos. Es verdad que su salud declinaba rápidamente y desmejoró mucho durante la travesía de regreso. Pero, aun en vísperas de su muerte repentina, trabajaba personalmente en la preparación de su discurso inaugural de la Conferencia de San Francisco, que ya no tuvo ocasión de pronunciar.

No es verdad que Roosevelt haya hecho concesiones gratuitas a Stalin. Edward Stettinius, Jr., a la sazón Secretario de Estado, afirma en el libro en que describe minuciosamente las negociaciones, que las actas revelan "que la Unión Soviética hizo más concesiones a los Estados Unidos y a Gran Bretaña que las que hicieron estas potencias a la Unión Soviética".<sup>1</sup>

El campo de fácil coincidencia entre Roosevelt y Stalin, con la conformidad no siempre entusiasta de Churchill, fue el de las condiciones que habrían de imponerse a Alemania para evitar un futuro resurgimiento del militarismo prusiano y del nazismo. El campo de mayor dificultad fue el del estable-

<sup>1</sup> *Roosevelt and the Russians: the Yalta Conference*, Ed. Doubleday & Co. Inc., 1949, pág. 6.

cimiento de condiciones para la liberación y organización institucional de los países ocupados del centro de Europa. Pero en este campo, los hechos eran más decisivos que las teorías y se llegó a una transacción que, en síntesis, consistía en reconocer una esfera de seguridad para la URSS en sus fronteras y otra para Inglaterra en Grecia y los Dardanelos.

El espíritu de Yalta era más profundo que el que se reveló en las actas suscriptas. Los líderes de las dos nuevas potencias mundiales, los Estados Unidos y la URSS tuvieron en Yalta la primera oportunidad de explorar las perspectivas de una larga convivencia pacífica. En verdad, como Walter Lippmann, el prestigioso comentarista internacional, lo subrayara, "los Estados Unidos y la Unión Soviética estaban separados por un foso ideológico, pero unidos por el puente del interés nacional de cada uno".<sup>2</sup>

Esta es una observación aguda y realista, que las telarañas de la propaganda ideológica se encargan de refutar cada vez que se analiza, en cualquier parte, un problema de política internacional. No hay otra política internacional auténtica que la que articula y concilia *intereses* nacionales. Los argumentos filosóficos y doctrinarios sirven solamente para vestir y propagar en el público la justicia de ese interés. Nada hay de hipócrita en esta posición, porque lo legítimo es que cada Estado preserve su interés nacional, sus fines nacionales, al negociar con otros estados o con la comunidad entera. Lo falso e injusto sería que un Estado sometiera su interés nacional al interés ajeno, que sirviera otro interés que no fuera el de la grandeza y felicidad de su propio pueblo. (Las campañas ideológicas para impulsar a un gobierno a que se convierta en satélite de otros están fundadas en la hipocresía de alegar grandes causas universales para mediatizar y someter al propio pueblo). Por supuesto que, en la comunidad internacional como en toda sociedad humana, el interés de cada Estado tiene como límite el interés de los demás y está sujeto a las normas libremente consentidas del derecho de gentes. Pero, dentro de ese cuadro jurídico y moral y con esas restricciones, un gobierno que no conduce su política internacional de conformidad con los intereses de su pueblo, traiciona su mandato.

Dos grandes potencias, llamadas a decidir el porvenir de la humanidad, se pusieron de acuerdo en Yalta porque sus

<sup>2</sup> Ibíd., pág. 7.

intereses nacionales respectivos determinaban la *necesidad* de ese acuerdo. La Unión Soviética salía de una guerra atroz, que le había ocasionado veinte millones de bajas en su población y la destrucción de una parte considerable de su capacidad productiva. Necesitaba asegurarse un largo período de paz y contar con regímenes aliados en toda su periferia, para prevenir futuras agresiones y dedicar todos sus recursos a la reconstrucción de su economía.

Los Estados Unidos, en cambio, salían de la guerra con su capacidad industrial duplicada y su producción aumentada en un 36 por ciento. El producto nacional bruto, que en el período de anteguerra promedió anualmente unos 84 mil millones de dólares, ascendió en 1946 a 203 mil millones. (Este crecimiento se aceleró más aún en la posguerra; en 1962 el producto nacional bruto alcanzó a unos 500 mil millones de dólares). Asimismo, la mayor parte de los recursos financieros de Occidente habían ido a parar a las arcas norteamericanas.

El interés nacional de la URSS consistía en mantener la paz para reconstruir su capacidad productiva. El interés nacional de los Estados Unidos consistía igualmente en asegurar la paz para dedicar su tremendo aparato industrial y sus ingentes recursos monetarios a ayudar a la reconstrucción de Europa y el desarrollo de las colonias europeas en Asia y África, que, ante la quiebra o el debilitamiento de las metrópolis como consecuencia de la guerra, emprenderían seguramente sus propios planes de liberación y progreso.

La posición de Stalin en Yalta era, en cierto modo, más simple y cómoda que la de sus contrapartes. Se conformaba con lograr el objetivo de la neutralización y debilitamiento de Alemania y la creación de un cinturón de estados amigos en su frontera occidental. Creadas estas condiciones de seguridad, los planes quinquenales harían el resto.

La posición de Roosevelt y de Churchill era menos sencilla. El arreglo de las nuevas fronteras europeas, el destino de los países de Europa central ocupados por los alemanes, los grandes problemas económicos y sociales que plantearía la reconstrucción de Francia, Inglaterra e Italia en la posguerra y la perspectiva de la liquidación del colonialismo como margen de reserva del capitalismo, eran hechos que exigían imaginación y audacia para encararlos y resolverlos.

En síntesis, ya en ese momento en que aún se combatía en todos los frentes, los líderes occidentales más aptos para

anticipar el futuro debían preocuparse por desentrañar los inéditos rasgos del mundo de posguerra, las dramáticas opciones que habrían de presentarse a Occidente a raíz de la formación de un extenso bloque socialista aspirante a fortalecer e imponer su personalidad en la familia universal.

Yalta fue para Roosevelt y Stalin la encrucijada histórica donde se sublimaban y culminaban las azarosas luchas que ambos habían librado en sus respectivos países contra las minorías desautorizadas por el devenir: los aislacionistas y reaccionarios norteamericanos y los trotskistas soviéticos.

Ambos necesitaban la paz para rematar su obra. Roosevelt, para extender la filosofía social del New Deal al mundo capitalista y a las zonas subdesarrolladas; Stalin, para fortalecer, en la integración de una comunidad socialista multinacional, su tesis de la construcción pacífica del socialismo en un solo país frente a la tesis de la revolución permanente y universal de León Trotsky.

La coexistencia, negociada en Yalta y que sufriría redoblados embates después de la muerte de Roosevelt, no era una simple acomodación diplomática entre potencias presuntivamente rivales. No era un *modus vivendi*, una tregua. En las mentes del político norteamericano y del dictador soviético era el producto lógico y necesario de una concepción pragmática de la historia, fundada en una asociación leal y prácticamente realizable entre las dos más grandes potencias industriales de la época para transformar el mundo.

Roosevelt sabía que la paz y el entendimiento con Rusia, al descartar la necesidad de armarse para un eventual conflicto entre los dos colosos, forzaría a los monopolios norteamericanos a buscar vastos mercados para una producción y una acumulación de medios financieros que rebalsaría enormemente la capacidad de absorción interna. Y que esta expansión no podría realizarse siguiendo las líneas de la política imperialista que había marcado el apogeo del capitalismo del siglo XIX por varias razones que más adelante analizaremos, pero que condensamos aquí, puesto que ya estaban implícitas en la conducta de Roosevelt en Yalta.

1º) La expansión imperialista del siglo XIX se hizo en condiciones totalmente diferentes a las que imperarían en el mundo después de la segunda guerra. Partió de una base industrial mucho más pequeña, basada en la división internacional del trabajo, en que una reducida estructura industrial (prácticamente circunscripta a Gran Bretaña, Alemania y los

Estados Unidos) importaba materias primas y alimentos desde las colonias y tenía mercados suficientes para sus manufacturas en su propio perímetro y en el escaso poder adquisitivo de las zonas marginales.

La situación que se anunciaba en momentos en que finalizaba la segunda guerra mundial era totalmente diferente: la capacidad económico-financiera del capitalismo presagiaba una rápida recuperación de la estructura industrial de Europa, una fabulosa producción en los Estados Unidos y, en el plazo de dos o tres décadas, la incorporación de la competencia socialista en los mercados de inversión y consumo.

2º) La expansión imperialista del siglo XIX se hizo exclusivamente a través del sector privado, puesto que el sector económico estatal era insignificante. La concentración de la demanda de guerra en manos del Estado durante la segunda guerra había producido en los Estados Unidos, Alemania y Gran Bretaña un cambio radical en la composición del ingreso y de las inversiones, en favor del sector público. Ahora, el Estado era el más grande capitalista y no podía presumirse que el sector privado recuperase su anterior primacía. Por la razón que damos en el punto 3º), podía desecharse la posibilidad de una exportación masiva de capitales privados al mundo rezagado, como había ocurrido en el siglo XIX.

3º) Una de las consecuencias inevitables de la guerra sería la liquidación del colonialismo. Las revoluciones nacionalistas que se incubaban en Asia y África terminarían por establecer en esos vastos continentes nuevas nacionalidades, cuyos pueblos no se resignarían a permanecer en su estructura feudal o precapitalista y lucharían por industrializarse para liberar sus economías de la dependencia del factor externo.

Estas naciones, celosas de su independencia y fuertemente decididas a controlar las inversiones extranjeras para evitar caer en nuevas formas de explotación, serían excelente mercado para inversiones internacionales pero de signo muy diverso a las del pasado y con decidida preferencia por las inversiones externas de origen público y, en lo posible, multinacional.

Estas tres condiciones, solamente entrevistas por Roosevelt a través de la larga experiencia de sus luchas por expandir las formas sociales de la producción, impondrían a los Estados Unidos un drástico replanteo de su política económica interna y externa, al lado del cual el New Deal de la década de los años 30 era un juego de niños.

Roosevelt era perfectamente consciente de que las minorías reaccionarias que lo habían hostilizado e injuriado sistemáticamente en su país, se rebelarían violentamente contra el espíritu de Yalta (como lo hicieron efectivamente antes y después de su muerte) y se empeñarían en dilatar la crucial necesidad del cambio a que aludimos. La alternativa no podía ser otra que la que sobrevino en cuanto el gran estadista cerró los ojos: la economía de "guerra fría", el mantenimiento de las tensiones internacionales para obligar al Estado a ser el gran patrón de la economía y su gran consumidor, en forma de armamentos reemplazados cada mes por otros más modernos. Este era el terreno favorable al mantenimiento del capital monopolista. Este era el terreno que Roosevelt quiso minar en Yalta, para que cediera su sitio a la economía de abundancia y bienestar para todo el género humano, que el genio de este hombre singular imaginaba y que sus minúsculos detractores, en todo el mundo, desdibujaban como ingenua utopía.

Cuando Roosevelt y Stalin se dieron la mano por última vez en Yalta, los dos polos del mundo futuro se separaban con ellos. Durante casi veinte años, las minorías antihistóricas se han empeñado en ahondar esta separación. Algunos temperamentos histéricos, de uno y otro mundo, incluso predicaron su choque inevitable y necesario. Pero los pueblos, que, a través de los mares y las selvas esperaban la palabra de paz que les llegaría desde las quietas riberas de la Crimea, creen que el espíritu de Yalta es indestructible.

## ENTREVISTA CON S. S. JUAN XXIII, NIKITA JRUSCHOV Y JOHN F. KENNEDY

El esquematismo ideológico con que la gran maquinaria universal de la propaganda pretende encasillar eso tan fluido, vario y complejo que es el devenir de las sociedades humanas, pretende reducir el problema de nuestro tiempo a una oposición irreductible entre democracia y comunismo. En tal esquematismo suelen incurrir panegiristas de uno y otro de esos polos.

No siempre se trata de una mera distorsión intelectual; casi siempre es el pretexto de una táctica política primitiva, una política de proselitismo para forzar a los hombres a definirse en términos absolutos: blanco o negro, el mal o el bien. Es una de las tantas formas de agresión que reemplazan a las formas cultas del análisis y la controversia racionales.

De la exposición imparcial que haremos a continuación del pensamiento y la acción de Su Santidad, el Papa Juan XXIII, de Nikita Jruschov y de John F. Kennedy, se desprende que tal dilema simplista no existe y que en el mundo de hoy juegan múltiples factores, espirituales y materiales, que dan un contenido mucho más rico y promisorio a aquel pretendido antagonismo primario.

Estas tres figuras, representativas de tres dimensiones intrínsecamente diversas, reflejan, con gravitación protagónica, las tendencias de nuestro mundo en transición.

S. S. JUAN XXIII \*

La multitud reunida en la plaza de San Pedro el 28 de octubre de 1958 aguardaba desde hacía cuatro días que una delgada columna de humo blanco emergiera de la chimenea de la Capilla Sixtina del Vaticano. El cónclave cardenalicio

\* En prensa la primera edición de este libro ocurrió el fallecimiento del Sumo Pontífice. En su larga agonía susitó repetidas veces las palabras de Cristo en su oración de la última cena: *Ut unum sint*, que todos sean uno.

Ungido por el misterio de la inspiración, este papa de transición, como se lo definió al ser designado por el cónclave, pasará a la historia como uno de los más grandes jefes de la Iglesia, como uno de los más

que habría de elegir al sucesor del Papa Pío XII llevaba noventa horas de clausura y se habían realizado ya once escrutinios. Por fin, a las cinco y siete minutos de la tarde, la séptima *fumata* fue enteramente blanca. La cristiandad tenía un nuevo pontífice en la persona del cardenal Ángel Juan Roncalli. El cardenal protodiácono apareció en el balcón de la basílica y anunció que el nuevo papa reinaría en el nombre de Juan XXIII.

Muchos Juanes había en la lista de los sumos pontífices de la Iglesia, pero el último, Juan XXII, se remontaba a la Edad Media. También había habido un Juan XXIII, un papa cismático de Pisa, que fue depuesto por el Concilio de Constanza (1414-1418), que puso término al gran cisma de Occidente, agitado período de la historia de la Iglesia.

El nuevo papa, al escoger el mismo nombre y ordinal del cismático, excluido de la nomenclatura legítima, restablecía la sucesión de los pontífices de Roma. Juan era también el nombre del padre del cardenal Roncalli y el de la parroquia donde fue bautizado. Su familia de campesinos del pequeño pueblo de Sotto il Monte era numerosa, pues Ángel Juan es el mayor entre los varones, de los diez hijos que tuvieron sus padres. Todavía vive su familia en Sotto il Monte. Cuando alguien preguntó al Papa qué quería hacer para reponerse de las fatigas del último Concilio Vaticano II, contestó: "pasar unos días arando el campo con mis hermanos".

Este sacerdote campesino, surgido de las capas más humildes de su pueblo, ha incorporado a su ministerio de jefe de la Iglesia toda la sabiduría humana que surge de esa respuesta. Se siente, antes que pontífice, pastor de su grey y de la humanidad entera. No en balde, en su última encíclica *Pacem in Terris*, se dirige a todos los hombres de buena voluntad, sean o no católicos. "La Iglesia debe traer a Cristo al mundo", dijo en un reciente mensaje radial.

¿Qué representa este Papa que quiere dar a la religión su más amplio sentido ecuménico; que quiere convertir a la

esclarecidos intérpretes de su tiempo. Prueba de la trascendencia que el mundo entero asigna a su obra de paz y conciliación, es que en todos los círculos, sean o no católicos, preocupa grandemente el problema de su sucesor en la silla apostólica. Se estima que la orientación impresa por Juan XXIII a la acción universal de la Iglesia necesita ser completada y ratificada en la segunda parte del Concilio Ecuménico Vaticano II que deberá ser convocada por el nuevo pontífice (ver nota de la segunda edición en pág. 82).

Iglesia de Pedro en madre universal de todos los seres humanos, que llama "hermanos separados" a los cristianos no católicos y que aspira a actualizar, a "poner al día" las enseñanzas, los ritos y el apostolado social del catolicismo para adaptarlos a las condiciones radicalmente nuevas del mundo contemporáneo?

En sus dos grandes encíclicas, *Mater et Magistra* y *Pacem in Terris*, se empeña en correlacionar su pensamiento con los de León XIII, Pío XI y Pío XII, quienes se ocuparon de las mismas materias. Pero innova fundamentalmente en cuanto ensancha las bases filosóficas de la doctrina social católica, al incorporarle precisos elementos de la ciencia económica moderna. La originalidad de Juan XXIII, que lo distingue de sus predecesores y coloca a la Iglesia en el centro mismo de la problemática social y política de nuestros días, consiste en que ofrece soluciones a las cuestiones de la miseria, la injusticia social, la desigualdad entre naciones ricas y pobres y la paz y la convivencia universales, que van más allá del concepto evangélico de la caridad y de la fraternidad como imperativos morales y se internan profundamente en las causas materiales, objetivas e históricas de dichos problemas.

Ambas encíclicas recogen, es verdad, principios cardinales de derecho natural contenidos en la *Rerum Novarum* y la *Quadragesimo Anno*, de León XIII y Pío XI respectivamente. Incluso recoge de Santo Tomás de Aquino un pensamiento que puede ser considerado como la definición básica de *Mater et Magistra*: el de que es necesario fomentar la abundancia de bienes materiales, *cuyo uso es necesario para el ejercicio de la virtud*.<sup>1</sup> Pensamiento básico que destruye la legendaria e hipócrita objeción de los idealistas de todas las escuelas, que califican de "grosero materialismo" a toda preocupación por asegurar y defender las condiciones materiales de la existencia del hombre como requisito de su albedrío espiritual. (De paso podríamos señalar que los reaccionarios argentinos esgrimieron este argumento "espiritualista" contra el supuesto materialismo "marxista" de los planes de desarrollo del gobierno de Frondizi, como prueba de que el presidente daba excesiva importancia a los aspectos materiales de su programa).

*Mater et Magistra* es mucho más que una exhortación piadosa a la solidaridad entre los hombres y los pueblos. Des-

<sup>1</sup> *Mater et Magistra*, edición Biblioteca de autores cristianos, La Editorial Católica, Madrid, 1962, párrafo 20.

pués de referise a las encíclicas anteriores, entra de lleno a examinar, con criterio científico, los cambios ocurridos en el mundo en los últimos veinte años<sup>1</sup> y se refiere, "en el campo científico, técnico y económico", al descubrimiento de la energía atómica, las ilimitadas conquistas de la química, la automatización, la modernización de la agricultura, la radio y la televisión, los transportes y la conquista de los espacios interplanetarios; "en el campo social", el desarrollo de la previsión y los seguros, el auge del movimiento sindical y la "responsabilidad del obrero ante los problemas económicos y sociales más importantes", la elevación del nivel de vida y de la educación, las migraciones de la fuerza de trabajo, y "los evidentes desequilibrios que existen, primero, entre la agricultura y la industria y servicios y, luego, entre zonas de diferente prosperidad económica en el interior de cada país y, por último, en el plano mundial entre los países de distinto desarrollo económico"; "en el campo político", el acceso de todas las clases a los cargos públicos, la intervención estatal en el campo económico y social, la independencia de los pueblos afroasiáticos, la interdependencia en las relaciones internacionales y la aparición de organismos internacionales en escala mundial.

Partiendo de esta visión realista del mundo contemporáneo, *Mater et Magistra* desarrolla a continuación sus tesis programáticas para gobernantes y gobernados, patronos y obreros, políticos y simples ciudadanos. Señala que los actuales progresos científicos y tecnológicos ofrecen al poder público mayores posibilidades de intervención para "reducir el desnivel entre los diversos sectores de la producción, entre las distintas zonas de un mismo país y entre las diferentes naciones en el plano mundial", para "frenar, dentro de ciertos límites, las perturbaciones que suelen surgir en el incierto curso de la economía y para remediar, en fin, con eficacia, los fenómenos del paro masivo". Para lo cual se pide a los gobernantes que "ejerzan en el campo económico una acción multiforme mucho más amplia y ordenada que antes y ajusten, de modo adecuado a este propósito, las instituciones, los cargos públicos, los medios y los métodos de actuación", no sin dejar a salvo que esta acción del Estado, "por dilatada y profunda" que sea, ha de garantizar la expansión de la libre iniciativa, "salvaguardando, sin embargo, incólumes, los derechos esenciales de la persona humana". Considera el Papa que "la misma evo-

<sup>2</sup> Ibíd., párrafos 46 y siguientes.

lución histórica pone de relieve, cada vez con mayor claridad, que es imposible una convivencia fecunda y bien ordenada sin la colaboración, en el campo económico, de los particulares y de los poderes públicos... en la cual, ambas partes, han de ajustarse a las exigencias del bien común en armonía con los cambios que el tiempo y las costumbres imponen". Y esta colaboración debe ser así, porque "cuando falta la iniciativa particular surge la tiranía política", pero "cuando en la economía falta totalmente, o es defectuosa, la debida intervención del Estado, los pueblos caen inmediatamente en desórdenes irreparables y surgen al punto los abusos del débil por parte del fuerte moralmente despreocupado, raza esta de hombres que, por desgracia, arraiga en todas las tierras y en todos los tiempos, como la cizaña entre el trigo" (párrafo 54 y siguientes). Conceptos éstos que van sin duda dirigidos a quienes pretenden perpetuar el liberalismo del *laissez faire* en una época diametralmente diferente a la del siglo XIX.

El enfoque científico y moderno de *Mater et Magistra* se evidencia en todo su texto, del que daremos unos pocos ejemplos más.

Cuando el Papa expresa que "una profunda amargura embarga nuestro espíritu ante el espectáculo inmensamente doloroso de innumerables trabajadores de muchas naciones y de continentes enteros, a los que se remunera con salarios tan bajos que quedan sometidos ellos y sus familias a condiciones de vida totalmente infrahumana", no incurre en el lugar común de atribuir esta injusticia a la avaricia o a la ausencia de sentido social de los patronos, sino que señala la causa objetiva y real del fenómeno: "Hay que atribuir esta lamentable situación al hecho de que, en aquellas naciones y en aquellos continentes, el proceso de industrialización está en sus comienzos o se halla todavía en fase no suficientemente desarrollada" (párrafo 68).

Y explica repetidamente, en otros pasajes, la noción de que es necesario aumentar la producción de bienes en todas las naciones, con la obligación de las desarrolladas de cooperar al desarrollo económico de las demás. Sostiene el Papa que el desarrollo económico debe ir acompañado del concepto de justicia social, esto es, de la creciente participación de todo el pueblo en el reparto de los bienes producidos, para lo cual aconseja la coparticipación empresario-obra en la dirección y utilidades de las empresas y la necesidad de que los trabajadores puedan "expresar su parecer e interponer su influencia

fuera del ámbito de la empresa y, concretamente, en todos los órdenes de la comunidad política" (párrafo 97).

Los problemas técnico-económicos del desarrollo, de los mercados y precios, de las inversiones, de la productividad, de la modernización del agro, etc., están perfectamente formulados en la Encíclica.

En un capítulo dedicado a la agricultura, se postula la necesidad de llevar al campo la tecnología y los servicios de las zonas industriales: "que en el campo adquieran el conveniente grado de desarrollo los servicios públicos más fundamentales, como, por ejemplo, caminos, transporte, comunicaciones, agua potable, vivienda, asistencia médica y farmacéutica, enseñanza elemental y enseñanza técnica y profesional, condiciones idóneas para la vida religiosa y para un sano esparcimiento y, finalmente, todo el conjunto de productos que permitan al hogar del agricultor estar acondicionado y funcionar de acuerdo con los progresos de la época moderna" (párrafo 127). Para lograr esta elevación de los niveles de vida en el campo se dan soluciones absolutamente extraídas de la más moderna ciencia económica: "imposición fiscal, crédito, seguros sociales, precios, promoción de industrias complementarias y, por último, el perfeccionamiento de la estructura de la empresa agrícola" (párrafo 131). "Es oportuno también promover, en las zonas campesinas, las industrias y los servicios relacionados con la conservación, transformación y transporte de los productos agrícolas" (párrafo 141). Y, finalmente, para ratificar la concepción de la economía nacional como un complejo orgánico integrado, se dice en el párrafo 151: "Las autoridades deben cuidar asiduamente, con la mira puesta en la utilidad de todo el país, de que el desarrollo económico de los tres sectores de la producción —agricultura, industria y servicios— sea, en lo posible, simultáneo y proporcionado, con el propósito constante de que los ciudadanos de las zonas menos desarrolladas se sientan protagonistas de su propia elevación económica, social y cultural."

Esta nueva concepción integral del desarrollo económico nacional se proyecta al plano internacional cuando la *Mater et Magistra* se refiere a las relaciones entre países de desigual desarrollo económico, cuestión a la que califica como "problema tal vez mayor de nuestros días". El Papa establece claramente la obligación de las potencias industriales de ayudar al desarrollo de las regiones atrasadas: "Esta obligación se ve aumentada por el hecho de que, dada la interdependencia progresiva

que actualmente sienten los pueblos, no es ya posible que reine entre ellos una paz duradera y fecunda, si las diferencias económicas y sociales entre ellos resultan excesivas" (párrafo 157). Pensamiento rigurosamente científico que reconoce las causas materiales y verdaderas de las tensiones mundiales creadas por el desarrollo desigual de las economías y que descarta implícitamente las interpretaciones ideológicas de dichas tensiones, tan en boga en la literatura liberal. El Papa reitera en la Encíclica sus propios conceptos de la alocución del 3 de mayo de 1960, cuando afirmó que "*todos somos solidariamente responsables de las poblaciones subalimentadas*".

Cuando la Encíclica se interna en el análisis de la cooperación para el desarrollo, vuelve a ceñirse a las más modernas experiencias en la materia, puntuizando las formas correctas de esa cooperación para que ella sea efectiva y produzca resultados permanentes y dinámicos. Por ejemplo, si bien alaba la ayuda de emergencia en forma de alimentos para aliviar el hambre de ciertas poblaciones reconoce que "estas ayudas no pueden eliminar de modo inmediato en muchos países las causas permanentes de la miseria o del hambre. Generalmente la causa reside en el retraso que acusan los sistemas económicos de esos países. Para remediar este retraso hay que movilizar todos los medios posibles, de suerte que, por una parte, los ciudadanos de estas naciones se instruyan perfectamente en el ejercicio de las técnicas y en el cumplimiento de sus oficios, y, por otra, puedan poseer los capitales que les permitan realizar por sí mismos el desarrollo económico, con los criterios y métodos propios de nuestra época" (párrafo 163). A este fin, el Papa alude a la cooperación internacional realizada por organismos financieros nacionales y supranacionales, y exhorta a que "las naciones más ricas mantengan con ritmo creciente su esfuerzo por ayudar a los países que están iniciando su desarrollo, para promover así el progreso científico, técnico y económico de estos últimos" (párrafo 165).

Luego, el Sumo Pontífice no vacila en señalar un fenómeno que preocupa a los pueblos subdesarrollados, celosos de su soberanía: la desviación neo colonialista de la ayuda externa. Sobre el particular, el Papa no teme recoger los argumentos más concretos que suelen hacer los líderes de los pueblos en desarrollo y de hacerlos suyos: "Las naciones económicamente desarrolladas, al prestar su ayuda, deben reconocer y respetar el legado tradicional de cada pueblo, evitando con esmero utilizar su cooperación para imponer a dichos países una imitación

de su propia manera de vida" (párrafo 176). "Es necesario, asimismo, que las naciones económicamente avanzadas eviten con especial cuidado la tentación de prestar su ayuda a los países pobres con el propósito de orientar en su propio provecho la situación política de dichos países y realizar así sus planes de hegemonía mundial" (párrafo 171), puesto que esta actitud revelaría la intención de "instaurar una nueva forma de colonialismo, que, aunque cubierto con honesto nombre, constituye una versión más del antiguo y anacrónico dominio colonial, del que se acaban de despojar recientemente muchas naciones; lo cual, por ser contrario a las relaciones que normalmente unen a los pueblos entre sí, crearía una grave amenaza para la tranquilidad de todos los países" (párrafo 172). El Papa termina diciendo que la ayuda económica sin implicancias políticas es la única que podrá contribuir "a formar una especie de comunidad de todos los pueblos, dentro de la cual cada Estado, consciente de sus deberes y de sus derechos, colaborará, en pie de igualdad, en pro de la prosperidad de todos los demás países" (párrafo 174).

La transcripción de estos pocos pasajes de la encíclica *Mater et Magistra* basta para revelar su profundo sentido renovador y situarla como el manifiesto de la misión de la Iglesia en la compleja pero grávida transición del mundo moderno hacia formas orgánicas de convivencia, desarrollo armónico de todos los pueblos, respeto a las soberanías y esencias tradicionales de cada uno y consolidación de la paz en una comunidad humana sin exclusiones, consagrada a labrar el bienestar material y la plena libertad espiritual de *todos* los hombres.

La originalidad de *Mater et Magistra* consiste en que convierte a la Iglesia en un factor activo de la transformación social, al programar las bases materiales y políticas del cambio. El apostolado de Juan XXIII corresponde a la época en que la humanidad tiene a su alcance inmediato los inmensos bienes y recursos creados por la fabulosa productividad industrial de esta era científica y tecnológica y puede dedicarlos a dos fines trascendentales: la abolición de la guerra y la promoción de todos los pueblos al bienestar y a la cultura.

El mérito inestimable y la proyección revolucionaria del pensamiento de Juan XXIII residen en su visión global y realista de esos elementos de transformación, en el análisis científico-económico en que apoya su exhortación moral, y en el coraje con que desmenuza, recompone y sintetiza los factores objetivos de la crisis mundial. En este sentido, *Mater et Ma-*

*gistra* es un documento genuino de su tiempo y un instrumento vivo para la acción de toda la humanidad —sin distinción de credos u opiniones— en la lucha por la justicia, la libertad y la paz.

Este pensamiento renovador del Papa alcanzó su expresión más dinámica en la convocatoria al Concilio Vaticano II, cuya primera parte tuvo lugar en Roma, de octubre a diciembre de 1962.

Los concilios no son frecuentes en la historia de la Iglesia (se han celebrado sólo veinte en veinte siglos) y los anteriores fueron convocados generalmente en épocas de ruda lucha para afirmar la autoridad y la unidad de la Iglesia frente a grupos heréticos o enemigos declarados, o para proclamar o ratificar diversos aspectos del dogma. El Vaticano II es, aparentemente, sólo un concilio de actualización, una reunión en la que los principios de la Iglesia discutirían ciertas iniciativas para popularizar y expandir la acción pastoral de la más extendida y compacta de las religiones (600 millones de fieles en todo el mundo).

Aun partiendo de tan modestos propósitos aparentes, la iniciativa de Juan XXIII tropezó con el clásico espíritu conservador de la Curia Romana, el todopoderoso gobierno administrativo de la Iglesia, formado en su mayoría por ancianos prelados italianos que prefieren no agitar demasiado la plácida superficie de su vasto imperio. Se opusieron a Juan XXIII innumerables objeciones de procedimiento para impedir o retardar la reunión del Concilio. Uno de los dignatarios de la Curia, según se dice en círculos vaticanos, expresó al Papa que, de acuerdo con sus previsiones, no se podría dar término a las labores preparatorias antes de 1963. "Entonces, contestó el Papa, lo haremos en 1962."

Vista esta irrevocable decisión, la Curia se entregó febrilmente a redactar las proposiciones y proyectos que habría de considerar el Concilio, con el ánimo de confrontar a los obispos con un *fait accompli*. El objetivo era reducir la magnitud de las reformas, por una parte, y limitar el debate a la aceptación, más o menos total, de los anteproyectos de la Curia.

Pero las intenciones del Papa eran otras. Dejó hacer a la Curia pero trabajó intensamente para que la asamblea fuera numerosa y universal; para que fueran invitados observadores eminentes de otras religiones cristianas y para que los obispos se percataran de que habían sido congregados para discutir y no para aprobar en silencio las propuestas previamente elabo-

radas. "No quiero que el Concilio se convierta en un coro de frailes", dijo el Papa a los primeros conciliares que lo visitaron.

El objetivo del sacerdote campesino que no quiere que se le llame Sumo Pontífice sino "servum servorum Dei", siervo de los servidores de Dios, era que el Concilio fuera una auténtica asamblea democrática, en la que pudiera oírse, por primera vez, la voz de los pastores del pueblo, mejor aún, las voces diferentes de los fieles de todas las razas y latitudes a través de sus sacerdotes. Se trataba de democratizar el gobierno universal de la Iglesia, descentralizarlo, conceder autonomía a las diócesis nacionales, diversificar incluso las formas del culto para que el verbo de Dios llegara más fácilmente a los fieles de cada comunidad. En síntesis, una revolución en el ordenamiento vertical y autoritario de la jerarquía.

Ante la sorpresa de los viejos dignatarios romanos, esta asamblea universal iba a ser, realmente, democrática. Los obispos negros de África, los que ejercen su apostolado en las junglas asiáticas y en América Latina, los que hablan idiomas aborígenes y predicen su sermón en tales lenguas, los verdaderos pastores del pueblo, iban a discutir, en pie de igualdad, con los príncipes de Roma. El Papa, que en los días de su enfermedad seguía las deliberaciones desde sus aposentos, por televisión, intervenía socarronamente cada vez que la presión conservadora pretendía imponerse sobre los reformistas. Con esta paternal protección de su jefe, los obispos pudieron quebrar el tabú de la Curia. En momentos en que el cardenal Ottaviani, exponente del sector tradicional, defendía un proyecto en el que se reiteraba la supremacía vertical de la jerarquía romana, un obispo belga, de Brujas, lo interrumpió para decirle: "¿No podría despojarse a ese proyecto de su triunfalismo, su clericalismo, su forma leguleya?" Desde ese momento, la partida estuvo ganada. Por votaciones de impresionante mayoría, los proyectos de la Curia fueron rechazados o postergados para ser sometidos a ulteriores modificaciones.

Los obispos reformadores, apoyados por el Papa, lograron el principal objetivo del Concilio: descentralizar y democratizar el gobierno de la Iglesia y popularizar sus ritos mediante la autorización —conferida a las diócesis regionales— de rezar la misa en el idioma nacional.

Pero la crónica interna del Concilio revela que algo más profundo que las simples reformas formales estuvo en juego: las primeras votaciones evidenciaron la cautela con que actuaban los conciliares reformistas, pues la mayoría parecía apoyar

la posición del sector tradicional. El Sumo Pontífice rompió esa timidez alentando a los obispos a expresarse libremente y a hacer enmiendas a los proyectos de la Curia. Paulatinamente, el Concilio se animó hasta transformarse en una verdadera asamblea deliberativa y polémica. A partir de ese momento, las votaciones fueron netamente favorables al sector innovador.

De esta manera, Juan XXIII, quien suele decir que "se siente más cerca de Dios cuando reza las sencillas oraciones que le enseñara la nonna en la aldea", rompió el cerco inmovilista del Vaticano y se unió a quienes traían al Concilio sus mismas preocupaciones humanas, su visión realista del mundo en transición. Operó así un cambio verdaderamente profundo en la orientación de la Iglesia.

Esto no puede ser ignorado por los católicos, y menos aún por los no católicos. El tradicional prejuicio de éstos contra el aristocratismo vaticano, contra el exclusivismo de sus círculos y la tendencia conservadora de la acción política de la Iglesia se modifica al comprobar que Juan XXIII era un papa *distinto*, y que, en adelante, los sacerdotes que están en contacto con las ansias y los sufrimientos del pueblo, tendrán preeminencia en los pronunciamientos de la Iglesia. Para la opinión mundial, reflejada en los juicios de los observadores no católicos del Concilio y en la prensa no confesional, y aun adversa, de todos los países, Juan XXIII es el Papa de la era de la convivencia y de la transición hacia nuevas formas sociales fundadas en el desarrollo armónico de todos los pueblos.

Esta es la revelación que surge del Concilio Vaticano II y que obliga a un replanteo en la apreciación de la función de la Iglesia en la evolución de la sociedad moderna. Obliga a preguntarse si esta adecuación de la Iglesia a la coyuntura mundial no será también otra expresión inevitable del cambio que aceleradamente se opera en la sociedad actual y que, como veremos en seguida, influye en el comportamiento de otras comunidades y de otras fuerzas de signo completamente diferente.

Otra consecuencia importante, aunque no articulada todavía, fue el fraternal diálogo entablado por el Papa y los conciliares con los observadores e invitados de otras confesiones cristianas. La entusiasta acogida que el Concilio tuvo en los círculos mundiales de las sectas protestantes abre el camino para una posibilidad siempre esperada por el mundo religioso: la unificación o, al menos, la conciliación, del catolicismo y las religiones reformadas. "El Concilio puede tener efectos más

profundos que todo lo ocurrido en la historia de la religión, desde los días de Martín Lutero", afirmó el doctor Carroll L. Schuster, dirigente de la iglesia presbiteriana de Los Angeles, Estados Unidos. Y el profesor metodista de la Universidad de Boston, Edwin Booth, calificó a Juan XXIII como uno de los más grandes papas de la Iglesia Católica. Incluso, el conocido filósofo marxista alemán, Ernest Bloch, comentando el Concilio, tuvo que reconocer que "el cristianismo es todavía una luz que brilla en las tinieblas y esa luz es, desde ahora, más fuerte".

El Concilio volverá a reunirse este año para concluir el despacho de asuntos cuyo estudio ha sido encomendado a varias comisiones. Los conciliares regresaron a sus países con la sensación de haber renovado vitalmente las estructuras y el apostolado de la Iglesia. Esta opinión unánime me fue transmitida por varios obispos que viajaron conmigo en un vuelo de Roma a París, de regreso a sus diócesis. Conversando con ellos en mi carácter de periodista, no vacilaron en comunicarme su entusiasmo. Un sacerdote negro de Dakar, mi vecino de asiento, espíritu extraordinariamente culto, tuvo la gentileza de relatarme sus experiencias del Concilio, y me expresó su optimismo respecto de la transformación que Juan XXIII imprimía a la acción militante de la Iglesia en los asuntos mundiales y, en especial, en el aspecto de la liberación de los pueblos coloniales.

Esta preocupación del Papa habría de reflejarse meses después en otra encíclica trascendental, *Pacem in terris*<sup>1</sup>, publicada el día jueves santo, 11 de abril de 1963. Es la encíclica de la paz y la convivencia entre los hombres y los pueblos y está dirigida, como hemos dicho, a los fieles y a todos los hombres de buena voluntad. En ella, el jefe de la Iglesia dialoga con todos los seres humanos, sean o no católicos, y admite, inclusive, que en la urgente misión de salvaguardar la paz y de asistir a la humanidad para que alcance el bienestar de todos sus hijos, es permisible y conveniente el contacto entre católicos y otras personas que profesen doctrinas filosóficas contrarias, cuando estos contactos conduzcan a una acción práctica. Dice así la Encíclica:

"Se ha de distinguir también, cuidadosamente, entre las teorías filosóficas sobre la naturaleza, el origen, el fin del mun-

<sup>1</sup> Versión oficial vaticana en castellano, diario *Clarín*, 17 de abril de 1963, Buenos Aires.

do y del hombre y las iniciativas de orden económico, social, cultural o político, por más que tales iniciativas hayan sido originadas e inspiradas en tales teorías filosóficas; porque las doctrinas, una vez elaboradas y definidas ya no cambian, mientras que tales iniciativas, encontrándose en situaciones históricas continuamente variables, están forzosamente sujetas a los mismos cambios. Además, ¿quién puede negar que, en la medida en que estas iniciativas sean conformes a los dictados de la recta razón e intérpretes de las justas aspiraciones del hombre, puedan tener elementos buenos y merecedores de aprobación? Teniendo presente esto, puede a veces suceder que ciertos contactos de orden práctico, que hasta aquí se consideraban como inútiles en absoluto, hoy, por el contrario, sean provechosos, o puedan llegar a serlo" (párrafo 159).

Después de esta extraordinaria expresión de tolerancia y de comprensión del carácter inexorablemente *unitario* del mundo de la era atómica, se explica que *Pacem in terris* sea toda una teoría universal de esa concepción unitaria.

Comienza por colocar al hombre en el centro de este mundo nuevo (siguiendo la clásica concepción teológica), pero exige para él la protección de todos sus derechos, incluso el derecho a gozar de un nivel de vida decoroso, a asociarse, de opinión y creencias, y fustiga con estas palabras a los magistrados que no respeten a la persona humana:

"Por esta razón, aquellos magistrados que no reconozcan los derechos del hombre o los atropellen, no sólo faltan ellos mismos a su deber, sino que carece de obligatoriedad lo que ellos prescriban", enérgica advertencia dirigida no sólo a los funcionarios de los estados totalitarios, sino a todos aquellos que, con el pretexto de defender la libertad, emplean los métodos de sus adversarios. (De estas aberraciones está llena la historia de nuestras repúblicas americanas, en las que la supresión de las garantías constitucionales es regla y no excepción).

Similares conceptos morales extiende la Encíclica a las relaciones entre las naciones y entre los diversos sectores étnicos de una comunidad multinacional, fustigando la discriminación racial y la persecución de las minorías.

Pero donde *Pacem in terris* alcanza su máxima elocuencia es en el profundo estudio de las relaciones internacionales en el mundo de la alta técnica y de las armas nucleares. Respecto del desarme dice: "Así, pues, la justicia, la recta razón y el sentido de la dignidad humana exigen urgentemente que cese ya la carrera de armamentos; que, de un lado y de otro, las

naciones reduzcan simultáneamente los armamentos que poseen; que las armas nucleares queden proscriptas; que, por fin, todos convengan en un pacto de desarme gradual con mutuas y eficaces garantías." Y agrega que el desarme no puede ser completo y efectivo si no abarca "aun las conciencias mismas" y que "se reconozca que la verdadera y firme paz entre las naciones no puede asentarse sobre la paridad de las fuerzas militares sino únicamente sobre la confianza recíproca". Cita a Pío XII en esta frase: "Nada se pierde con la paz; con la guerra todo puede perderse." (Párrafos 112, 113 y 116.)

Insiste repetidamente la Encíclica en que no basta con el desarme, sino que hay que propender al establecimiento orgánico de buenas relaciones entre las naciones. Y agrega: "Pero, desgraciadamente vemos con frecuencia que las naciones, obedeciendo al temor, como a una ley suprema, van aumentando incesantemente los gastos militares. Lo cual, dicen —y se les puede razonablemente creer— llevan a cabo no con intención de someter a los demás, sino para disuadirlos de la agresión. Sin embargo, cabe esperar que las naciones, entablando relaciones y negociaciones, vayan conociendo mejor los vínculos sociales de la naturaleza humana y entiendan con mayor sabiduría que hay que colocar entre los principales deberes de la comunidad humana el que las relaciones individuales e internacionales obedezcan al amor, no al temor, porque el amor lleva de por sí a los hombres a una sincera y múltiple unión de intereses y de espíritus, fuente para ellos de innumerables bienes." (Párrafos 109 y 110.)

*Pacem in terris* reproduce también los conceptos de *Mater et Magistra* sobre cooperación internacional para el desarrollo económico de las regiones atrasadas, como base efectiva y concreta de la paz mundial. Insiste en que esta ayuda han de prestar las naciones ricas respetando "con grande esmero las características propias de cada pueblo y sus instituciones tradicionales y se abstengan de cualquier intención de predominio".

El Papa se extiende luego en una calurosa adhesión a los principios y la obra de las Naciones Unidas y sus organismos especializados y, en particular, a la Declaración de Derechos Humanos, sancionada por la UN en 1948.

Toda la doctrina de la Encíclica está inspirada en el concepto de la responsabilidad del hombre y de la fraterna asociación de todas las naciones en una época en que la convivencia no debe ser solamente una actitud negativa fruto de

ese "equilibrio del terror" a que se refirió Winston Churchill, sino una actitud dinámica y creadora.

A tal efecto, el jefe de la Iglesia no hace distingos entre católicos y no católicos, ni entre hombres y pueblos pertenecientes a diversas y aun antagónicas concepciones del mundo. Afirma claramente: "Los principios doctrinales que hemos expuesto, o se basan en la naturaleza misma de las cosas o proceden de la esfera de los derechos naturales. Ofrecen, por tanto, amplio campo de encuentro y entendimiento, ya sea con los cristianos separados de esta Sede Apostólica, ya sea con aquellos que no han sido iluminados por la fe cristiana, pero poseen la luz de la razón y la rectitud natural." (Párrafo 157.)

Aplicando esta doctrina fraternal en la práctica diaria de su ministerio, el Papa ha concedido audiencia a hombres y mujeres de todos los credos, al primer rey de Grecia que visita al Papa desde los días del último emperador bizantino, al arzobispo de Canterbury, a Jacqueline Kennedy, a sacerdotes shintoistas y a la hija y el yerno de Nikita Jruschov, a quienes hizo portadores de un mensaje para el primer ministro soviético, quien le había felicitado antes, en ocasión de cumplir el Papa sus ochenta años.

Es conocida la mediación de Juan XXIII en el momento más álgido del conflicto norteamericano-cubano y se atribuye a esta mediación, fundamentalmente, la solución de la crisis.

En esta intervención, Juan XXIII también se apartó de la rutina que pretende que el jefe de la Iglesia se coloque por encima de los conflictos terrenos y se limite a exhortar a los pueblos a la conciliación. Asumió una actitud positiva: se dirigió directamente a Kennedy y a Jruschov y les señaló la obligación de negociar el diferendo, haciéndolos implícitamente responsables de desatar la guerra atómica en caso de que desoyeran su llamado. Interpuso así un factor nuevo, que permitía a los contendores iniciar las tratativas sin que uno tomara la iniciativa sobre el otro. Actuó, pues, con criterio político, como jefe de una comunidad humana que rechaza la guerra, definitivamente, como medio de resolver las controversias internacionales. Puso el peso de esta conciencia universal en la balanza, para contrarrestar las fuerzas que empujaban a la guerra. Al hacerlo, trascendió la simple mediación de la Iglesia como entidad espiritual colocada por encima de los hombres: asumió la representación del hombre, entidad de carne y hueso, que sufre la guerra y las estrecheces emergentes del peso armamentista en las economías nacionales.

En círculos vaticanos se asegura que el Papa trabaja empeñosamente por solucionar amigablemente los entredichos subsistentes entre el Estado y la Iglesia en los países socialistas del centro de Europa. Prueba visible de ello son las gestiones realizadas por representantes papales para obtener la libertad del cardenal primado de Hungría, Monseñor Mindszenti. También es sintomático que el delegado soviético en la comisión internacional que discierne el premio Balzan de la paz haya votado con los demás miembros para otorgárselo a Juan XXIII, otro hecho que motivó un cambio de saludos entre el Papa y Jruschov. Todos los partidos y diarios comunistas han celebrado dicho acontecimiento y la publicación de la Encíclica *Pacem in Terris*.

La figura de Juan XXIII ya ha ingresado en la crónica de nuestra época de transición. Su pensamiento gravitará decisivamente en la historia de la Iglesia y en la evolución del mundo en las próximas décadas. Este anciano pontífice no comparte las predicciones apocalípticas de los profetas del choque inevitable de las ideologías y sistemas que dividen el mundo. Estas son recientes palabras suyas:

“Los hombres pasan, pero yo siempre he sido optimista por naturaleza, aun cuando escucho en mi derredor palabras de honda preocupación por el destino de la humanidad.”

El pontífice máximo de la Iglesia Católica, desde su alto magisterio espiritual, interviene para señalar claramente en sus encíclicas las tendencias que marcan el camino de la paz, de la negociación, de la cooperación internacional y de la unidad de clases y sectores en la lucha por la libertad y la justicia para todos los pueblos de la tierra. La visión ecuménica de la Iglesia articula, en su universalidad, la inevitable transición que estamos estudiando.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Nota de la 2<sup>a</sup> edición.— Su Santidad Juan XXIII falleció el 3 de junio de 1963. El 21 fue consagrado su sucesor en la persona del cardenal Montini, quien adoptó el nombre de Pablo VI. El nuevo pontífice surgía de los más altos y cultos círculos de la curia romana y tenía larga experiencia en el gobierno de la Iglesia. El mundo se preguntó si seguiría la política reformadora de su sucesor. Le tocó presidir la segunda parte del Concilio Vaticano II en la que se aprobaron las más importantes constituciones. Una de ellas, la *Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Actual*, reitera la doctrina expuesta admirable-

### NIKITA JRUSCHOV

El nombre de Stalin viene a mi memoria, cuando escribo este capítulo, de tres lugares y fechas diferentes.

Allá por el año 1941, en Buenos Aires, al sintonizar un boletín que Radio Splendid transmitía desde varias capitales del mundo en guerra, escuché la voz de Adolfo Hitler anunciando la inminente toma de Moscú. Stalin hubiera caído allí, muerto o prisionero, pues permaneció en su despacho del Kremlin durante el sitio de la capital rusa. Moscú no fue capturada

mente en las encíclicas de Juan XXIII que hemos glosado en este capítulo. El capítulo III de la *Constitución Pastoral* se titula *La vida económico-social* y en uno de sus párrafos se lee: “Hoy más que nunca, para hacer frente al aumento de población y responder a las aspiraciones más amplias del género humano, es preciso tender a un aumento de la producción agrícola e industrial y de la prestación de servicios”. Y en otro lugar, se repite, con otras palabras, la preocupación de Juan XXII en su *Mater et Magistra*: “Cada día se agudiza más la oposición entre las naciones económicamente desarrolladas y los países en vías de desarrollo, con peligro de la paz mundial.”

Casi dos años después de la promulgación de las constituciones conciliares, el 26 de marzo de 1967, día de Pascua, el Papa Pablo VI dio a conocer su encíclica *Populorum Progressio* (Sobre el Desarrollo de los Pueblos) íntegramente dedicada a la problemática del progreso social para la redención del hombre. Siguiendo las huellas de la *Mater et Magistra* a la que cita en el proemio, Pablo VI plantea en términos clarísimos la dicotomía países adelantados-países atrasados en estos términos: “Las naciones altamente industrializadas exportan sobre todo productos elaborados, mientras que las economías poco desarrolladas no tienen para vender más que productos agrícolas y materias primas. Gracias al progreso técnico, los primeros aumentan rápidamente de valor y encuentran suficiente mercado. Por el contrario, los productos primarios que provienen de los países subdesarrollados, sufren amplias y bruscas variaciones de precio, muy lejos de esa plusvalía progresiva. De ahí provienen para las naciones poco industrializadas grandes dificultades cuando han de contar con sus exportaciones para equilibrar su economía y realizar su plan de desarrollo. Los pueblos pobres permanecen siempre pobres y los ricos se hacen cada vez más ricos.”

La diplomacia vaticana, bajo Pablo VI, ha continuado la trayectoria señalada por Juan XXIII en sus esfuerzos por afianzar la paz mundial.

y, en cambio, los ejércitos de Stalin entraron en Berlín cuatro años más tarde. Entre las ruinas de la cancillería del Reich, confundidas con los escombros, estaban las cenizas indetectables del cuerpo de Hitler.

Otra vez fue en Nueva York, en marzo de 1953, cuando en la primera página de los diarios de la tarde se leía este título increíble: *Stalin is dead*. Increíble para el pueblo soviético, que se había acostumbrado a considerar inmortal a ese héroe fabuloso, cuyas estatuas y retratos abrumaban el paisaje de las más remotas aldeas de la estepa. Hasta sus enemigos fueron sorprendidos por su muerte.

Y la última vez fue en Moscú, en una helada mañana de noviembre de 1957, cuando desfilé, en una interminable cola que daba vueltas a la Plaza Roja, para contemplar en sus sarcófagos de cristal, uno al lado del otro, alumbrados por una luz cenital cuya fuente no se distinguía en la penumbra de la cripta, los cadáveres embalsamados de Lenin y Stalin.

Estaba de paso en la ciudad de Iván el Terrible, de regreso de un viaje de cinco semanas por el vasto territorio de la República Popular de China, que en esos días de mi arribo festejó el octavo aniversario de su establecimiento. En la Plaza Roja de Moscú, el 7 de noviembre, asistí al desfile gigante con que se celebró el 40º aniversario de la revolución bolchevique. En el palco oficial, erguido justamente sobre la tumba de Lenin y Stalin, dos rostros sonreían a las aclamaciones de la multitud. Dos rostros redondos, apoplético uno, pálido el otro; el de Nikita Jruschov y el de Mao Tse-tung. Esa misma noche, sentado en una butaca del Teatro Bolshoi, tenía, a dos metros delante de mi platea, a ambos líderes de las dos grandes potencias comunistas asistiendo a la representación de *El lago de los cisnes*. Las sombras de los zares de todas las Rusias se paseaban por los mismos pasillos, al compás de la misma dulce música de Tchaicowsky. Pero en los palcos y butacas, se sentaban ahora los representantes y embajadores del vasto imperio socialista, que se extiende desde Vladivostok hasta Sofía y desde Moscú hasta Hanoi. Una cuarta parte de la superficie total de la tierra y un 35 por ciento de su población.

Esta fue la última visita de Mao Tse-tung a Moscú, antes de las serias discrepancias doctrinarias que surgieron en 1962 en el seno de los partidos comunistas, como consecuencia de las críticas del partido chino a la política conciliadora de Jruschov respecto de las potencias capitalistas.

Esta polémica no había comenzado aún cuando entrevisté

en Pekín a Mao y a diversos funcionarios del gobierno, escritores y artistas. Al contrario, todos ellos se empeñaban en destacar la ayuda prestada al pueblo chino por la URSS, que estimaban cuantiosas, pues capitales y técnicos soviéticos, afirmaban, habían construido varios centenares de obras básicas para la economía de la naciente república.

También fui testigo del júbilo de los chinos ante el anuncio de que la Unión Soviética había puesto en órbita su primer *Sputnik*. Me hallaba ese día viajando en tren hacia Shangai y los altavoces del convoy trasmitieron la nueva a los pasajeros. Se miraron sin comprender y el intérprete que me acompañaba no encontraba las palabras castellanas exactas para describirme el fenómeno. De pronto, todo el pasaje irrumpió en aplausos y se generalizaron los comentarios.

No es fácil, a la luz de las publicaciones chinas, precisar cabalmente el alcance de las discrepancias con Moscú. Los chinos no niegan la perspectiva teórica de la coexistencia en el plano mundial, pero difieren de los rusos en la estrategia de las relaciones con el mundo capitalista, aduciendo que éstos van demasiado lejos en sus concesiones, como en el caso del desmantelamiento de las bases de cohetes en Cuba.

Entienden también los chinos que el papel del proletariado en las sociedades capitalistas es el de "profundizar la crisis del imperialismo y preparar a las masas para la toma violenta del poder", en lugar de influir en la transición pacífica del capitalismo hacia formas sociales superiores. En tal sentido, las discrepancias de los chinos con la línea soviética recrudecen al criticar las tesis de "la vía italiana hacia el socialismo" seguida por los comunistas de Togliatti, como veremos más adelante.

En el fondo de toda la discusión subyace el problema de la adecuación de la lucha a las condiciones peculiares de cada etapa histórica. Los chinos, que aún libran su guerra de emancipación contra el "cerco capitalista", pretenden universalizar su experiencia, sin admitir la tesis soviética elaborada sobre la base de considerar los cambios en la relación de fuerzas entre el mundo capitalista y el mundo socialista y el hecho fundamental e inédito del acceso de la URSS al plano de la corresponsabilidad con los Estados Unidos en la conducción de la política internacional.

Es curioso señalar que, mientras en Europa occidental los partidos comunistas ensayan la revisión de sus tácticas siguiendo la teoría general de la coexistencia, en los países subdesa-

rollados de América Latina los partidos comunistas repiten las tesis del partido ruso en el problema internacional, pero adoptan las tácticas más infantiles frente al problema nacional. Adhieren mecánicamente a la doctrina soviética de la coexistencia pacífica y la contradicen en su acción política interna en flagrante oposición al sentido general y las implicancias tácticas de dicha doctrina, referida a la lucha nacional por el desarrollo y la emancipación económica de los países atrasados. Mientras se pliegan formalmente a la posición de Jruschov en su polémica con los chinos, en la práctica copian el extremismo de estos últimos, desestimando las condiciones que lo explican en el contexto espacial y temporal de su lucha.

Durante mi gira periodística por China y la URSS estaba en sus comienzos la campaña de *destalinización* iniciada con la abrupta denuncia de Jruschov de los crímenes de Stalin, en su informe secreto al XX Congreso del partido, en febrero de 1956.

Me esforcé por desentrañar entonces, en mis entrevistas con dirigentes chinos y rusos (con N. Jruschov mantuve una conversación de tres cuartos de hora en su despacho del Comité Central del partido comunista) el sentido de esta violenta campaña antistalinista, que perdura aún y que produjo violenta conmoción en el entonces monolítico complejo de la Tercera Internacional. No tuve mayor éxito en estas indagaciones *in situ*. El hombre soviético medio se había educado en el culto de la personalidad del dictador, exagerado hasta el límite del ridículo en sus últimos años de vida. Las personas con quienes cambié ideas eran funcionarios, periodistas como yo, escritores, estudiantes y dirigentes de empresas estatales. Casi todos ellos ignoraban totalmente las cruelezas y ejecuciones que comenzaban a revelarse. No les hacía felices este descubrimiento de la paranoia (esto se desprendía de los informes sociales) del hombre a cuya sombra habían nacido y crecido.

Uno de mis interlocutores, un viejo periodista, antiguo emigrado zarista que había vuelto a su patria después de largo exilio en Europa, y que trabajaba desde hacía tres o cuatro años en una de las editoriales del Estado, me informó que la presión interna de los propios cuadros del partido comunista —entre los que se contaban muchos camaradas y amigos de los miles de militantes purgados por Stalin y que se habían librado de temores después de la eliminación de Beria y el desplazamiento de la vieja guardia stalinista— había forzado a Jruschov

a reivindicar la memoria de las víctimas y a democratizar la vida interna del pesado aparato partidario.

Esta era una explicación válida que había de confirmarse en todos los actos ulteriores de Jruschov y, en especial, en sus directivas sobre el cumplimiento de la legalidad socialista y sobre la renovación constante de los cuadros dirigentes del partido comunista, contenidas en el proyecto de programa sometido al XXII Congreso celebrado en 1961. Entre otras disposiciones de organización, dicho programa establece que cada cinco años debe renovarse al menos un cuarto de los componentes del comité central y del *presidium*, y que ninguno de sus miembros podrá ser removido de su cargo si así no lo decidieren, en votación secreta, los dos tercios del cuerpo.

Sin embargo, esta no puede ser sino parte de la historia. El resto es necesario desentrañarlo del juego de múltiples factores, estrictamente nacionales unos e internacionales otros. La tarea no es fácil, porque toda la campaña anti Stalin, tanto en las filas comunistas de todo el mundo, como en los ambientes anticomunistas, ha sido distorsionada o rebajada a niveles tan groseros como los que caracterizaron al culto de la personalidad. Tenemos ahora una caricatura de Stalin-demonio, como tuvimos antes una caricatura de Stalin-dios. De ahí la razonable reacción de muchos militantes comunistas y observadores independientes que exigen una revisión seria de ese brote patológico en la evolución del socialismo, para determinar, no solamente sus rasgos y efectos —que es donde se detiene la crítica del comunismo oficial— sino las causas que lo hicieron posible.

A los efectos de nuestra ubicación de Jruschov en el contexto de las fuerzas mundiales que están conformando el inmediato porvenir de la humanidad, su denuncia de los abusos de Stalin nos interesa en sus proyecciones universales más que en sus consecuencias en el orden interno del partido ruso. Nos basta, en este último aspecto, señalar que la sustitución de la democracia partidaria por la dictadura personal y omnímoda de un hombre, tuvo efectos más nocivos fuera de la URSS que dentro de ella. Dentro de Rusia el fenómeno se produjo cuando ya estaba consolidada la construcción socialista y se agudizó en vísperas y durante la guerra contra el nazismo y tuvo, según se sabe ahora, como única consecuencia, el sacrificio injusto de numerosos miembros del partido y jefes de las fuerzas armadas.

Pero los peores efectos del absolutismo stalinista consis-

tieron en la mediatisación del movimiento comunista mundial, especialmente en las democracias populares europeas y en los partidos de los países capitalistas y las colonias. La servil imitación de los métodos stalinistas condujo a la repetición de las purgas antojadizas, al afán de convertir a los partidos comunistas en simples apéndices de la política soviética y a la copia indiscriminada de la lucha por el socialismo en Rusia, que tenía y tiene caracteres muy diversos a los que se presentan en otros países.

Estos fundamentales errores de doctrina y acción, que están lejos de repudiar todavía los dirigentes que controlan gran parte de los partidos comunistas fuera de Rusia, determinaron serios tropiezos en la construcción del socialismo en las democracias populares del centro de Europa (sobre todo en la política agraria) y la total desubicación de los partidos comunistas de Asia, África y América Latina en las luchas por la liberación nacional.

Los serviles imitadores de Stalin, fuera de Rusia, repudian las conocidas tesis de Lenin y, sobre todo, del propio Stalin, sobre el problema nacional. Este último, en su polémica con el trotskismo respecto de la revolución china formuló su tesis del "frente de la nación en su conjunto", que Mao Tse-tung aplicó y amplió considerablemente al aliarse con el Kuomintang primero y con la burguesía nacional después, para luchar contra el invasor japonés y contra el feudalismo y los monopolios extranjeros.

A este respecto, recuerdo que durante mi visita a China en 1957 mantuve en Shangai varias entrevistas con dirigentes empresarios, que administraban empresas industriales privadas o mixtas, y que habían secundado la obra de reconstrucción económica emprendida por el gobierno comunista durante y después de la guerra de independencia.

No puede discutirse la trayectoria teórica que señala a los partidos comunistas la obligación de unirse a todo el pueblo, incluido el capitalismo autóctono, en las luchas emancipadoras.

Lenin se ocupó del problema nacional en varias de sus obras. Citemos unos pocos pasajes:

"En todo nacionalismo burgués de una nación oprimida hay un contenido general democrático *contra* la opresión, y a este contenido sí le prestamos un apoyo incondicional..."<sup>1</sup>

<sup>1</sup> LENIN, *Sobre el derecho de autodeterminación de las naciones*. Obras escogidas, tomo II, pág. 301 y sig.

"La teoría marxista exige de un modo absoluto que, para analizar cualquier problema social, se lo encuadre dentro de un marco histórico *determinado* y, después, si se trata de un solo país (por ejemplo, del programa nacional para un país determinado) que se tengan en cuenta las particularidades concretas que distinguen a este país de los demás dentro de una misma época histórica."<sup>1</sup>

"El carácter revolucionario del movimiento nacional, bajo las condiciones de la opresión imperialista, no presupone en modo alguno, forzosamente, la existencia de elementos proletarios en el movimiento, la existencia de un programa revolucionario o republicano a que obedezca el movimiento, la existencia en éste de una base democrática. La lucha que el emir de Afganistán mantiene por la independencia de su país es una lucha objetivamente *revolucionaria*, a pesar de las ideas monárquicas del emir y de sus correligionarios, puesto que esta lucha debilita, descompone, socava los cimientos del imperialismo. La lucha de los comerciantes y de los intelectuales burgueses egipcios es, por las mismas causas, una lucha objetivamente *revolucionaria*, a pesar del origen burgués y la condición burguesa de los líderes del movimiento nacional egipcio y a pesar de que están en contra del socialismo..."

"Lenin tiene razón cuando dice que el movimiento nacional de los países oprimidos no se debe valorar desde el punto de vista de la democracia formal, sino desde el punto de vista de los resultados prácticos dentro del balance general de la lucha contra el imperialismo, es decir, que no debe enfocarse aisladamente sino en una escala mundial."<sup>2</sup>

No puede negarse que Stalin, en su obra de construcción del socialismo en la URSS, elaboró la doctrina de aplicación del marxismo-leninismo en la época de la competencia mundial entre socialismo y capitalismo. Destruyó íntegramente la tesis trotskista de la revolución permanente y de la inevitabilidad del choque violento entre las fuerzas ascendentes del socialismo y las declinantes del capitalismo. Desarrolló y amplió la idea de la coexistencia pacífica, apuntada ya por Lenin, aun en plena lucha civil y en el período de la guerra contra los ejér-

<sup>1</sup> Ibid.

<sup>2</sup> STALIN, *El marxismo y el problema nacional y colonial*. Ed. Problemas, Buenos Aires.

citos imperialistas que entraron en Rusia para sofocar la revolución.

En su informe al X Congreso del Partido Comunista (marzo 1921), Lenin insistió en la cooperación entre los sistemas socialista y capitalista y aseguró que la coexistencia pacífica no era un simple acto de política, sino una necesidad histórica: "Hay una fuerza más poderosa que el deseo, la voluntad o la decisión de cualquier gobierno o clase hostil. Esta fuerza es la interrelación mundial de las economías, que obliga a nuestros adversarios a emprender el camino del intercambio con nosotros."<sup>1</sup>

Aplicando este concepto en la práctica, Lenin ofreció otorgar concesiones al capital extranjero para explotar bosques, minas y tierras de laboreo. Incluso ofreció reconocer y pagar las deudas zaristas a las potencias occidentales, con tal de que esos importes se aplicaran a desarrollar la economía soviética. En la conferencia de Génova, de abril de 1922, el representante soviético, Chicherin, hizo propuestas concretas en tal sentido, que fueron rechazadas, pues se especulaba sobre el aislamiento y eventual colapso del nuevo estado socialista.<sup>2</sup>

Sería interminable la transcripción de las numerosas declaraciones de Stalin sobre la coexistencia pacífica, formuladas en los actos partidarios y en sus entrevistas con escritores, periodistas y estadistas extranjeros (Emil Ludwig, Walter Duranty, Elliot Roosevelt, Harry Hopkins, Kingsbury Smith, Henry Wallace, Alexander Werth, para citar solamente unos pocos).

En 1927, Stalin conversó largamente con una delegación del Partido Laborista británico puntualizando la necesidad del intercambio comercial y financiero con el mundo no comunista: "Necesitamos créditos y los capitalistas quieren cobrar un buen interés por su dinero. Es sabido que la Unión Soviética es muy puntual en el pago de sus obligaciones."<sup>3</sup>

Lenin y Stalin no hicieron de la coexistencia pacífica y del reconocimiento de las diversidades nacionales en la lucha por el socialismo, simples arbitrios tácticos. Aplicaron rigurosamente el método dialéctico de sus comunes maestros Marx y Engels,

<sup>1</sup> ANDREW ROTHSTEIN, *Peaceful coexistence*. Penguin Books, 1955, pág. 34.

<sup>2</sup> Ibid. Véase también *Lenin y las concesiones al capital extranjero*, por Juan José Real. Ed. Alvarez.

<sup>3</sup> ROTHSTEIN, obra citada, pág. 39.

y discutieron a fondo con los sectarios de la izquierda y los oportunistas de la derecha. La ruptura del sistema capitalista mundial en su eslabón más débil (la atrasada y semifeudal potencia zarista) les permitió construir el socialismo en un solo país y demostrar, históricamente, "en el crisol de la vida en su aplicación práctica", según palabras de Lenin, dos hechos fundamentales:

1º Que un pueblo, escasamente desarrollado en el sector industrial y subsistentes las formas precapitalistas y las relaciones feudales de producción en el campo, puede dar el salto cualitativo hacia las formas socialistas y convertirse en la segunda potencia económica del mundo, aunque esté rodeado de naciones hostiles y deba luchar en el campo de batalla por su propia existencia. (Habría que señalar, como factor decisivo en el caso de Rusia, la existencia de una larga tradición revolucionaria en las masas y de un profuso y antiguo pensamiento filosófico y científico de hondas raíces nacionales).

2º Que el triunfo del socialismo en un solo país, de las características del vasto imperio ruso, significa un cambio *cuantitativo* en la relación mundial de fuerzas y la gravitación universal del proletariado como clase histórica destinada a transformar la sociedad. A partir de la consolidación del socialismo en la URSS se crean las condiciones objetivas para:

a) Ensanchar el campo del socialismo, incorporando nuevos pueblos y naciones a su dispositivo de producción e intercambio y a sus formas sociales y culturales;

b) Introducir la presencia de este mundo socialista en las relaciones mundiales, de tal modo que esta sola presencia e influencia en el cuadro mundial, *transforma* la naturaleza misma de la acción de los pueblos contra el imperialismo, al obligar a éste a reconocer y acatar la competencia con aquél.

c) Fortalecer crecientemente el hecho objetivo de la coexistencia de ambos mundos hasta comprobar, como lo hace el Programa aprobado en el XXII Congreso del Partido Comunista de la URSS, que, en la tercera etapa de la crisis histórica del capitalismo (la etapa de la paridad de armamentos de mutua destrucción) "el principal rasgo de dicha crisis es que su desarrollo ya no está ligado a la perspectiva de una nueva guerra mundial".

Sobre la trazazón de estos desarrollos históricos, ocurridos en un proceso cuya metodología parte de Marx y Engels y continúa en Lenin y Stalin, se proyecta la figura del nuevo líder soviético, Nikita Jruschov.

Su figura aparece en la historia cuando el mundo socialista sabe que no puede ser destruido por la guerra y cuando la relación de fuerzas y la crisis general del imperialismo permiten que los continuadores de Lenin y Stalin proclamen la tesis de la transición pacífica y gradual hacia el socialismo en el campo burgués y de la transición del socialismo al comunismo en la URSS, en las próximas décadas.

Jruschov se eleva al plano mundial sobre la denuncia del absolutismo stalinista en su famoso informe secreto al 20º Congreso del partido. Estamos en 1956, diez años después de acabada la guerra, cuando la Unión Soviética ha demostrado su extraordinaria fortaleza al alcanzar y sobrepasar los índices de producción de anteguerra, luego de la penosa reconstrucción de más de un tercio de su capacidad económica destruida por los nazis. Estamos en un país que ha logrado la paridad con los Estados Unidos en la producción de armas nucleares y que se dispone a enviar su primer *Sputnik* al cosmos (octubre 1957). Estamos en un pueblo que se prepara a consolidar y coordinar el funcionamiento de un sistema socialista de producción que abarca a naciones pobladas por más de un tercio del género humano y que ocupan la cuarta parte de la superficie del globo. Este sistema socialista soprepasa ya en sus índices de producción conjunta a la de las viejas naciones industriales de Europa reunidas y aspira a alcanzar a la producción norteamericana en el lapso de una a dos décadas.

Pero ese objetivo no puede lograrse sin efectuar previamente dos grandes maniobras de distensión: en el orden interno, liquidando el terror policial que conspira contra la libertad creadora de técnicos, científicos, filósofos, artistas y obreros y campesinos; en el orden externo, convenciendo al mundo occidental de la posibilidad de negociar la paz y el desarme, para liberar a la economía soviética de la misma carga de gastos bélicos improductivos que pesa sobre las economías del bloque rival.

Puesto que Stalin, en sus últimos años, es la expresión de ese terror interno y de la intransigencia en el trato con Occidente, la destrucción de la mentalidad y el aparato stalinista en el partido, era la tarea previa de Jruschov.

La ejecutó plenamente y sin otra eliminación física que la de Beria. La vistió de todos los caracteres brutales y primitivos de su antecesor en el terreno de los argumentos. No vaciló en describir como una asesino y un poseso al autor de la construcción socialista en Rusia y figura venerada en todo

el movimiento comunista mundial. Una autocrítica llevada a fondo hubiera determinado un vasto movimiento doctrinario de revisión y puesta al día de la estrategia marxista y de su pensamiento filosófico a la luz de las nuevas condiciones de la lucha contemporánea. Lo que no se hizo entonces, se está haciendo ahora, con timidez y muy cautelosamente, tanto en la URSS como en el seno de los partidos comunistas europeos, donde el "seguidismo" stalinista encontró algunas resistencias serias en el pasado. Las condiciones objetivas de esta revisión, liberada del despotismo ideológico de Moscú, están fomentando las discusiones registradas en los últimos congresos de los partidos comunistas, tanto en los países socialistas como en los capitalistas. Ejemplo muy reciente fue el X Congreso del Partido Comunista Italiano, celebrado en Roma a fines de 1962.<sup>1</sup>

Dejando de lado esta crítica a la actitud empírica de Jruschov, es evidente que ha tenido, y seguirá teniendo, las consecuencias perseguidas. ¿Ha quedado atrás la época en que era un crimen ideológico en la URSS estudiar tales "atrocidades burguesas" como la teoría de Einstein, la cibernética, la gené-

<sup>1</sup> Nota de la 2<sup>a</sup> edición. La posición de la "vía italiana hacia el socialismo" expuesta por el Jefe del P. C. italiano, Palmiro Togliatti y vigente desde hace más de una década en ese partido comunista que es el más importante de Europa, se ha impuesto recientemente en su émulo francés, el segundo en importancia en el continente. Su secretario general, Georges Marchais, en su informe al XXII Congreso del partido (febrero de 1976) se refirió a un "socialismo con colores franceses". Propuso que se renunciara a la tesis clásica de la dictadura del proletariado y alegó que la tránsito obligado para la implantación del comunismo y alegó que la experiencia francesa demuestra que la unión de las izquierdas (socialistas, comunistas y un sector radical) puede avanzar e imponerse en el marco de la lucha democrática y del pluralismo ideológico. Esta evolución del P. C. francés causó revuelo en todo el mundo comunista pues durante y aun después del rígido período stalinista, los comunistas franceses fueron dóctiles seguidores de la política de Moscú. El partido comunista español, dirigido por Santiago Carrillo, y el británico, inspirado por John Gollan, siguen los pasos de sus camaradas italianos y franceses. Esta importante heterodoxia tuvo ecos concretos en los discursos pronunciados por invitados de los partidos hermanos en el último congreso del P. C. de la Unión Soviética celebrado en marzo de 1976 en Moscú. Las tesis independientes de los partidos comunistas occidentales se agregan a las ya aceptadas posiciones de los de Yugoslavia y Rumania en el bloque oriental. Ha hecho crisis el monolitismo del mundo comunista con centro en Moscú, circunstancia que, por otra parte, el propio P. C. soviético previó cuando aprobó su programa en el XXIIº congreso realizado en Moscú en 1961, en el que se acepta la transición pacífica y democrática hacia el socialismo.

tica de Michurin, los fundamentos físico-químicos de la herencia, etc. y, en el terreno estético, todo lo que no fuera "realismo socialista"? <sup>1</sup>

No hay duda que la campaña antistalinista ha servido fundamentalmente para socavar gran parte de los argumentos, bien fundados muchos de ellos, de la prensa mundial contra el terror comunista. La posición negociadora de la diplomacia soviética, alentada por el ejemplo categórico y franco de Jruschov en sus relaciones con el mundo occidental, ha sido enormemente fortalecida por la destrucción del fantasma stalinista.

Le ha correspondido a Jruschov desarrollar, e incluso ampliar fundamentalmente, en el marco de la dialéctica ajustada a la observación de la realidad presente, la antigua doctrina leninista-stalinista de la coexistencia pacífica. A este respecto, su exposición más orgánica está contenida en el programa del Partido Comunista de la URSS aprobado en el XXII Congreso (1961), y en ella se hace aún más explícita y sin reservas la tesis de la transición pacífica hacia el socialismo, que ya figuró en la declaración de la Conferencia de los 81 partidos comunistas celebrada en Moscú en 1960.

Partiendo de la base de que el imperialismo se encuentra debilitado y que el equilibrio de fuerzas se ha volcado en favor del socialismo, afirma que "será posible desterrar la guerra mundial de la vida social, aun antes de la victoria definitiva del socialismo en la tierra y aunque subsista el capitalismo en una parte del mundo". Y agrega que "el apoyo al principio de la coexistencia pacífica coincide con el interés del sector de la burguesía que comprende que una guerra termonuclear tampoco dejará a salvo a las clases dirigentes de la sociedad capitalista. La política de coexistencia pacífica está de acuerdo con los intereses vitales de toda la humanidad, excepto los de los magnates monopolistas y militaristas".

Jruschov sostiene, pues, con firmeza, la idea de que el interés del socialismo y del proletariado coincide con el mantenimiento de la paz y de las buenas relaciones con el mundo no socialista. Rechaza definitivamente la primitiva doctrina del choque inevitable entre ambos sistemas y de que el imperialismo no tiene otra salida que la guerra.

<sup>1</sup> Véase *Revista Internacional*, febrero 1962, N° 2, Praga, artículo titulado "La filosofía y la edificación del comunismo".

La ley general del imperialismo, expuesta por Lenin, es la de la expansión ininterrumpida, la creciente incorporación de pueblos y naciones a su esfera de dominio y, en última instancia, la guerra.

Sin embargo, después de la segunda guerra mundial, en la cual las más grandes potencias capitalistas se aliaron a la nación socialista para destruir la forma más agresiva del imperialismo (el eje Berlín-Roma-Tokio), el capitalismo de las naciones victoriosas y, especialmente, el del nuevo coloso mundial, los Estados Unidos, no recurre a la guerra o se detiene en su mismo borde. Recordemos rápidamente los hitos más importantes de esa "contención" del imperialismo en la posguerra:

a) En el curso de la guerra de liberación de China, los Estados Unidos —el imperialismo "más agresivo", según las tesis comunistas— abandonan prácticamente a Chiang Kai-shek (informes Wedemeyer y Marshall). En ese momento, ya no está Roosevelt al frente del gobierno de los Estados Unidos, está Truman; estamos ya en plena guerra fría; la superioridad técnico-militar favorece a los Estados Unidos: a) éstos tienen ya la bomba atómica; se supone que la URSS no la tiene aún; b) la URSS comienza a reponerse de los desastres de la guerra; los Estados Unidos no los han sufrido ni en su territorio ni en su economía. La pérdida de China significaba no sólo la pérdida de un continente de 600 millones de habitantes, sino también el principio del levantamiento del mundo colonial asiático. ¿Cuáles son las causas de que los Estados Unidos no aprovechen su superioridad relativa, técnico-militar, para volcarla en favor de Chiang Kai-shek?

b) Empeñado el conflicto de Corea, llega un momento en que Mac Arthur propone bombardear las represas del Yalú. Truman lo releva, y a partir de ese momento el conflicto entra en las vías de la negociación. Truman no era Roosevelt; Truman, decía la literatura extremista, era la guerra. ¿Qué ha sucedido?

c) En 1957, al estallar el movimiento nacionalista del Irak, los Estados Unidos desembarcan sus tropas en las costas del Líbano, dispuestas a aplastar el movimiento iraquí. Pero, con la misma celeridad, las reembarca. ¿Qué ha pasado?

d) Cuando Francia e Inglaterra atacan a Egipto a raíz de la nacionalización del canal de Suez, los Estados Unidos no secundan la acción de estas dos potencias imperialistas. ¿Dónde está entonces, ese "bloque agresivo" de que se habla?

e) Cuando De Gaulle, que no es precisamente la expresión

de la Francia revolucionaria, aplasta al grupo militar colonialista, facilitando así la liberación de Argelia, ¿a quién representa? ¿A la Francia imperialista o a la Francia revolucionaria?

f) En la guerra civil de Laos, la URSS y los Estados Unidos auspician conjuntamente un *modus vivendi* sobre la base de la formación de un gobierno de coalición integrado por comunistas y no comunistas.

g) En el problema de Cuba, Kennedy paraliza el apoyo aeronaval a la invasión de la bahía de los Cochinos, decretando así el fracaso de la operación financiada y organizada por los propios servicios de inteligencia de los Estados Unidos. Meses más tarde, el presidente norteamericano pone en estado de alerta a las fuerzas armadas para forzar el retiro de la cohetería soviética emplazada en Cuba y negocia con Jruschov, escuchando entre otras la oportuna y sabia palabra del Papa Juan XXIII, sobre la base de que los rusos evacúen sus bases y efectivos, a cambio de la garantía norteamericana de no agresión al régimen de Castro.

La explicación de todos estos episodios, imposibles en las épocas en que las fuerzas del imperialismo aplastaban a sangre y fuego la menor tentativa de resistencia de los pueblos oprimidos (en América Latina, Asia y África) no puede consistir únicamente en la aserción —universalmente difundida— de que la potencia militar de la URSS y sus aliados es suficiente para disuadir a los agresores eventuales. Si ésta fuera la única razón, el imperialismo —que no podía hacerse ilusiones sobre el inexorable acceso de Rusia a los más altos niveles de potencialidad bélica— hubiera aceptado mil veces la tesis reiterada de los propugnadores de la guerra preventiva contra la URSS.

Habría que consagrar una seria tarea de análisis que permitiera descubrir otras razones, aparte del miedo a la destrucción, determinantes de la aceptación de la coexistencia pacífica por parte de las potencias capitalistas. Y la tarea debiera comenzar por el estudio de otra correlación de fuerzas, que no está ligada directamente al potencial bélico y que se está desarrollando en el mundo capitalista a través de todo un proceso de debilitamiento del sector imperialista y belicista, que arranca del hecho (absolutamente nuevo en la historia de la expansión imperialista *descripta* objetivamente por Lenin) de la presencia y gravitación del mundo socialista en el cuadro de las relaciones mundiales de producción e intercambio y de la influencia creciente del proletariado como factor de

transformación histórica, triunfante y gobernante en la cuarta parte de la superficie terrestre.

Este hecho, que transforma la relación de fuerzas en escala mundial (fuerzas económicas, sociales, políticas, culturales e ideológicas) modifica, por consiguiente, la relación de fuerzas dentro del campo capitalista, contrae la antigua omnipotencia del sector monopolista y agresivo, y libera nuevos factores de progreso e integración pacíficos, como contrapeso que frena y debilita el impulso expansivo y la arbitrariedad de los monopolios.

A esta presencia universal del socialismo, hay que agregar otras fuerzas, de índole cultural y espiritual dentro del mundo no socialista, cuyo destino y desarrollo descansan fundamentalmente en el mantenimiento de la paz y la coexistencia del capitalismo y el comunismo. No por temor a ser víctimas del aniquilamiento nuclear, sino porque su esencia humanista y sus creencias espirituales se basan en el amor y la fraternidad de todos los hombres, como hemos visto al exponer la obra apostólica de la Iglesia Católica y como surge del examen de todas las tendencias y grupos de la más diversa extracción ideológica que hacen de la paz entre los pueblos la premisa categórica de su propia existencia. En realidad, no hay sector social ni individuo que escape a esta convicción, ni pueblo que deliberadamente prefiera la guerra a la negociación. Y en este terreno, la enorme gravitación que tiene el movimiento obrero en las grandes naciones de Occidente, juega un papel importantísimo.

Son estas condiciones intrínsecas —no simplemente cuantitativas ni mecánicas— las que permiten establecer, de modo permanente, la coexistencia pacífica y las transiciones pacíficas en la organización social de los pueblos, como probabilidad cierta en el presente estadio de la civilización. Y ellas rigen universalmente, para el mundo socialista, para el mundo capitalista y para el vasto y nuevo “tercer mundo” que emerge a la historia en la época signada por la paz.

Para los socialistas que nos lean, dejamos sentado aquí este hecho objetivo. En 1917 se produce en Rusia la ruptura del eslabón más débil del imperialismo. Lenín, después de obtener la mayoría democrática (no se vale de una minoría blanda, como afirman las historias comunes), organiza las masas para conquistar el poder que la burguesía se resiste a entregárselos. Los reformistas lo acusan de antidemocrático y antisocialista. El pueblo sigue a Lenín, se implanta la dicta-

dura del proletariado y comienza la construcción del socialismo. Se consolida la economía mediante una férrea disciplina social. Contra la tesis trotskista de la revolución permanente, se hace la paz y se edifica el socialismo en un solo país. Después de la segunda guerra mundial, el socialismo se extiende hasta abarcar más de la tercera parte de la población de la tierra. Las fuerzas productivas del socialismo se expanden a un ritmo del siete por ciento anual. En dos décadas más el mundo socialista producirá tanto como el mundo capitalista, asegura Moscú.

Y ahora, precisamente —cuando la relación de fuerzas favorece al socialismo; cuando la guerra se torna imposible, dado su carácter de aniquilamiento total; cuando los avances tecnológicos hacen inexorable la era de abundancia y la expansión mundial de los mercados; cuando las viejas naciones imperialistas, para mantener el funcionamiento de su máquina productiva necesitan desarrollar el “tercer mundo” subdesarrollado— las mismas tendencias ideológicas que en 1917 se oponían al camino revolucionario, propician la violencia y la guerra, justamente cuando, a diferencia de lo que ocurría en 1917, ahora sí es posible la transición hacia nuevas formas sociales por vías democráticas y pacíficas. El reformismo y el trotskismo que lucharon contra la tesis de Lenín y Stalin, encabezan hoy la oposición a Jruschov y predicen la inevitabilidad de la guerra y la toma violenta del poder. En los países capitalistas, el socialismo de derecha es belicista y, en algunas naciones en desarrollo, se alía con las minorías oligárquicas que niegan la virtualidad de la democracia y asaltan el poder. Los sectores trotskistas, y otros que lo son sin saberlo, como ciertos sectores del comunismo internacional, también niegan en la práctica la posibilidad de la transición pacífica, aunque la postulan teóricamente.

La misma necesidad histórica de convivencia que el Sumo Pontífice proclama como ley divina —y sin duda lo es— inspira a Jruschov para afirmar que la violencia ya no es el modo inexorable de conducta del adversario imperialista ni del revolucionario socialista y determina a John F. Kennedy a detener la más poderosa máquina militar del mundo, cobijada bajo la bandera de las bandas y estrellas, en las frágiles fronteras de Cuba, uña de las naciones más pequeñas del planeta.

De este muchacho de rostro infantil hablaremos ahora.

JOHN F. KENNEDY \*

El 1º de octubre de 1959, un joven senador de los Estados Unidos habló a los estudiantes de la universidad de Rochester, N. Y., acerca de la personalidad de Nikita Jruschov.

Entre otras cosas, les dijo: “A los americanos suele gustarles imaginar a los dictadores hostiles como a hombres inconsistantes e irresolutos, casi como histriones, esclavos de sus estados de ánimo y de sus manías. En los últimos años se ha difundido cierta impresión de que el señor Jruschov podía incluso ser equiparado a un bufón político, de genio imperante y aficionado al vodka...” “Pero el Jruschov con quien establecí contacto en la reunión de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado era un hombre de mente aguda, de ideas ordenadas y de gran capacidad de pensamiento. A mí me parece bien que el pueblo norteamericano haya visto y oído a ese hombre. El hecho de que los adversarios se enfrenten tiene como consecuencia que cada uno de ellos se haga una verdadera imagen del otro. Cuando Samuel Adams, a raíz de la matanza de Boston, visitó en su despacho al gobernador colonial británico para advertirle que existía el peligro de que se produjera una revolución, escribió en su diario: fue entonces cuando me pareció ver que sus rodillas temblaban. Al señor Jruschov le fue dado ver nuestra nación, nuestro poderío, nuestra fuerza, nuestra determinación; pero no tembló.”

Acababa de realizarse la visita de Jruschov a Eisenhower, y el joven senador Kennedy no participaba de la opinión de

\* (Nota de la 2<sup>a</sup> edición). El 22 de noviembre de 1963 —meses después de la aparición de la primera edición de esta obra el presidente Kennedy fue asesinado en Dallas (Texas) mientras marchaba en automóvil descubierto hacia un acto público. Aunque se detuvo a un presunto asesino, quien a su vez fue ultimado en prisión por un individuo del hampa, prosigue aún en Estados Unidos la polémica respecto de la verdad de este siniestro complot. Días antes de la llegada de Kennedy a Dallas había rerudecido la campaña de injurias contra el joven mandatario. No cabe duda de la existencia de sectores reaccionarios, incluidos algunos del propio gobierno de Washington, que combatían despiadadamente a Kennedy y eran capaces de recurrir a cualquier medio para eliminarlo. Una comisión oficial designada para investigar el crimen llegó a la conclusión de que hubo un solo asesino (el detenido minutos después de ocurrido el hecho, Lee Harvey Oswald), mientras que muchos investigadores particulares han publicado informes que demostrarían que hubo más de un tirador y que el crimen obedeció a una conspiración derechista.

ciertos sectores cavernícolas de su país que consideraron "indeseable" la invitación a Jruschov para visitar los Estados Unidos. Quizás presentía que un año después sus conciudadanos lo elegirían presidente de la nación y que muchas veces tendrían que habérselas con Jruschov en el porvenir. O quizás recordaba lo que Alexis de Tocqueville había profetizado un siglo antes, cuando afirmó que los Estados Unidos y Rusia serían las dos grandes naciones del futuro "señaladas por voluntad divina para decidir el destino de la mitad del globo".

El futuro presidente de una de estas naciones marcadas por el destino, no temía la confrontación, el diálogo y la negociación con el líder del comunismo. Al final de su discurso de Rochester, pudo proclamar frente a su auditorio juvenil:

"También nosotros podemos ser tan duros, tan realistas, tan inflexibles estadistas como el señor Jruschov. Y podemos resultar victoriosos. Pues nuestro país sigue siendo el más grande de la tierra. Y aunque Jruschov sostenga que su país, como el nuestro, es tierra de hombres valientes, nuestro país, no Rusia, sigue siendo la tierra de la libertad. Y esto, en último análisis, es lo que establecerá la diferencia."

Los muchachos de Rochester eran demasiado jóvenes para recordarlo, pero sus profesores, al oír a Kennedy, no podían dejar de evocar un pensamiento tan optimista y seguro como el suyo: el que llevó cuatro veces a la presidencia a Franklin Delano Roosevelt.

Kennedy pertenece a esa raza de políticos norteamericanos que actúa con la visión y el coraje de los pioneros, oteando siempre más allá del horizonte. Es una raza de elegidos que sabe sobreponerse y anticiparse a la mentalidad generalmente conformista y rutinaria de la clase dirigente de su país.

Roosevelt y Kennedy descienden de familias adineradas, de procedencia extranjera y asentadas de antiguo en los Estados Unidos. Son familias de la aristocracia inmigrante del este, muy diversas a las familias tradicionales del sur. Cultas y europeizantes, educan a sus hijos para formar la *élite* intelectual de la nación, una minoría que, siendo leal y apegada a las formas de vida de la colectividad tradicional, tiene motivaciones y objetivos más universales.

Muchos de estos vástagos de inmigrantes ricos se dedican a la política. Las familias de Roosevelt y de Kennedy son típicas en este sentido, sobre todo la última. Se dice que el padre de John, ex diplomático, embajador de los Estados Unidos en Londres, siempre sostuvo que uno de sus hijos sería presidente.

señaló al mayor, muerto en el campo de batalla de la segunda guerra mundial. John reemplazó a su hermano en la vocación paterna y, desde entonces, todo el *clan* de la familia vivió consagrado a promover su carrera política.

También es curioso que lleguen a triunfar en el empeño, que estos intelectuales sofisticados, como Roosevelt y Kennedy, son vistos con desconfianza por los caudillos que manejan las organizaciones partidarias. Ceden ante ellos sólo porque saben que el brillo de sus inteligencias los conducirá a la victoria. Cuando han logrado el objetivo de sentarlos en la Casa Blanca, se dedican a hostigarlos desde el Congreso y desde las maquinarias del comité. Creen de su deber actuar a manera de freno para las aventuras del pensamiento en que han de incurrir inevitablemente sus elegidos. Les previenen constantemente para que no avancen demasiado; para que no se arriesguen; para que no se atrevan a agredir los tabúes de la política menuda y los cuantiosos intereses financieros e industriales representados en el Congreso y que se expresan a través de los grandes medios de información en masa.

No decimos nada nuevo cuando definimos la política norteamericana —la del Congreso, la de los ministerios y oficinas de la administración, la de la prensa y la de los innumerables y poderosos "lobbies" o grupos de presión— como una compleja pero compacta red de intereses en los que están mezclados los monopolios y los pequeños empresarios, los productores agropecuarios, los políticos profesionales y, desde la segunda guerra, los diferentes y a menudo antagónicos intereses del ejército, la aviación y la marina.

Todos estos sectores están directamente representados en el Congreso, detrás de la ficción de los partidos políticos. Hay diputados y senadores que representan los intereses de petroleros, algodoneros, tabacaleros, ganaderos, agricultores, de la industria y del comercio en cada una de sus ramas, de los diferentes sectores del Pentágono, de los periódicos y radios, de las universidades, etc.

Las votaciones en ambas cámaras legislativas jamás obedecen a una línea partidaria. Demócratas y republicanos se mezclan en todas las votaciones y éstas son resultado de las más complejas negociaciones y compromisos entre los intereses que hacen el juego verdadero. Hoy, los plantadores del sur apoyan una ley que favorece a los industriales del norte, a cambio de que mañana estos últimos voten en favor de los pri-

ciertos sectores cavernícolas de su país que consideraron "inde-  
seable" la invitación a Jruschov para visitar los Estados Unidos. Quizás presentía que un año después sus conciudadanos lo elegirían presidente de la nación y que muchas veces tendría que habérselas con Jruschov en el porvenir. O quizás recordaba lo que Alexis de Tocqueville había profetizado un siglo antes, cuando afirmó que los Estados Unidos y Rusia serían las dos grandes naciones del futuro "señaladas por voluntad divina para decidir el destino de la mitad del globo".

El futuro presidente de una de estas naciones marcadas por el destino, no temía la confrontación, el diálogo y la negociación con el líder del comunismo. Al final de su discurso de Rochester, pudo proclamar frente a su auditorio juvenil:

"También nosotros podemos ser tan duros, tan realistas, tan inflexibles estadistas como el señor Jruschov. Y podemos resultar victoriosos. Pues nuestro país sigue siendo el más grande de la tierra. Y aunque Jruschov sostenga que su país, como el nuestro, es tierra de hombres valientes, nuestro país, no Rusia, sigue siendo la tierra de la libertad. Y esto, en último análisis, es lo que establecerá la diferencia."

Los muchachos de Rochester eran demasiado jóvenes para recordarlo, pero sus profesores, al oír a Kennedy, no podían dejar de evocar un pensamiento tan optimista y seguro como el suyo: el que llevó cuatro veces a la presidencia a Franklin Delano Roosevelt.

Kennedy pertenece a esa raza de políticos norteamericanos que actúa con la visión y el coraje de los pioneros, oteando siempre más allá del horizonte. Es una raza de elegidos que sabe sobreponerse y anticiparse a la mentalidad generalmente conformista y rutinaria de la clase dirigente de su país.

Roosevelt y Kennedy descienden de familias adineradas, de procedencia extranjera y asentadas de antiguo en los Estados Unidos. Son familias de la aristocracia inmigrante del este, muy diversas a las familias tradicionales del sur. Cultas y europeizantes, educan a sus hijos para formar la *élite* intelectual de la nación, una minoría que, siendo leal y apegada a las formas de vida de la colectividad tradicional, tiene motivaciones y objetivos más universales.

Muchos de estos vástagos de inmigrantes ricos se dedican a la política. Las familias de Roosevelt y de Kennedy son típicas en este sentido, sobre todo la última. Se dice que el padre de John, ex diplomático, embajador de los Estados Unidos en Londres, siempre sostuvo que uno de sus hijos sería presidente.

Y señaló al mayor, muerto en el campo de batalla de la segunda guerra mundial. John reemplazó a su hermano en esta vocación paterna y, desde entonces, todo el *clan* de la familia vivió consagrado a promover su carrera política.

También es curioso que lleguen a triunfar en el empeño, porque estos intelectuales sofisticados, como Roosevelt y Kennedy, son vistos con desconfianza por los caudillos que manejan las organizaciones partidarias. Ceden ante ellos sólo porque saben que el brillo de sus inteligencias los conducirá a la victoria. Cuando han logrado el objetivo de sentarlos en la Casa Blanca, se dedican a hostigarlos desde el Congreso y desde las maquinarias del comité. Creen de su deber actuar a manera de freno para las aventuras del pensamiento en que han de incurrir inevitablemente sus elegidos. Les previenen constantemente para que no avancen demasiado; para que no se arriesguen; para que no se atrevan a agredir los tabúes de la política menuda y los cuantiosos intereses financieros e industriales representados en el Congreso y que se expresan a través de los grandes medios de información en masa.

No decimos nada nuevo cuando definimos la política norteamericana —la del Congreso, la de los ministerios y oficinas de la administración, la de la prensa y la de los innumerables y poderosos "lobbies" o grupos de presión— como una compleja pero compacta red de intereses en los que están mezclados los monopolios y los pequeños empresarios, los productores agropecuarios, los políticos profesionales y, desde la segunda guerra, los diferentes y a menudo antagónicos intereses del ejército, la aviación y la marina.

Todos estos sectores están directamente representados en el Congreso, detrás de la ficción de los partidos políticos. Hay diputados y senadores que representan los intereses de petroleros, algodoneros, tabacaleros, ganaderos, agricultores, de la industria y del comercio en cada una de sus ramas, de los diferentes sectores del Pentágono, de los periódicos y radios, de las universidades, etc.

Las votaciones en ambas cámaras legislativas jamás obedecen a una línea partidaria. Demócratas y republicanos se mezclan en todas las votaciones y éstas son resultado de las más complejas negociaciones y compromisos entre los intereses que hacen el juego verdadero. Hoy, los plantadores del sur apoyan una ley que favorece a los industriales del norte, a cambio de que mañana estos últimos voten en favor de los pri-

meros. Y así en casi todas las cuestiones, aun las que no están directamente vinculadas a intereses sectoriales.

La tarea más difícil en la Casa Blanca, a la que se dedica toda una legión de hombres de enlace y consejeros oficiosos, consiste en desentrañar las tendencias del Congreso, en negociar con sus inicitivas variantes. De Roosevelt se dijo, con razón, que sus fuerzas no se agotaron en la guerra contra Alemania y Japón, sino en la lucha con el Congreso, con sus propios colaboradores y partidarios, con las presiones formidables de los grandes intereses.

Roosevelt fue el líder político más extraordinario de la historia norteamericana y fue elegido cuatro veces presidente quebrando la tradición de sus predecesores, que no habían sido reelegidos sino una vez. Derrotó inclusive a Wendell Willkie, un émulo suyo, un progresista definido dentro del partido republicano.

Nadie podía dudar de la invariable adhesión del pueblo a la figura de Roosevelt. Sin embargo, o quizás por esto mismo, fue odiado y execrado por las minorías reaccionarias y enemigas de todo cambio. La prensa que estos intereses controlan lo llamó "comunista", "tirano", "dilapidador de los dineros públicos", "traidor a su clase", "intrigante" y otras cosas peores. Ridiculizó la venerable figura de su esposa, consagrada a las campañas de ayuda a los desocupados y desvalidos en los días cruciales de la primera presidencia de Roosevelt. Acusó de "aventureros", "fantaseosos" y "dirigistas" a sus colaboradores más devotos, como Harry Hopkins. De éste se dijo que actuaba discrecionalmente, sin respetar las leyes ni el control del Congreso y que malversaba los fondos del Estado en favor de sus correligionarios y de sus propias ambiciones políticas. Los diarios del medio oeste, donde residía el núcleo más agresivo de la oposición, encabezaban sus páginas en los días de los comicios, con títulos como éstos: "Arrojemos a los bandidos de la Casa Blanca", "Elijamos un gobierno honrado", "Fuera los comunistas de Washington", "Si Roosevelt triunfa ésta será la última elección libre realizada en este país".

Aquí podría hacerse la reflexión de que la técnica de la calumnia y la injuria reaccionaria contra los gobernantes populares no es patrimonio exclusivo de nuestros países latinos. Es una conspiración universal contra las fuerzas transformadoras de la sociedad, que encuentra acólitos y aliados desaprensivos e ingenuos en todas partes del mundo. El motín militar que arrojó del poder a Arturo Frondizi en la Argentina obedeció

a idéntica campaña de intrigas, singularmente gemela de la llevada contra Roosevelt.

John F. Kennedy ha comenzado a sufrir ataques de la misma índole y acritud. También se le acusa de izquierdizante, de querer arrastrar a la quiebra el tesoro público, de alentar ideas quiméricas respecto a la ayuda norteamericana a otras naciones, de traicionar la seguridad norteamericana en sus tácticas blandas frente al Kremlin. La insidia no se detiene, como en el caso de Roosevelt, ni siquiera en el umbral de su hogar. Los columnistas y chismosos de la prensa amarilla difunden anécdotas picantes sobre las relaciones conyugales y familiares del presidente. El odio que se fomentó contra Harry Hopkins en tiempos de Roosevelt, se traslada hoy a los integrantes del "trust de los cerebros", o el "clan" de la Casa Blanca, como Arthur Schlesinger (Jr.), Adlai Stevenson, Ros tow, Goodwin, Bobby Kennedy, Salinger, etc.

No es gratuita la ofensiva. Kennedy debe llevar a cabo, en la década del 60, una revolución de igual magnitud a la que efectuó F. D. R. en la década de los 30. Muy distinta en sus objetivos inmediatos, porque también son diferentes las circunstancias, pero similar en sus objetivos de largo alcance: preservar el poderío, la gravitación y el papel histórico de la civilización norteamericana y sus ideales básicos de libertad y democracia.

La gran depresión de los años 30, que desafió el genio de Roosevelt, amenazó la vida misma del capitalismo, no solamente en los Estados Unidos, sino en todo el mundo. La revolución del New Deal consistió en crear las defensas y estímulos para evitar el colapso y regenerar las fuerzas dinámicas del crecimiento. El New Deal fue la respuesta orgánica —que impregnó en adelante a todo el sistema capitalista— a las crisis cíclicas. El Estado acudió al mercado para decretar la muerte definitiva de la economía liberal clásica. Con la ayuda de economistas como Keynes, Schumpeter y otros, el capitalismo creó todo un mecanismo regulador y atenuador de las crisis, según el cual el sector público de la economía compensa las debilidades, fraccionamientos y caídas de la actividad económica privada. El Estado pasó a ser socio permanente del complejo económico de la nación. La economía de guerra, al convertir al Estado en el primer consumidor y en un fuerte empresario y financista de la industria, acentuó esa participación. De ahí que las recesiones ulteriores (1949, 1953, 1958) no hayan tenido los caracteres catastróficos de la gran crisis de 1929-1933.

En esta última se registraron depresiones anuales superiores al 30 por ciento de la producción industrial, mientras que en la última recesión de 1958, las caídas no fueron sino el 2,6 por ciento en Francia y del 7 por ciento en los Estados Unidos. Las medidas compensatorias del Estado (rebaja de la tasa de descuento, ampliación del crédito, estímulo fiscal a las inversiones privadas, aumento de las inversiones públicas, etc.), corrigen la amplitud y acortan la duración de la crisis.

Pero el hecho es que todas las medidas correctivas que se aplican contra las formas más explosivas de las crisis, las reducen y atemperan, pero no las suprime. La economía mundial capitalista no se recobró enteramente después de la gran crisis de 1929. En vísperas de la segunda guerra mundial, los índices de producción minera e industrial de Occidente estaban aún por debajo de los índices anteriores a 1929. En verdad, la guerra vino a resolver, por vía de una producción artificialmente promovida por la emergencia del rearme, una depresión que tendía a ser crónica y que abrigaba en su entraña la perspectiva de nuevas y violentas recesiones futuras. Despues de la guerra, la psicosis de la guerra fría, alimentada para no restar a la industria la demanda de armamentos y la presencia del Estado en la economía de paz armada, apenas han logrado mantener en los Estados Unidos una precaria y peligrosa estabilidad.

Pese a que el Estado insume una proporción considerable de la producción, la capacidad productiva es tan grande que ni siquiera el mantenimiento *perpetuo* de una economía de guerra garantizaría el funcionamiento pleno de la máquina productiva. Lo demuestra el hecho actual de que, siendo el presupuesto militar el más grande de la historia norteamericana, muchas industrias básicas, como la del acero, apenas emplean el 70 por ciento de su capacidad y hay una masa de mano de obra desocupada que no baja de los tres millones. Aun cuando la participación del sector público en la economía ha crecido considerablemente desde la época del New Deal, los gastos del presupuesto federal (incluidos los gastos militares y la ayuda al exterior) apenas representaron, en 1960, el 17 por ciento del producto nacional bruto (o sea la suma de todos los bienes y servicios producidos por la nación). La explicación se halla en que la multiplicación de la productividad y de la capacidad técnica de la industria han sido tan vertiginosas en los últimos treinta años que la economía que Roosevelt pudo estabilizar en la década del 30 era, en magni-

tud, una fracción de lo que es actualmente la capacidad productiva de los Estados Unidos.

Para dar una idea global de este avance asombroso, basta repetir que el promedio anual del producto nacional bruto fue de 84 mil millones de dólares en la década del New Deal, y en 1962 alcanzó a unos 500 mil millones anuales como dijimos anteriormente.

El mundo norteamericano de John Kennedy es, pues, cinco veces más poderoso que el mundo norteamericano de Franklin D. Roosevelt. El New Deal de Kennedy requiere, entonces, cinco veces más imaginación y audacia que el de Roosevelt.

Ya no se trata de arbitrar "amortiguadores" de las crisis, ni de inyectar a la economía el estímulo artificial de las órdenes estatales de pertrechos bélicos. Aunque el Estado ordenara a la industria la fabricación de muchos más aviones, buques, tanques y cohetes atómicos; aunque las tensiones internacionales no disminuyeran y justificaran la carrera armamentista, los Estados Unidos no podrían mantener el uso pleno de su capacidad productiva y el pleno empleo sin producir cambios profundos en materia de distribución del ingreso, de expansión del mercado interno y de rápida creación de vastos mercados exteriores. Esta es la revolución que los Estados Unidos están obligados a efectuar, mucho más honda y extensa que la del New Deal.

Así como en 1933, el pueblo norteamericano encontró al líder que lo sacó de la crisis más grave de su historia, así ha confiado a John Kennedy la misión de explorar la "Nueva Frontera" y lograr algo mucho más decisivo que salir de una crisis cíclica: convivir con un tercio de la humanidad que avanza por un camino diferente al suyo y competir con él en la satisfacción de las postergadas aspiraciones de otro tercio de la humanidad que emerge del vasallaje colonial o del atraso.

Roosevelt sólo alcanzó a entrever y a anunciar esta perspectiva. Llevó a su pueblo a la victoria sobre aquellos que pretendieron resolver, por la violencia y la creación de un imperio mundial, las contradicciones de un sistema liberal agotado. Proclamó las cuatro libertades de una nueva humanidad en la Carta del Atlántico. Previó y alentó las esperanzas de los pueblos rezagados. Concertó con Stalin la convivencia de los mundos capitalista y socialista para asegurar la paz y proveer el bienestar de todos los pueblos.

Cuando firmó los acuerdos de Yalta, sabía que en Los

Alamos se estaba ensayando el arma nuclear que iba a tornar impensable una futura guerra. También adivinaba los usos pacíficos revolucionarios que el desarrollo bélico de la ciencia y la técnica tendrían en el porvenir cercano. Pocos días antes de su muerte encargó a Robert E. Sherwood que le preparara material para un discurso, que ya no habría de pronunciar, en el aniversario de Jefferson. Le pidió que reuniera algunas citas del héroe en asuntos científicos, y agregó: "Hay algunas cosas que dijo Jefferson sobre el porvenir de las ciencias, que conviene repetir ahora, porque la ciencia va a ser más importante que nunca en la construcción del mundo futuro".

Kennedy hereda esta visión de Roosevelt en un mundo transformado radicalmente. Transformado en sus estructuras de producción, en sus relaciones de fuerza, en sus más íntimas y fundamentales tendencias históricas. La "Nueva Frontera" de John Kennedy puede ser la clave de la victoria del hombre americano y, con ella, la victoria de un mundo de paz y bienestar.

El programa que Kennedy propuso al pueblo durante su campaña política partía de la necesidad de vitalizar un organismo económico gigante pero estancado. Mientras la economía de la Unión Soviética crece a un ritmo del 6 al 7 por ciento de aumento anual del producto bruto, el índice norteamericano se mantiene apenas al nivel del 3 por ciento anual. De mantenerse esta relación, puede calcularse que para 1975 la URSS habrá alcanzado a los Estados Unidos en magnitudes económicas. El plan de desarrollo económico soviético, aprobado en el 22º Congreso del Partido Comunista de la URSS, celebrado en 1961, prevé un aumento del 150 por ciento en la producción industrial en el plazo de diez años, y de un 300 por ciento en el plazo de veinte años. Para 1980, la Unión Soviética, conforme a este plan, deberá producir unos 250 millones anuales de toneladas de acero (producción en 1961: 70 millones contra 89 millones de los Estados Unidos); en el campo energético, para 1980, la URSS deberá producir anualmente unos 3 billones de kilovatios-hora (producción de 1961: 326 mil millones contra 878 mil millones de los Estados Unidos).

Kennedy, y con él todos los sectores esclarecidos de su país, no vacilan en llamar a la atención del pueblo norteamericano este crucial desafío de la economía socialista a Occidente. Aparte de la competencia de la URSS y su bloque integrado de las democracias populares de Europa, se señalan los vertiginosos avances de la economía de la China Popular,

un inmenso país de 600 millones de habitantes que ya se ha convertido en la primera potencia industrial del Asia (la producción de acero, que en 1952 apenas superó un millón de toneladas anuales, alcanza hoy unos 15 millones, casi la producción de Francia).

Frente a este cuadro de vigoroso e ininterrumpido crecimiento socialista, Kennedy señala el absurdo de que grandes industrias norteamericanas trabajen del 50 al 70 por ciento de su capacidad y que esta contracción sustraiga a la economía del país una masa del orden de los 40.000 millones de dólares anuales, con el consiguiente efecto sobre la ocupación obrera. En un mensaje al pueblo, de agosto de 1962, el presidente de los Estados Unidos reconoció que "hemos tenido un período de cinco años de estancamiento económico, por lo menos, en comparación con Europa occidental y Japón. Ahora debemos preocuparnos por estimular el avance de nuestra economía. La ocupación, el ingreso, el provecho, la construcción y las inversiones deben avanzar mucho más rápidamente que en el verano pasado. No habrá ocupación plena en este país hasta que no usemos mejor nuestra fuerza de trabajo y nuestras plantas industriales; hasta que no hayamos disipado los efectos de dos recesiones y de cinco años de estancamiento".

Los remedios propuestos por Kennedy al Congreso, en un plan de emergencia, son los clásicos "amortiguadores" de las crisis: reducción del impuesto a la renta, estímulo fiscal a las inversiones privadas, aumento de las inversiones y gastos productivos del Estado. Pero el propio presidente y sus asesores económicos saben que éstos son paliativos transitorios. El grave problema del crecimiento económico de los Estados Unidos y del mundo capitalista en general consiste en que su capacidad de producción no se expande y, al contrario, tiende a contraerse, porque las dimensiones actuales del mercado capitalista —políticamente sustraído al intercambio con el resto socialista del mundo y fraccionado, a su vez, en los compartimientos estancos de los mercados regionales que tienden a la autosuficiencia— no alcanzan a absorber la producción, ni a movilizarla en los canales fluidos de un intercambio multilateral sin restricciones.

La "Nueva Frontera" de Kennedy tiene que ser, entonces, una frontera universal, concebida con mentalidad universal y perseguida en escala universal. Del mismo modo que Roosevelt se vio estimulado a extender su filosofía nacional del New Deal al cuadro de las relaciones mundiales, Kennedy

no puede superar la contracción que paraliza su país, sin empujar su "Nueva Frontera" hacia el horizonte universal. No hay ámbito suficiente para el crecimiento de la economía norteamericana en las décadas futuras, dentro del perímetro reducido del actual mercado capitalista. Solamente en la universalización del intercambio, en la unificación de un vasto mercado, que abarque el mundo socialista y el tercer mundo de los países rezagados, el capitalismo occidental hallará las dimensiones acordes con su fabulosa capacidad productiva.

Cuando John Kennedy, siguiendo la visión de Roosevelt, ensaya la convivencia con el mundo socialista y proclama la urgencia de desarrollar el tercer mundo, no lo hace en virtud de una elección ideológica o conceptual solamente. Lo hace en virtud de una necesidad: la necesidad de que *su mundo*, el mundo de valores culturales y materiales de Occidente, no quede marginado o paralizado en un proceso universal inexorable e intergversible.

Responde a la misma necesidad histórica que obliga a Jruschov a negociar con Kennedy la paz interior de Laos o el retiro de la cohetería soviética de Cuba. Porque también el crecimiento del mundo socialista está llegando rápidamente a la etapa de su proyección universal, después de haber estado circunscripto a la edificación del socialismo en la URSS. La producción socialista, que en dos décadas más superará a la del mundo capitalista (ya hemos visto que éste es un hecho previsto en Occidente), necesita también la universalización del intercambio y la promoción de la demanda en las regiones atrasadas. Más adelante veremos que ambas *necesidades* de expansión, la del capitalismo y la del socialismo, se explican por el mismo método dialéctico y no son fatalmente excluyentes. Por de pronto, debemos aceptar que las reiteradas tesis de los jefes comunistas, desde ~~Lozán~~ a Jruschov, respecto de la necesidad de incrementar el intercambio entre ambos mundos, no es una estratagema política, sino una previsión del proceso a largo plazo.

La paz, el desarme, la coexistencia pacífica, la cooperación internacional, la ayuda a los países subdesarrollados, son requisitos de esa universalidad, de esa unidad estructural del mundo, que convienen por igual a ambos contendientes ideológicos. En cambio, la guerra, las tensiones y conflictos, la paz armada, el colonialismo, las restricciones políticas al comercio, las tendencias a la regulación y contracción de los mer-

cados que definen a los monopolios, son factores adversos a dicha universalidad de la economía.

¿Quiere decir esto que el camino hacia esa comprensión se verá libre de obstáculos y que la síntesis que tal esquema supone ha de operarse mecánicamente?

Ni lo uno ni lo otro. Todos los esfuerzos inteligentes del grupo que rodea a John Kennedy, por dar contenido y ritmo a las fuerzas latentes de la "Nueva Frontera", tropiezan con la obstinada resistencia de los sectores industriales y militares que consideran utópica toda política fundada en la distensión internacional y en la cooperación económica de los Estados Unidos para desarrollar a las nuevas naciones de Asia y África y a las de América Latina. Estos sectores tienen enorme influencia en el Congreso, en la diplomacia, en los servicios de inteligencia y en la prensa y la radiotelevisión. Tienen fuerza suficiente para bloquear los proyectos que la Casa Blanca somete al Parlamento, para retardar su trámite o para atenuarlos en sus alcances. Tienen recursos suficientes, incluso, para operar por su cuenta y riesgo en el exterior, comprometiendo la autoridad de su gobierno en actividades contradictorias con la política oficial de la Casa Blanca. La crónica internacional de estos últimos años (desde la segunda guerra hasta hoy) está llena de estas operaciones de flagrante desobediencia y del modo autónomo con que proceden organismos y funcionarios legalmente sometidos a la autoridad del presidente. Algunos notorios incidentes de la guerra fría y no pocas actividades subversivas contra gobiernos independientes de América Latina y de otras regiones han sido denunciados periódicamente como ajenos al control oficial de la Casa Blanca. No hace muchos meses circularon en Washington informes y panfletos anónimos acusando de comunistas a varios colaboradores principales de Kennedy y al mismo presidente, cuya factura fue atribuida a funcionarios de la propia administración. Por lo visto, tampoco tiene América Latina el monopolio de estas indisciplinas.

En la política seguida por Kennedy respecto de Laos, de Cuba, del desarme, del armamento nuclear de los miembros de la NATO, de la ayuda económica exterior, de las relaciones interamericanas, el presidente debe luchar y negociar en dos frentes simultáneos: con la contraparte extranjera y con la retaguardia hostil a su política. Nadie medianamente informado sobre la compleja trama de presiones y desobedientias en que se mueven el presidente y sus colaboradores, puede negar las dificultades con que tropieza la aplicación coherente

y energética de la nueva política oficial. El afianzamiento de esa política nunca fue definitivo en lo que se refiere al New Deal rooseveltiano, jaqueado implacablemente en los cuatro períodos presidenciales y en gran parte destruido después de la muerte de su creador. Kennedy recién comienza la lucha y no podrá darle impulso posiblemente hasta su segunda presidencia, si logra la reelección. Su enfrentamiento con los magnates del monopolio siderúrgico y con los partidarios de la invasión a Cuba fueron las primeras escaramuzas de esa lucha. Paulatinamente las condiciones objetivas del encuadre internacional y las necesidades imperiosas del crecimiento norteamericano irán resolviendo la contradicción entre una minoría rutinaria, que se aferra a estructuras y conceptos del siglo pasado, y la mayoría de la nación, que presiente los cambios y trata de adecuarse a ellos. En este enfrentamiento, los intereses de la masa de productores e industriales del país, coincidentes con el crecimiento y la universalización de la economía interna, irán venciendo, por creciente gravitación de su fuerza también creciente, los intereses monopolistas vinculados a la contracción económica y a la economía de guerra, actualmente en lucha contra Kennedy.

Esta contradicción entre las concepciones que consideran el mundo en transformación como si fuera igual al mundo que ha permitido después de la guerra, y las concepciones que toman conciencia del cambio radical que se está operando en todos los terrenos, no se observa solamente en los Estados Unidos, ni se circunscribe a un sector de la sociedad. Se observa en las tendencias que se enfrentan en la reconstrucción de Europa y se expresan, incluso, en el mundo socialista que evoluciona en condiciones objetivas muy diversas a las que regían en el período de su eclosión y desarrollo inicial. En este último, la política de Jruschov, la de sus contendores dentro del propio partido comunista de la URSS y en los partidos chino y albanés, la "vía difícil del socialismo", ensayada por el partido comunista italiano, y que le aportó una resonante victoria en los comicios de mayo de 1963, son manifestaciones de una crisis de transformación de todo el ámbito de la política mundial, en la era de los revolucionarios cambios económicos, técnicos y sociales de la posguerra.

Es a la luz de estas constructivas y fecundas contradicciones dialécticas que podemos interpretar la tendencia universal hacia la paz, la integración de la comunidad humana en el proceso de elevación del nivel de vida de todos los pueblos y

la inevitable universalización de los beneficios de una edad de abundancia.

Por eso hemos elegido, como monitores centrales de este proceso universal de integración, a Su Santidad el Papa Juan XXIII, quien representa la dimensión religiosa y espiritual al incorporar la tradición de justicia social y fraternidad humana de la Iglesia de Cristo al empeño de los pueblos por afianzar la paz y la convivencia; al líder soviético, que aplica la metodología del socialismo a la exploración y el análisis de la sociedad en que él y los suyos viven, no la sociedad de ayer o la de mañana; y al líder de la democracia occidental, que se esfuerza por demostrar que las virtudes esenciales de su pueblo, su tradición de libertad y de audacia en la exploración de nuevas fronteras, son capaces de vitalizar el sistema económico y social capitalista, a condición de que se expanda y crezca dentro del marco de un sistema mundial de intercambio y de consumo crecientes, mediante la integración inmediata de las vastas y pobladas regiones del tercer mundo.

ENTREVISTA CON CARLOS MARX, EL SOCIALISMO  
CIENTIFICO Y LA UTOPIA

A través de la caracterización del pensamiento de Su Santidad Juan XXIII, de Nikita Jruschov y de John F. Kennedy —protagonistas universales de una transición universal— hemos puesto en un plano de mutuas influencias las tres fuerzas fundamentales del mundo moderno. Las tres impulsan la transición porque ellas mismas están en transición: la Iglesia, conservando su esencia secular de pastor de almas, interviene para identificar y apuntalar las condiciones materiales del desarrollo económico, la justicia social y la convivencia pacífica; el socialismo agnóstico y revolucionario, sin renunciar al método dialéctico que constituye su instrumento permanente y más bien aplicándolo con rigurosidad creciente, analiza la situación objetiva y la relación de fuerzas respecto del sector capitalista y toma nota de la nueva militancia temporal del Vaticano; el capitalismo, impulsado por su propia dinámica productiva y afirmando su filosofía de crecimiento y expansión, busca en la Nueva Frontera el espacio que le permita competir pacíficamente con el socialismo.

Ninguno de estos cambios se realiza sin obstáculos. Toda época de transición se ha señalado en la historia por la oposición entre conservadores y reformadores en el campo ideológico.

Y en estos dos planos, la necesidad objetiva del cambio ha terminado por invalidar la polémica intelectual. Es que las leyes del desarrollo histórico han demostrado siempre tener una virtualidad, una fuerza intrínseca irreprimible. Más pronto de lo que pueda creerse, nuestra era de transición producirá los cambios que ahora se insinúan. Y quienes tenemos la obligación de registrarlos enfrentamos una disyuntiva: los identi-

ficamos y asimilamos a medida que se producen, de modo de poder influir inteligentemente sobre su determinismo objetivo, o los ignoramos y los acabamos por admitir cuando ya han completado su parábola.

No es menester incurrir en una engorrosa exégesis histórica para demostrar, con ejemplos, la inexorabilidad de la transición que se está realizando ante nuestros ojos. Bastará con remontarse a los orígenes de nuestra moderna civilización capitalista y seguirla a grandes rasgos hasta nuestros días.

El capitalismo surgió de las entrañas del feudalismo al desintegrarse las formas de producción de este último. Las fuerzas productivas se desarrollaron al incorporarse nuevas herramientas, las fundiciones de hierro y nuevas formas de cultivo, como la horticultura y la vinicultura. La economía artesanal comenzó a producir mercancía para el mercado. Los talleres se ensancharon y en ellos comenzó a diferenciarse la habilidad de los obreros dando lugar a las primeras formas de la división del trabajo. El cambio de mercancías por dinero, substituyó al trueque y creó el mercado interno. El descubrimiento de América y de la ruta marítima a la India (Colón 1492, Vasco da Gama 1498) sientan las condiciones del intercambio mundial. El auge del comercio y del crédito convierte en patronos a los maestros de los gremios y en asalariados a sus miembros. Se rompe la estructura tradicional de los gremios artesanales. En el campo, los terratenientes feudales reemplazan las gabelas en especie y las prestaciones en trabajo personal por pesados impuestos en dinero.

Cercados los señores feudales por el poder creciente de los reyes, licencian sus huestes guerreras y se dedican a explotar sus fondos. Pero el nacimiento de la industria textil determina que, en los campos, la cría de ovejas reemplace a la agricultura. Los campesinos, colonos y medieros, son desalojados de sus tierras. Cunde la desocupación y el hambre. Aparecen los campesinos ricos y los nuevos terratenientes, que explotan inicuamente al campesinado sin tierras. En las ciudades, el régimen de propiedad de los medios de producción por los trabajadores individuales, es reemplazado por la propiedad del capitalista y la aparición del asalariado. Se producen las grandes insurrecciones de los siervos de la gleba; en el siglo XIV, la guerra de la Jacquerie, en Francia y la rebelión de Wat Tyler en Inglaterra; en el siglo XVI, las grandes guerras campesinas de Tomas Münzer en Alemania; en el siglo XVII, las rebeliones agrarias de Bolotnikov y Stepan Razin en Rusia.

Paralelamente se producen las guerras religiosas de la Reforma, la expropiación de los latifundios de la Iglesia y su apropiación por la nueva clase de terratenientes.

La Reforma religiosa tuvo, con Lutero y Calvin, extraordinaria influencia en el tránsito de la sociedad feudal hacia la sociedad burguesa. La Iglesia Católica había sido el gran centro internacional del feudalismo, el gran elemento unificador de una Europa parcializada por guerras intestinas y la defendía contra el cisma griego y el mundo musulmán. La Reforma, hija de la burguesía naciente, republicanizó, democratizó la Iglesia, al alzarse contra su jerarquía vertical y su tradicionalismo, pilares del andamiaje feudal. Lo que demuestra que aun las instituciones religiosas, conservando la inmutabilidad de sus dogmas y sin abandonar su irrenunciable concepción de la preeminencia del espíritu, se transforman al transformarse la sociedad en que viven y reflejan las nuevas fuerzas históricas y su dinámica y equilibrio.

La Iglesia de nuestra era de transición está evolucionando con su tiempo. La filosofía de las recientes encíclicas papales de Juan XXIII no es creación caprichosa de este pontífice genial: es producto de una larga elaboración teórica de la doctrina social de la Iglesia y reflejo inteligente de los grandes cambios mundiales que se están operando.

Sigamos con el cuadro de los orígenes del capitalismo.

Las formas capitalistas abarcan la ciudad y el campo. En ambos sectores, la explotación de los asalariados alcanza niveles infrahumanos. La familia patriarcal del medioevo se desintegra, se producen las primeras migraciones desde la campa a las ciudades. En éstas, los obreros viven hacinados, en condiciones intolerables de promiscuidad y falta de higiene. Aparentemente, la transición de la sociedad feudal a la sociedad burguesa era un retroceso, una marcha hacia el caos, hacia la disolución de la familia y la degradación del hombre. Y lo era, realmente, si sólo se examinaban los efectos inmediatos de la quiebra de la sociedad tradicional. Pero la transición era inevitable, simplemente porque el desarrollo de las fuerzas productivas entraba en conflicto con la estructura de las relaciones de producción del feudalismo. Esta estructura cerrada, nacida cuando las fuerzas productivas de una agricultura primitiva apenas alcanzaban los niveles de subsistencia, ya no pudo tener las relaciones de producción nacidas del mercantilismo. Los primeros avances técnicos, el telar mecánico, el dinero como mercancía de cambio, el comercio, las primeras estructu-

ras financieras; en una palabra, *la economía de mercado*, debían romper, y rompieron, la arquitectura social de la Edad Media y su innegable cohesión y armonía.

No obstante, este cambio y sus terribles consecuencias sociales no fueron aceptados en su época por espíritus que se rebelaron contra la miseria y la anarquía desatada por la aparición del capitalismo y la disolución de la sociedad tradicional.

Desde el siglo xvi y hasta principios del siglo xix se sucede una brillante pléyade de pensadores y ensayistas sociales. Observan las contradicciones e injusticias del capitalismo, se conduelen de la desaparición de las formas comunitarias de la sociedad feudal, fustigan enérgicamente a los explotadores del trabajo ajeno y buscan *en su cabeza* la solución racional de tales miserias. Son los racionalistas, los utopistas del socialismo. Buscan reconstruir idealmente una supuesta *edad de oro* en la que la humanidad será redimida de toda injusticia. El inglés Tomás Moro (siglo xvi), en su concepción de la isla Utopía, y el italiano Tomás Campanella (siglo xvii), en su Ciudad del Sol, idean una sociedad colectiva donde los frutos del trabajo se distribuirán entre todos los hombres, conforme a sus necesidades. Estas ideas se propagan a toda Europa e, incluso, a América, a través de las doctrinas de los filósofos españoles, como Francisco de Vitoria, que influyen sobre los misioneros y conquistadores en las tierras nuevas. Bartolomé de las Casas y Vasco de Quiroga crean comunidades indígenas inspiradas en la utopía de Tomás Moro, con notorios rasgos comunistas.

Al iniciarse el siglo xix, el sistema capitalista cobraba su impulso definitivo. En esa época surgen tres grandes socialistas utópicos: Saint Simon, Owen y Fourier, verdaderos precursores del socialismo moderno y discípulos del materialismo racionalista de la Revolución Francesa. Pero siguen creyendo que la humanidad es un todo, integrado por burgueses y proletarios, y que hay que redimirla en nombre de una especie de verdad revelada, en nombre de la razón y de la justicia, reemplazando el capitalismo —origen de todos los males— por un sistema socialista idealmente concebido. Los tres, sin embargo, fueron geniales críticos de la sociedad burguesa y entrevieron las contradicciones que existían en ella, especialmente Owen, quien puso en práctica sus ideas en Manchester.

La filosofía alemana que culmina en Hegel, incorpora a la filosofía, a las ciencias naturales y a la historia, el método que va a permitir desentrañar las leyes del desarrollo de la sociedad,

no de *la cabeza* de los pensadores, sino de los hechos objetivos, de las relaciones y las fuerzas actuantes en el seno de la sociedad.

Hegel concibe todo el mundo de la naturaleza, de la historia y el espíritu como un proceso, sujeto a constantes cambios. Como es un idealista, describe esas relaciones objetivas no como existentes en sí mismas, sino como reflejo de una idea absoluta y preexistente a la realidad misma.

Pero de ahí arrancan Marx y Engels para deducir, de la observación del proceso, sus leyes objetivas, su dialéctica.

El *materialismo dialéctico* es una filosofía unitaria y universal, un método que se aplica por igual al estudio de la naturaleza, a las matemáticas y la física, a la historia, a la economía y a la sociología. En realidad, es la negación de la filosofía como ciencia de las ciencias, pues lo único que necesita de la filosofía clásica es la teoría del pensamiento, la lógica, la dialéctica, es decir *el método*. Con el método dialéctico cada ciencia se explica por sí misma y se integra en el cuadro universal de la ciencia positiva de la naturaleza y de la historia (Engels, *Anti-Dühring*).

Aplicado al estudio de la historia y de la economía política, el materialismo dialéctico deduce las leyes del desarrollo social. Respecto del capitalismo, lo explica como la superación de la economía feudal, producto del crecimiento de las fuerzas productivas que exceden las formas individuales de la producción artesana.

El artesano era propietario de los medios de producción. Pero, una vez que la producción sale de los gremios artesanales y se concentra en los talleres industriales, donde el producto es fruto del trabajo *social* de todos los obreros, éstos ya no son productores individuales y trabajan por un salario para el dueño de los medios de producción, es decir, para el capitalista. Se produce así la contradicción que es esencial en el sistema capitalista y que es el germen de su ulterior desaparición, según Marx: la producción es *social*, pero la propiedad de los medios de producción es *privada*.

El socialismo, como doctrina política, consiste en organizar y armar ideológicamente al proletariado, creador de esa producción *social*, para expropiar al propietario privado y convertir también la *propiedad individual* en *propiedad social*. Este proceso de socialización de la producción, por una parte, y de la propiedad, por otra, conduce al socialismo, no como hipótesis o creación ideal del pensamiento revolucionario, sino

como resultado de las leyes objetivas del desarrollo histórico. Según estas leyes, el capitalismo, que reemplazó al feudalismo, será a su vez reemplazado por el socialismo. Para llegar a esta tesis, Marx y Engels estudiaron la sociedad capitalista del siglo XIX y, en especial, la sociedad inglesa, su prototipo más avanzado.

La diferencia entre el socialismo utópico y el socialismo científico reside en que el primero se dedicaba a construir esquemas de una sociedad ideal, de una sociedad tal como *debería ser*, según la imaginación del autor; en cambio, el segundo no describe, ni le interesa hacerlo, ninguna sociedad futura e ideal, sino la sociedad como *es* y su desarrollo dinámico.

Al estudiar las leyes internas del capitalismo, Marx descubre la *plusvalía*, es decir, la parte del producto del trabajo del obrero que éste no recibe en forma de salario, sino que es apropiada por el capitalista. Sobre esta noción de la plusvalía, y con el método del materialismo dialéctico, se funda el socialismo científico.

Al revés de los utopistas, que no alcanzaron a definir con exactitud la lucha de clases, el marxismo define el papel del proletariado en la conquista del socialismo; lo considera la clase revolucionaria por autonomía, destinada a encabezar y a conducir a los pueblos hacia su liberación.

Cuando examinan la sociedad industrial de su época, Marx y Engels descubren una de las leyes del desarrollo capitalista: la concentración creciente de la riqueza en manos de los capitalistas y la pauperización creciente de los trabajadores y sus familias. Era un hecho comprobable que la capitalización de la naciente burguesía se hacía a costa de la inicua explotación del trabajo asalariado de hombres, mujeres y niños. A las mujeres y a los niños se los prefería en la industria textil (la más difundida entonces) porque tenían dedos finos para hilvanar las ligaduras de los telares y porque se les pagaba mucho menos que a los hombres. Las jornadas de labor, incluso para los niños, eran de doce y hasta diecisésis horas. Los trabajadores rurales, que los terratenientes expropiaban, emigraban a las ciudades en busca de ocupación y habitaban tugurios miserables improvisados en torno de las fábricas y las minas.

Marx construyó su extensa y nutrida cosmogonía de la historia sobre estos datos. Pero insistió siempre en que las leyes de su doctrina eran abstracciones, extraídas de la realidad objetiva ciertamente, mas aplicables a todo el proceso de la

historia, pasada y futura. Dice a este respecto el propio Marx: "Para el análisis de las formas económicas no sirven el microscopio ni los reactivos químicos. El único medio de que disponemos, en este terreno, es la capacidad de *abstracción*."

Lo que distingue, precisamente, al primer tomo de *El Capital*, donde se analiza la ley de la pauperización creciente, es su alto nivel de abstracción. Agrega Marx: "Lo que nos interesa no es precisamente el grado más o menos alto de desarrollo de las contradicciones sociales que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista. Nos interesan más bien *estas leyes de por sí*, estas tendencias que actúan y se imponen con férrea necesidad". Después de enunciar la ley referida, afirma: "Como todas las demás leyes, *es modificada en su acción* por muchas circunstancias cuyo análisis no nos interesa aquí." El propio Marx señala en el tomo III de su obra que "cuanto más productivo sea un país en comparación con otro, dentro del mercado mundial, más altos serán los salarios, comparados con los demás países". En ello no hay contradicción alguna, como se han empeñado en señalar algunos críticos modernos de Marx. Porque la ley de la pauperización creciente del proletariado es, como toda ley, una relación. La acumulación en un polo y la pauperización en otro entrañan una relación, que se observa aun en nuestras grandes sociedades industriales contemporáneas y en escala mundial: en efecto, nadie puede desconocer en los Estados Unidos y en Europa la fabulosa concentración de capital, por una parte, y el nivel de vida de los trabajadores, por la otra, que, en conjunto, no guarda relación con el incremento del ingreso nacional.

Roosevelt solía decir que un tercio de la población de los Estados Unidos vive mal alimentada, mal vestida y mal alojada; y John Kennedy ha afirmado recientemente que "30 millones de norteamericanos viven en la pobreza o aún peor".

Si proyectamos esta relación al plano mundial, es aún más flagrante el desnivel entre la concentración operada en un tercio de la tierra y la pobreza que existe en los dos tercios restantes.

Marx no hace, pues, profecías, ni se preocupa de describir la sociedad del futuro. Se limita, como él lo dice, a "describir la ley económica que preside *los movimientos* de la sociedad moderna" y no le preocupan las particularidades de esa sociedad. La imagina como una categoría universal susceptible de desarrollo y cambios, y *aisla, abstrae* las leyes generales de esos cambios para que sean aplicadas a cada caso en particular, en

el devenir histórico. En otras palabras, crea un método, no un diagnóstico. Hay marxistas que repiten las observaciones de Marx sobre la sociedad de su época, transportándolas literalmente a la nuestra. Por supuesto, si Lenin hubiera procedido así en Rusia, no habría triunfado la revolución de 1917.

Hemos hecho una esquemática referencia a la transición entre la sociedad feudal y la sociedad capitalista con un doble propósito vinculado al tema que nos preocupa. Por una parte, hemos querido señalar la condición dinámica e inexorable de la evolución de las sociedades humanas y su marcha hacia formas cada vez más ricas en contenido *social*, tomada esta expresión como sinónimo de universalización de bienes materiales y espirituales. El mundo asistió con horror al colapso de la sociedad jerárquica y coherente de la Edad Media, y sus pensadores sociales atribuyeron a los modos de producción capitalista todas las bárbaras injusticias y dislocaciones que sobrevinieron con la desaparición del artesanado. No obstante, la transición era históricamente necesaria, y el progreso humano, determinado ulteriormente por la alta calidad y la abundancia de la producción capitalista, ha sido indiscutible. Por otra parte hemos querido demostrar la futilidad de toda pretensión utópica de constreñir la realidad a esquemas ideales, sea de parte de quienes aspiran a *fijar* la evolución social en un estadio determinado, como de quienes quieren *anticiparla* sin respetar sus leyes positivas, o *determinarla* a priori, para ajustarla a sus particulares concepciones.

En este terreno, hemos escogido adrede las nociones utópicas y científicas del socialismo para ilustrar la antítesis, porque no puede negarse que toda la problemática de nuestro tiempo gira en torno de la concepción socialista, materialista, de la historia, sea para afirmarla o para negarla. Y porque el examen que aspiramos a hacer de las tendencias sociales contemporáneas, parte de la noción del cambio, de la transición que, objetivamente, está ocurriendo en nuestro mundo. En el análisis y la pragmática de este cambio, las ideas socialistas asumen la principal posición crítica. Las concepciones opuestas están condicionadas generalmente por ellas. De ahí que los elementos que pretendemos reunir en este ensayo atiendan, sobre todo, a suministrar materia de reflexión y discusión a quienes analizan el proceso histórico desde esa perspectiva crítica y a quienes se sitúan en su antípoda. Aunque deseamos, también, y mucho, despertar el interés de todos aquellos que observan el cambio desde otros ángulos ideológicos. Nada está

más lejos de nuestra intención que cualquier parcialidad sectaria.

Hecha esta disgresión, sigamos con el proceso que comienza con el cambio del feudalismo al capitalismo y prosigue en nuestros días con la realización de nuevos cambios que están transformando la sociedad y marcando una rápida transición hacia formas sociales superiores.

En tiempos de Marx, el capitalismo era la única forma avanzada de producción. Su ámbito estaba reducido a ciertas naciones europeas. En otras era muy lenta la transición de las formas precapitalistas a las capitalistas. En las colonias, el capitalismo se limitaba a explotar las minas, los bosques, la agricultura, para proveerse de materias primas. Aun la producción avanzada de las grandes metrópolis era insuficiente para generalizar el consumo. La acumulación de capital no podía hacerse sino sobre la base de la explotación inhumana de la mano de obra, sobre el incremento de la *plusvalía*. El proletariado, como fuerza mundial revolucionaria, estaba en sus etapas primitivas de organización. La economía agrícola y la mano de obra agrícola seguían siendo predominantes. Los campesinos, que fueron la gran fuerza de rebelión en las guerras internas de los siglos XIV a XVI e, incluso, durante la Revolución Francesa, no estaban organizados, ni mantenían relaciones de clase con el proletariado urbano.

En el siglo y pico transcurrido desde la publicación del Manifiesto Comunista de Carlos Marx y Federico Engels, el capitalismo ha alcanzado un desarrollo fabuloso. La concentración observada por Marx ha tomado la forma del monopolio, verdaderos gigantes que dominan, a través de sus interconexiones nacionales y mundiales, los sectores decisivos de la producción, especialmente la industria pesada y extractiva.

A su vez, el proletariado ha crecido en número, organización y fuerza. Actualmente es la reserva revolucionaria que Marx convocó en su Manifiesto.

Sin embargo, el capitalismo ya no tiene la exclusividad de las formas avanzadas de la producción, ni dicta su ley al mundo entero. Unos mil millones de habitantes de la tierra viven en régimen socialista o en transición hacia el socialismo. La Unión Soviética —y, en menor grado, pero con tendencia a un rápido desarrollo, las restantes nacionalidades socialistas de Europa y Asia—, producen tantos bienes como toda la Europa capitalista y casi la mitad de los que producen los Estados Unidos.

Veamos someramente las etapas de un proceso que, prácticamente, arranca de la primera guerra mundial. En estos últimos cincuenta años, el mundo ha sufrido transformaciones estructurales que lo diferencian *cuantitativamente* del mundo capitalista en que vivieron Marx, Engels y los socialistas reformistas del siglo XIX.

1. La primera guerra mundial (1914-1918) fue la última conflagración de tal amplitud, librada entre potencias exclusivamente capitalistas. Esta guerra trastocó el equilibrio europeo, dio nacimiento a nuevas naciones formadas por el desmantelamiento del imperio austrohúngaro y otras rectificaciones territoriales, y dio origen a la implantación del socialismo en Rusia, la sexta parte de la superficie terrestre.

2. Al romperse en Rusia el eslabón más débil de la cadena capitalista, el proletariado que, según Marx, es la clase llamada a liquidar el capitalismo, adquiere *gravitación mundial*, cualesquiera sean las formas y los objetivos de la organización obrera en el resto del mundo capitalista. La otra consecuencia fundamental de la revolución rusa es que Lenin y Stalin, al oponer a la tesis de la revolución permanente de Trotski la tesis de la construcción del socialismo en un solo país, ponen en práctica los planes quinquenales de desarrollo que convierten a la Unión Soviética en la segunda potencia económica del mundo. Este hecho capital determina que el capitalismo ya no sea la única forma avanzada de producción, dueño exclusivo del intercambio y el abastecimiento en el mundo y se vea enfrentado a competir con el mundo socialista *no en el terreno ideológico*, sino en su propio terreno tradicional de *la producción y distribución de bienes para el mercado*. Ya veremos cómo este hecho no altera solamente el equilibrio mecánico de fuerzas, sino que significa un *cambio cualitativo* en la relación burguesía - proletariado.

3. La segunda guerra mundial (1939-1945) comienza siendo en apariencia otra guerra interimperialista. Pero la presencia del mundo socialista le dió, aún antes de que estallara, un carácter completamente diferente al de la primera guerra. El nazifascismo germano-italiano, aliado al militarismo japonés, había nacido con una doble connotación: por una parte, era la respuesta a la depresión económica y a la frustración nacional emergentes del tratado de Versalles y de la crisis económica mundial de la década del 30. Por otra parte, era la respuesta a la consolidación del socialismo en Rusia, que había salido indemne de las intervenciones armadas de las potencias capi-

talistas. Este doble carácter implicaba un desafío también doble: a las democracias occidentales y a la Unión Soviética. Los intereses de ambos mundos estaban igualmente amenazados por Alemania, Italia y Japón. Por eso, el ataque de Hitler a Rusia era inevitable, como era inevitable la alianza de las potencias capitalistas democráticas con la Unión Soviética.

Este hecho, el de la alianza capitalista - socialista, tampoco fue una contingencia fortuita, fruto de la reacción contra el agresor circunstancial. Fue, como se puso de manifiesto en el acuerdo entre Roosevelt, Stalin y Churchill en Yalta, una tendencia histórica hacia la convivencia —incluso la solidaridad— de las democracias occidentales con la Unión Soviética para régir, *orgánicamente*, el proceso del desarrollo democrático mundial de posguerra. No contradice esta perspectiva todo el ulterior resquebrajamiento de la alianza en el largo período de la guerra fría. Esto sí es lo contingente, lo circunstancial, el difícil y penoso acomodamiento de intereses y rivalidades para llegar a la faz práctica de la cooperación. Como también es contingente, pese a su evidente peso específico, el llamado “equilibrio del terror” nuclear, que ha impedido la guerra. Si hubiera una incompatibilidad insuperable entre las potencias capitalistas y las potencias socialistas, como sostienen teóricos de uno y otro lado, la guerra se habría impuesto fatalmente, incluso sobre cualquier consideración humanitaria o sobre el miedo recíproco. La paridad en el armamento nuclear es sólo un elemento, pero no la razón última de la convivencia, como veremos luego. Históricamente, el equilibrio de fuerzas es un hecho externo, que no explica nada. Por eso es pueril la posición de algunos marxistas y de otros que no lo son, cuando pretenden explicar la coexistencia pacífica como resultado del miedo.

4. La ciencia y la técnica, aplicadas al doble objetivo de aniquilar cuanto antes al enemigo y de evitar que éste nos aniquile, realizaron, durante la segunda guerra mundial, la paradoja de hacer una revolución que, lejos de acabar con el hombre, al aplicarse a fines pacíficos, lo redimirá de la miseria, la enfermedad y la ignorancia.

Durante un siglo y medio, el capitalismo se esforzó por crear bienes para atender a la creciente demanda de la humanidad. Mediante diversos dispositivos, operando en un ámbito reducido y sin competencia, se las arregló para proveerse de materias primas y mano de obra barata en las colonias y para equilibrar, pese a periódicas fluctuaciones y crisis cíclicas,

la oferta y la demanda. Los monopolios, actuando con instrumentos de producción que hoy son totalmente obsoletos, pudieron regular los mercados, bloquear o retardar la incorporación de nuevos inventos, repartirse mundialmente las zonas de influencia y regular los precios, todo ello bajo la égida todo-poderosa de la ley del provecho.

La civilización surgida al amparo de esta ley e impulsada por el genio y el trabajo de millones de hombres que no se benefician de ella ha creado finalmente las fuerzas expansivas que romperán la célula monopolista. El progreso tecnológico presiona y desarticula la clausura del círculo del gran capital. Lo obliga a producir sin tasa, a renovar su equipo, a adiestrar a sus trabajadores, a inundar los mercados con tal afluencia de bienes que resulta difícil manipular la competencia y los precios. La oferta supera grandemente a la demanda. Es necesario crear *consumo*. Y el consumo es la medida del poder adquisitivo de la humanidad. Ya no se trata del problema ético de la justicia distributiva, del problema del reparto entre las distintas clases sociales. Se trata del problema técnico-económico de hallar mercados crecientemente ávidos y aptos para consumir los excedentes de una producción opulenta. Se trata de adaptar los mecanismos de la producción y el consumo a las condiciones de una *era de abundancia*.

5. La segunda guerra mundial creó, junto a los instrumentos científicos de la liberación del hombre, las premisas políticas y sociales de la liberación de los pueblos sometidos. Las revoluciones nacionales de África y Asia ensanchan la comunidad libre y civilizada y contraen proporcionalmente el área del imperialismo. América Latina, políticamente independiente desde comienzos del siglo pasado, reclama su independencia económica.

Este vasto y simultáneo movimiento de liberación abarca más de un tercio de la población terrestre. Este "tercer mundo" es el receptor obligado de los esfuerzos del mundo desarrollado, capitalista y socialista, por ensanchar la capacidad de absorción de los capitales, medios de producción y bienes de consumo que las grandes naciones adelantadas ponen en circulación. No hay otra zona de esta magnitud potencial. Las zonas marginales de subdesarrollo que aún subsisten en las naciones industriales, quedarán colmadas en breve lapso. Sólo el "tercer mundo" tiene en su seno una demanda demorada que costará años satisfacer, según sea el volumen y el ritmo de la ayuda que se le preste.

Objetivamente, pues, con prescindencia de la equidad subjetiva que se invoque para prestar ayuda financiera y técnica al mundo subdesarrollado, el capitalismo y el socialismo están *forzados* a competir y a cooperar en la empresa. La experiencia actual indica que no se excluirán recíprocamente, ni serán excluidos por los pueblos beneficiados. Al contrario, la tendencia es a atraer a ambos, a darles iguales oportunidades, como ocurre en la India, en Egipto y en otros pueblos de Asia y África. El proceso de cooperación es inexorable, sea que la ayuda se preste de país a país o a través de organismos internacionales. Tarde o temprano asistiremos al acuerdo de Oriente y Occidente para la creación de cuantiosos fondos internacionales para el desarrollo del tercer mundo. El fenómeno ha tenido hasta ahora muy tímidas exteriorizaciones. La carga armamentista inhibe a ambos sectores para asignar recursos suficientes a dicho propósito. Pero el acuerdo a que se llegará, sin duda, en materia de desarme y relaciones pacíficas entre la Unión Soviética y las potencias occidentales, permitirá emprender con fuerza la tarea de industrializar las regiones atrasadas.

Se habla del peligro de un neo colonialismo, tanto capitalista como soviético, que amenazaría reeditar la antigua operación imperialista bajo formas más sutiles y suaves. De esta objeción nos ocuparemos en seguida. Por ahora estamos fijando solamente los elementos del proceso.

6. La militancia firme del Vaticano, en la persona de Su Santidad el Papa Juan XXIII; la posición francamente negociadora de Krushev y el realismo renovador y dinámico de Kennedy abren, para la consolidación de la paz y para la competencia pacífica del capitalismo y del socialismo, una perspectiva inédita, en la que no cabe la violencia extremista de uno y otro sector.

Las fuerzas de la paz son hoy más poderosas que las de la guerra, en todo el mundo. ¿Significa ésto que todo lo que ha de lograrse ha de ser una tregua armada o estaremos en presencia de una apertura firme hacia la convivencia constructiva de ambos mundos?

La respuesta puede inferirse de los otros factores que acabamos de registrar y de lo que hemos expuesto precedentemente y expondremos antes de concluir este trabajo.

De estos elementos, que hemos escogido para marcar el tránsito hacia formas avanzadas de producción social y de convivencia pacífica en un mundo en el que, a diferencia del mundo de Marx, el capitalismo y el socialismo ya no son solamente

mente extremos de la lucha de clases, sino categorías mundiales impulsadas objetivamente a competir sin agredirse, podemos extraer una síntesis, un pequeño repertorio de proposiciones que sirven de nexo conceptual a estas entrevistas:

a) Las formas sociales de las relaciones de producción capitalista son cada vez más extendidas y enfrentadas a las restricciones monopolistas. Resulta, pues, cada vez mayor la contradicción entre ellas y las formas de apropiación privada de los medios de producción en el proceso de concentración monopolista;

b) La ciencia y la técnica modernas han incrementado astronómicamente la producción, tanto capitalista como socialista. Esta abundancia de bienes determina que todas las clases sociales y todas las tendencias políticas, ideológicas y religiosas encuentren en ella la posibilidad de satisfacer sus necesidades y aspiraciones, sin que tengan que recurrir a los enfrentamientos violentos que caracterizaron el mundo de ayer, tanto en el plano internacional como en la lucha revolucionaria y social que produjo los sucesivos desplazamientos de las clases sociales en el ejercicio del poder;

c) La creciente universalización de los beneficios de la técnica y la cultura modernas crea un cerco en torno de las prácticas restrictivas de los monopolios (que detentan hasta ahora la exclusividad de tales beneficios) y permite que el conjunto de la sociedad, el conjunto de sus fuerzas productivas y de sus trabajadores, presione para quebrar el dominio monopolista, abrir nuevos mercados y satisfacer la demanda demorada de las poblaciones en vías de desarrollo;

d) La presencia del mundo socialista, por sí misma, al modificar la relación de fuerzas en el mundo, despoja al imperialismo de su agresividad y lo obliga a renunciar a la guerra y a sus colonias;

e) Esta presencia, en sociedades que reúnen a la mitad del género humano, sitúa al proletariado mundial en posición de presidir la transición hacia formas superiores de producción social, sin necesidad de expropiar por la violencia a los remanentes del capitalismo; históricamente, la revolución proletaria selló la suerte del capitalismo monopolista, en la esfera mundial, al quebrarlo en su eslabón más débil en 1917. En adelante, es la inmensa mayoría de la humanidad la que decidirá el curso de la historia y no las clases dominantes del sector capitalista;

f) La contracción y contención del capitalismo y el ingreso

Fundación Desarrollo y Política

de nuevas naciones en la comunidad internacional crea, por primera vez en la historia, una auténtica democracia en el ámbito internacional que frena la hegemonía de las grandes potencias;

g) El mantenimiento de la paz es una determinación irrevocable de la sociedad humana en su conjunto. Si la violencia ha dejado de ser la forma final de dirimir supremacías en el orden internacional y de la opresión de unos pueblos sobre otros, ni el capitalismo ni el socialismo pueden recurrir a la fuerza para someter a otros pueblos, como se ha visto en los casos de Laos y Cuba, en los cuales el enfrentamiento tuvo que resolverse por la negociación. El llamado neocolonialismo —capitalista o socialista, según el ángulo de donde parte la acusación— queda reducido a una figura polémica si carece de virtualidad, de fuerza, para ser un fenómeno real. La experiencia de nuestros días demuestra que toda forma de intervención o de dominio político de las grandes potencias sobre las naciones pequeñas es impracticable si los pueblos de estas últimas defienden su soberanía. Ejemplo: la victoria de los pueblos de Indochina sobre la intervención norteamericana. Este es un cambio *cuantitativo* en la historia del imperialismo.

h) Impedido el capitalismo de repetir la trayectoria de su expansión externa por vía de la violencia, jaqueadas las prácticas monopolistas por la creciente socialización de las relaciones de producción (reiteramos que *socialización* significa aquí las formas universales y abiertas que asume la producción capitalista cuando crecen astronómicamente sus técnicas e instrumentos productivos) y saturados sus mercados internos por una oferta de bienes que crece sin medida, el crecimiento económico de las naciones capitalistas (hoy estancado o demorado) no puede nutrirse sino de la creación y expansión de los nacientes mercados de los países atrasados. Para ello, el capital y la técnica de las grandes potencias están obligados a confluir a los países subdesarrollados con el objeto de crear un gran mercado mundial y restablecer los anchos canales del comercio multilateral;

i) Esta cooperación para el desarrollo, en la que deberán coincidir y competir las estructuras productivas y financieras mundiales, tanto del sector capitalista como del sector socialista, no puede ser sino creciente. No en virtud de consideraciones éticas, sino en virtud de que la propia dinámica del crecimiento acelerado de la productividad en las grandes na-

ciones, exige una demanda, también creciente, de los bienes producidos.

j) Las formas clásicas del imperialismo *económico* colonial no pueden reproducirse hoy porque sus necesidades son radicalmente diversas: ya no se trata de explotar colonias para proveerse de materias primas (muchas de ellas innecesarias en la era de los productos sintéticos) y mantener en esta condición de simples y primitivos productores agropecuario-mineros a los países rezagados, comprimiendo los salarios para reducir los costos. Ahora se trata de obtener *consumo* de los países rezagados. Consumo de capitales, bienes de producción, materias primas industriales y manufacturas. Pero *consumo* significa poder de compra, y poder de compra significa industrialización, formas de producción avanzadas y altos niveles de vida. Todo lo contrario del viejo esquema colonial.

Las formas clásicas del imperialismo *político*, esto es la ingerencia en los asuntos internos del país dominado, la intervención o la presión económica, diplomática o militar, son formas cada vez menos practicables frente a nacionalidades que han conquistado con sangre su independencia y frente al control internacional y el equilibrio de fuerzas que tornan difícil la agresión de los países chicos por los grandes.

Estos cambios de las formas clásicas del imperialismo, ¿son cambios formales y mecánicos o son cambios que provocan la crisis *substancial* del imperialismo?

k) Nos hallamos, pues, en el marco de la paz mundial, de la soberanía de nuevas naciones, de la conciencia democrática de la humanidad reflejada en los organismos internacionales; de la fabulosa aptitud de las estructuras productivas de realizar la era de la abundancia para todos; de la necesidad de esas estructuras de desarrollar al "tercer mundo" para que absorba sus capitales y productos; de la contracción de la hegemonía de los monopolios en los mercados nacionales y mundiales por la perspectiva de la universalización creciente de los medios productivos y la exigencia de sus poseedores de romper el dominio monopolista y participar en la expansión de la economía; de la presencia dinámica del proletariado y del socialismo en la revolución social y política del mundo; de la substitución de las tensiones de la guerra fría por las crecientes iniciativas concretas de negociación diplomática y por los esfuerzos para arribar al desarme; de la proyección que el desarme tendrá en la liberación de ingentes recursos para ser invertidos en el desarrollo de las economías atrasadas.

En este marco de convivencia pacífica, cabe preguntarse si no resulta anacrónico y reaccionario postular la violencia y el enfrentamiento como única manera de abrir paso a los anhelos de la humanidad.

Cabe preguntarse si la vigencia de la paz y la democracia, en un proceso acelerado de desarrollo económico y cultural no permitirá al socialismo contribuir a la transición hacia formas avanzadas de producción y de justicia social; y al capitalismo, evolucionar hacia idénticas metas, conservando la esencia de la iniciativa privada, en un sistema expansivo y dinámico, libre de las terribles sacudidas de las crisis y de los conflictos sociales.

Cabe preguntarse si en esta convivencia no podrán conservarse los rasgos tradicionales de cada pueblo, sus creencias religiosas, su ética, sus formas culturales. Y si el hombre no será cada vez más libre, preocupado por los problemas de llenar su ocio más que por los problemas de defender su ocupación y su salario.

Para quienes sostienen, con razón, que la vida del espíritu es la meta irrenunciable de los seres racionales, la era de la abundancia y de la convivencia democrática es el ambiente en el que la cultura y la religión pueden florecer con mayor libertad y fuerza.

Estas proposiciones pretenden surgir de un examen objetivo de las fuerzas que operan en el mundo actual. Son susceptibles de contradicción. Dejamos para el final la exposición de algunas posibles objeciones.

En el capítulo que sigue completamos el periplo de nuestro itinerario mundial, regresando al punto de partida. Veremos cómo juegan los factores examinados, en un escenario que es el nuestro y al que debemos natural devoción: la transición de América Latina y de nuestro país, la Argentina.

ENTREVISTA CON ARTURO FRONDIZI  
Y FIDEL CASTRO

Una noche de agosto de 1961, Arturo Frondizi, presidente de la República Argentina, dirigió un mensaje al pueblo por radio y televisión. Hablaba, con gesto preocupado y muestras evidentes de cansancio, sobre la cresta de una ola de críticas y de amenazas de golpe militar, suscitadas por su entrevista con el ministro de Industria de Cuba, Ernesto Guevara, quien había expresado su deseo de conversar con Frondizi respecto de las relaciones de Cuba con el resto de América.

Este hecho, corriente en las relaciones internacionales y repetido mil veces en escala mundial en las conferencias entre gobernantes democráticos y comunistas, dio pretexto a la conspiración reaccionaria para asentar un nuevo golpe a la autoridad del gobierno legítimo.

No pasaron muchos meses y esa conspiración culminó en el alzamiento militar que derrocó a un gobierno elegido por una aplastante mayoría en las urnas. Este crimen de lesa patria costó al país la crisis económica más grave de su historia.

Los sectores nacionales, vinculados al esquema agroimportador y, por consiguiente, opuestos a la industrialización, conspiran en asociación con dos grupos afines extranjeros: ciertos intereses europeos, sobre todo británicos, que luchan por conservar la "granja" argentina, y ciertos círculos belicistas y monopolistas norteamericanos que prefieren tener en nuestros países dictaduras títeres antes que gobernantes patriotas y amigos sinceros de los Estados Unidos, pero de cuya docilidad desconfían. Estos sectores tuvieron nexos orgánicos bien establecidos con los dirigentes de las Fuerzas Armadas y, especial-

mente, con los servicios de inteligencia militar, que son órganos activos de guerra sicológica en la política interna de la República.

En el discurso de Arturo Frondizi que recordamos, el presidente argentino defendió la autonomía de Cuba para realizar el esfuerzo de desarrollo por la vía escogida por su pueblo. Pero señaló que la Argentina seguía un camino diferente. En efecto, Cuba, un país agrario, cuya economía descansa en el azúcar y el tabaco —dos productos de plantación— y dependiente, interna y externamente, de monopolios extranjeros, con niveles de vida típicos de este tipo de explotaciones agrarias extensivas, con una oligarquía local fuertemente atada a intereses norteamericanos y una dictadura militar que sostén esa estructura, tenía que explotar en una revolución como la que dirigió Castro.

El curso ulterior de ese movimiento fue, como se reconoce universalmente, fruto de la hostilidad externa más que de la voluntad inicial de sus líderes. En la medida en que Cuba dejó de ser objeto de esas presiones (cuya reacción natural para Castro fue la de buscar apoyo en la Unión Soviética, con lo que situó a su país en la coyuntura de la guerra fría), el pueblo antillano estará en libertad de promover su desarrollo económico conforme a su propio estilo de vida, que puede ser socialista si así le conviene, pero ya no será una respuesta a condiciones extrañas, sino producto de su elección.

Hechos recientes, entre ellos la declaración de Castro de que sería deseable una conferencia entre Kennedy, Jruschov y él mismo, declaración que sugestivamente emerge de su visita a Moscú, permiten suponer que no está lejano el día en que los Estados Unidos y Cuba resuelvan su entredicho.

Las tendencias universales hacia la coexistencia pacífica y la conveniencia de Cuba de romper su aislamiento para beneficiarse del indispensable aporte de la cooperación financiera internacional, son circunstancias que favorecen tal hipótesis.

A este respecto, la posición argentina en el conflicto de Cuba, fue inequívoca desde las primeras escaramuzas del pleito. Ya en un artículo de Rogelio Frigerio, publicado en la revista *Argentina en Marcha* el 15 de julio de 1960, se vaticinaba el arreglo pacífico de la controversia. En esta época, la reacción internacional y los círculos opositores al gobierno argentino calificaban de "apaciguamiento" y "castrismo vergonzante" al criterio que años más tarde adoptaría el presidente Kennedy. Decía Frigerio:

"Fuera del factor personal que cubre exageradamente la información periodística, no hay duda de que el episodio cubano es propio de las contradicciones que genera el subdesarrollo y que se proyectan en la superficie político-social.

"Por nuestra parte, pensamos que el *pleito se resolverá por la vía normal de la negociación* y que Cuba encontrará solución a sus agudos problemas a través del establecimiento en su territorio de un orden jurídico que participe de las reglas generales del juego internacional. La transición, apoyada en la plena vigencia de la ley para el régimen interno y para las relaciones internacionales, restablecerá la armonía en el mapa de América.

"Pero esta solución, sin duda la más conveniente, no remedia las dramáticas contradicciones que suscita el subdesarrollo. Restablece, en cambio, la situación preexistente y allana el camino hacia el encuentro con la solución.

"Cuba y Argentina constituyen los dos ejemplos sobresalientes de América Latina.

"*Cuba*: Para desenvolverse social y económicamente deberá someterse al dictado del bloque socialista y sólo alcanzará los límites que le trazan sus escasas posibilidades. Unicamente el orden democrático interno, la disciplina social y la convivencia respetuosa y pacífica la salvarán de su actual encrucijada.

"*Argentina*: Está ya en vías de su desarrollo con sus propias fuerzas económico-sociales. Las condiciones son:

- a) si mantiene la unidad como nación;
- b) si desarrolla la siderurgia, la quimiurgia, la hidroelectricidad;
- c) si en este proceso están presentes los trabajadores."

Como señala Frigerio, la Argentina emprende la lucha por el desarrollo económico en condiciones muy diferentes a las de Cuba. Es un país con una industria liviana que cubre las necesidades del consumo interno, con una economía agropecuaria diferenciada y en manos de grandes, medianos y pequeños empresarios, con una burguesía nacional independiente de los monopolios extranjeros (con excepción de algunas grandes empresas que no configuran el panorama general de la industria) y con un proletariado urbano y rural sólidamente protegido por leyes y sindicatos poderosos.

No obstante estas diferencias, que explican el camino revolucionario de Cuba y el camino evolutivo de la Argentina, los problemas de fondo, estructurales, son idénticos, en sus líneas

universales, en ambas naciones. Las características del subdesarrollo, que enumeramos antes, se aplican a todo el "tercer mundo", con las lógicas diferencias de grado y amplitud.

El objetivo común de todas estas naciones es explotar sus recursos naturales (mineros, agrarios, energéticos) e industrializarse sobre la base de una plataforma mínima de industria pesada.

Que el marco político sea algún tipo de régimen socialista o el régimen capitalista depende de circunstancias históricas y geopolíticas. Pero la estrategia de los planes económicos no varía en una u otra de esas variantes políticas. Cabe preguntarse si su ejecución pacífica y evolutiva (en el caso específico de América Latina), en el cuadro de la cooperación internacional es, objetivamente, menos onerosa y puede culminar más pronto que si se emprende la vía de la violencia.

El caso de Cuba es ilustrativo. Forzada por las circunstancias a expropiar violentamente a los monopolios y a los terratenientes, incapaz de transformar su primitiva estructura económica sin la intervención masiva de capitales (el ahorro nacional —aunque se llevase a niveles de hambre el consumo popular, cosa que Castro no puede hacer en Cuba por múltiples razones— es totalmente insuficiente para financiar siquiera las obras y servicios más imprescindibles), ha tenido que fincar todo su plan de desarrollo en la ayuda soviética y de las democracias populares. Esta ayuda no puede llegar a Cuba en la magnitud y celeridad necesarias, por varios motivos, entre ellos porque el mundo socialista no está aún en condiciones de hacerlo en circunstancias en que debe financiar primariamente (por explicables razones geopolíticas) su zona de influencia inmediata, o sea, los propios países socialistas de su periferia y las naciones socialistas de Asia y, además, porque en el contexto de la política de la URSS de arribar a un *modus vivendi* estable y constructivo con los Estados Unidos, no le interesa disputar a éstos un punto tan vital para la seguridad norteamericana como es Cuba. El acuerdo entre Kennedy y Krushev, promovido por el Papa, sobre el retiro de la coherencia soviética a cambio de que los Estados Unidos cesen su intervención directa o indirecta en Cuba, está en pleno vigor, como lo demuestra el retiro del patrocinio norteamericano a los exiliados cubanos en los Estados Unidos, y como lo demuestra la inesperada apertura, hecha desde Moscú por Castro, hacia una negociación con Kennedy.

Por otra parte, el arreglo del diferendo entre Cuba y los

Estados Unidos nunca fue descartado por ambas partes. El doctor Ernesto Guevara, jefe de la delegación de Cuba a la Conferencia de Punta del Este (agosto de 1961), en la sesión plenaria del día 8, pronunció un importante discurso en el que, después de denunciar los intentos de invasión de la isla, aludió el programa de Alianza para el Progreso en estos términos:

"No; nosotros no venimos en esa forma, nosotros venimos a trabajar, a tratar de luchar en el plano de los principios y de las ideas, para que nuestros pueblos se desarrollen, porque todos o casi todos los señores representantes lo han dicho: Si la Alianza para el Progreso fracasa, nada puede detener la ola de movimientos populares; y nosotros estamos interesados en que no fracase en la medida que signifique para América una real mejoría en los niveles de vida de todos sus doscientos millones de habitantes. Puedo hacer aquí esta afirmación con honestidad y con toda sinceridad.

"Nosotros hemos diagnosticado y previsto la revolución social en América, la verdadera, porque los acontecimientos se están desarrollando de otra manera, porque se pretende frenar a los pueblos con bayonetas, y cuando el pueblo sabe que puede tomar las bayonetas y volverlas contra quien las empuña, ya está perdido quien las empuña. Pero si el camino de los pueblos se quiere llevar por este desarrollo lógico y armónico por préstamos a largo plazo, con intereses bajos, como anunció el señor Dillon, a cincuenta años de plazo, también nosotros estamos de acuerdo."

No registraremos aquí todos los elementos de la discusión teórica sobre si la transición del subdesarrollo al desarrollo pueden hacerla estos países dentro del marco del sistema capitalista y con ayuda financiera de organismos internacionales y fondos privados norteamericanos y europeos, o si es mejor reproducir el ejemplo cubano. Esta discusión es tan fútil como la que se plantea cuando se enfrentan los avances materiales hechos por China y la India en Asia y se pretende deducir de esa comparación una ventaja abstracta de un sistema sobre otro. Es evidente que mediaron muy diversas condiciones históricas para que China realizara su revolución nacional con la conducción del partido comunista y la movilización de las masas campesinas, y la India obtuviera su independencia apoyándose en un partido democrático de centro-izquierda y en la burguesía y la clase media del país.

Igualmente, es preferible dejar sentado que Cuba y la Argentina representan dos casos históricamente diversos en el

proceso latinoamericano, pero ambos son típicos de la lucha de nuestros pueblos por adquirir su autonomía económica.

Cuba, por mucho que lo repitan los ultraconservadores de los Estados Unidos y de nuestros ambientes, no es un invento soviético, ni una punta de lanza de la penetración comunista en América, como querían hacernos creer sectarios de derecha y de izquierda. La revolución cubana es tan genuinamente criolla como fue la boliviana en su hora o como es la revolución argentina que, con caracteres diametralmente diversos, se está operando en nuestro pueblo desde hace treinta años y culminó con el programa y la acción del gobierno de Frondizi.

Hemos concebido esta entrevista con Castro y Frondizi, precisamente para situar el caso cubano y el caso argentino en la misma perspectiva, aunque el primero se canalice por vías ideológicas y políticas completamente opuestas a las escogidas por el segundo.<sup>1</sup>

Lo importante, lo decisivo, en ambos casos, es preservar y defender el derecho de nuestros pueblos a su autodeterminación y reconocer que su emancipación genuina no se logrará sino por vía del desarrollo de los sectores básicos de sus economías.

Toda la retórica verbal que quiere inflamarnos en una polémica a favor o en contra de Cuba, favorece las soluciones catastróficas, arma el brazo agresor, provoca la reacción irracional de los enemigos de la autodeterminación de nuestras naciones.

Por eso cabe señalar como un ejemplo la actitud serena y objetiva del gobierno argentino de Frondizi en esta cuestión. No se dejó provocar ni por los insultos que el propio gobierno cubano y sus corifeos argentinos le prodigaron, ni por las violentas acusaciones de "fidelismo" que se encargaban de difundir los servicios de inteligencia y la prensa y partidos reaccionarios. Ubicó certeramente el caso cubano como un fenómeno explosivo de una situación común a todos nuestros países: el subdesarrollo. Y arriesgó una y otra vez la suerte de su gobierno para

<sup>1</sup> Nota de la 2<sup>a</sup> edición: Aparte de los métodos, algo fundamental distingue la experiencia de Castro de la Frondizi: mientras este último orientó su gobierno hacia el cambio de estructuras productivas y hacia la creación de la industria de base, Castro no ha intentado transformar fundamentalmente la economía agraria de Cuba.

defender el principio americano de no intervención, incluso en vísperas de que la presión militar lo obligara a romper relaciones con Cuba.

Nuestras izquierdas, nuevamente, dirigieron sus fuegos contra esta última actitud, que era contingente y forzada, y no apoyaron la posición de fondo, que era permanente y que dejó trazos indelebles en el derecho interamericano en el voto argentino en Punta del Este. Esta inmadurez de nuestras izquierdas para distinguir entre la sustancia de los procesos y sus transitorias debilidades, demuestra la absoluta carencia de una elaboración teórica del fenómeno nacional y latinoamericano en sus dirigentes; incluso en sus actitudes tácticas se evidencia constantemente el desconocimiento de las relaciones de fuerza, las perspectivas prácticas de la acción, los métodos eficaces de lucha. Esto se traduce en reiteradas derrotas cuyas consecuencias sufren el movimiento obrero y el pueblo, y de las que sale fortalecida la reacción.

Toda América Latina está en proceso de transición, puesto que los hechos económicos y sociales, con su inexorable fuerza, determinan la crisis de la estructura agroimportadora y la necesaria evolución hacia nuevas formas de producción e intercambio.

En ninguno de nuestros países, ni en el resto del mundo subdesarrollado, sin embargo, se ha elaborado con mayor precisión y rigor científico una doctrina de dicha transición, como en la Argentina. Doctrina que ha sido formulada y difundida por el Movimiento que dirigen Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio.

Esta amplia teoría del tránsito hacia el desarrollo se fija las mismas metas que son comunes en la doctrina económica del crecimiento y que se resumen en un solo concepto: *industrialización*.

No obstante, es original en cuanto no se limita a analizar los objetivos y la metodología del desarrollo como fenómeno económico puro, en cuyo caso tampoco podría innovar respecto de la abundante literatura técnica en la materia, sino que sitúa el proceso en función de sus coordenadas políticosociales universales y nacionales. En tal sentido, es una teoría histórica de la transición hacia el crecimiento económico, en el cuadro de tres grandes contradicciones contemporáneas, a saber:

1. La contradicción entre países desarrollados y subdesarrollados.

2. La contradicción entre el mundo capitalista y el mundo socialista.
3. La contradicción de clases y sectores en la sociedad nacional.

Esta elaboración teórica, cuyas premisas y proposiciones principales esbozaremos en seguida, comenzó hace más de veinte años en un reducido núcleo del que formaba parte Frigerio, que se puso a la tarea de sistematizar los datos de la realidad histórico-político-social del país y que produjo un primer e importante ensayo en un libro de Carlos Hojvat.<sup>1</sup>

Ya en esa obra, se definía claramente la concepción de la unidad en la lucha por construir la Nación, que habría de ser el pivote de la doctrina de la Integración Nacional. Decía Hojvat:

"Independientemente de la función social que desempeñe, la clase a que pertenezca y los privilegios que goce, cada hombre y cada mujer argentinos deben tener como norte de su actividad diaria la existencia del país como Nación.

"Para ese propósito, con la reestructuración del Estado Nacional y la difusión de la cultura que de rasgo descollante a la psicología nacional; con la efectividad de la vida económica en común, el libre y eficiente desarrollo de las ideas, las religiones y las ciencias y la unión colectiva de los países que propugnen el mismo sentido en sus políticas nacionales, se destrabarán la economía de la dependencia exterior y se la colocará sobre los rieles de un nuevo desenvolvimiento ordenado y mutuo con las economías de dichos países, concurriendo al acrecentamiento de la economía universal.

"En definitiva, la Nación desempeñará funciones de país independiente por la calidad y no por el peso de su economía."

Pero esta labor de recopilación y análisis de datos alcanzó vigencia y militancia política solamente en el período 1955-1958, cuando el grupo de la revista *Qué*, aludido en el primer capítulo, se consagró a elaborar el programa de un movimiento nacional que acabaría por crear y coordinar el frente electoral que llevó a Frondizi al gobierno. La acción de ese grupo en el poder y su experiencia concreta en la lucha contra las

<sup>1</sup> Geografía económico-social argentina. *¿Somos una nación?*, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1947.

estructuras caducas se reflejaron ulteriormente en una abundante bibliografía en la que es menester incluir la extraordinaria literatura programática y polémica del presidente Frondizi.<sup>1</sup>

El programa nacional que Arturo Frondizi ejecutó en el gobierno gira en torno de tres tesis fundamentales, emergentes de las tres contradicciones apuntadas:

1. El desarrollo económico del tercer mundo es un proceso necesario e inevitable, tanto para los países rezagados como para los países industriales, en la era de la superproducción y abundancia.

2. El equilibrio de fuerzas y la dinámica de la competencia entre el sector capitalista y el sector socialista, al abolir la guerra, libera, en ambos sectores, recursos que no tienen aplicación sino en el desarrollo de las zonas marginales del propio mundo desarrollado y de las regiones atrasadas del resto de la tierra.

<sup>1</sup> RAFAEL ALVAREZ: *El señor Notta, mano zurda de la oligarquía*. ALFREDO ALLENDE: *Historia de una gran ley. El sindicalismo nacional y la ley de Asociaciones Profesionales*. EDUARDO CALAMARO: *La comunidad argentina*. CARLOS CÉSPEDES: *América descubre la realidad argentina*. DARDO CÚNEO: *Las nuevas fronteras*. CARLOS A. FLORIT: *Política exterior nacional; Las fuerzas armadas y la guerra psicológica*. ROGELIO FRIGERIO: *Las condiciones de la victoria; El desarrollo argentino y la comunidad americana; Los cuatro años* (prólogo de Arnaldo T. Musich); *Crecimiento económico y democracia; Los trabajadores y el frente nacional; Estatuto del subdesarrollo; La integración regional instrumento del monopolio*. ARTURO FRONDIZI: *Industria argentina y desarrollo nacional; La conspiración reaccionaria y los objetivos del pueblo argentino; Europa y el desarrollo argentino; La política exterior argentina* (prólogo de Dardo Cúneo); *Política económica nacional* (prólogo de Jorge Bullrich); *Petróleo y Nación; El movimiento nacional; Fundamentos de su estrategia*. CARLOS HOJVAT: *Geografía económico-social argentina. ¿Somos una nación?* FÉLIX LUNA: *Diálogos con Frondizi*. MARCOS MERTCHENSKY: *Las corrientes ideológicas en la historia argentina*. MARIANO MONTEMAYOR: *Claves para entender un gobierno*. ARNALDO T. MUSICH: *La política económica argentina y su proyección internacional*. ISIDRO J. ODENA: *La intervención ilegal en Santo Domingo*. RAMÓN PRIETO: *El pacto; Correspondencia Perón-Frigerio; De Perón 1955 a Perón 1973*. JUAN JOSÉ REAL: *30 años de historia argentina*. ROBERTO RISSO PATRÓN: *El agro y la cooperación internacional*. ARTURO SÁBATO: *Historia de los contratos petroleros*. VICTORIO SÁNCHEZ: *Cultura nacional o cultura liberal. La batalla por la ley de enseñanza libre*. BLANCA STÁBILE: *La mujer y la integración nacional*. EMILIO VARGAS: *Frigerio y la integración nacional*. JUAN OVIDIO ZAVALA: *La batalla del riel. Los ferrocarriles como lastre o motor del desarrollo nacional*.

3. La liberación del atraso y la conquista de los grandes objetivos de legalidad, paz social y desarrollo económico constituyen una tarea solidaria y unitaria de todos los sectores de la vida nacional y coinciden con los intereses parciales de cada uno de ellos.

La *primera tesis* puede, entonces, formularse así:

La relación imperialista-colonial del pasado sufre un cambio fundamental. En lugar de basarse en la sujeción de las economías de las zonas rezagadas, constreñidas a producir alimentos y materias primas para los centros industriales, con los consiguientes bajos niveles de vida de sus poblaciones, la *nueva relación* se basa en la conversión de esas economías primitivas en economías avanzadas, con el objeto de ensanchar el mercado mundial consumidor. Incluso, la necesidad de retener a los países atrasados en su condición agrominera cede ante el hecho de que ya no es fundamental —y lo será menos en el porvenir— mantener y acrecentar el abastecimiento de muchas materias primas industriales (caucho, minerales, salitre, seda natural, lana, algodón, fibras, cueros) que han sido sustituidas total o parcialmente por productos similares de laboratorio.

Este cambio *cuantitativo* en la relación países industriales-países atrasados equivale a desarrollar en estos últimos formas sociales de producción típicas de los países adelantados, lo cual, a su vez, determina fatalmente cambios progresistas en la estratificación social, la aparición de una clase proletaria dotada de todos los elementos histórico-políticos del proletariado mundial y la conformación de democracias nuevas, con profundo carácter nacional, que no nacen en el siglo XIX, sino en una coyuntura mundial definida por los elementos dinámicos que apuntalan su soberanía efectiva: *la supresión de la guerra* como medio de dirimir supremacías y como ámbito potencial de violencia para oprimir a otros pueblos, y la *paridad de fuerzas* entre el capitalismo y el socialismo, como salvaguarda de la autodeterminación de los pueblos (los casos de China, Corea, Cuba, Indochina, Egipto —conflicto del canal de Suez—, Argelia, etc., demuestran que ninguna potencia mundial está en condiciones de avasar la soberanía de las pequeñas naciones en una comunidad internacional en la que la composición democrática de las Naciones Unidas, que se refleja en el consenso universal, descansa en la presencia y el voto de una *mayoría* de estados defensores de la paz y la convivencia pacífica).

Carece, pues, de vigencia la objeción de quienes sostienen

que estamos en presencia de un cambio simplemente *formal* y alegan que la industrialización de los países rezagados, en caso de que fuera ayudada por las potencias imperialistas, encubriría simplemente una nueva sujeción de esos países a los grupos financieros e industriales extranjeros que exportarían a ellos sus capitales e instalaciones y reexportarían las ganancias.

La industrialización del tercer mundo —sobre la base de la creación de la industria pesada y dentro del contexto de la política mundial de equilibrio de fuerzas y de coexistencia— armará radicalmente a estos países contra la dominación imperialista.

El ingreso de capital y de empresas industriales extranjeras —aplicados a desarrollar los recursos básicos, la siderurgia y la gran industria— transforma la estructura económica del país, lo capitaliza, promueve la formación de ahorro interno, crea necesariamente la proliferación de industrias locales subsidiarias y complementarias, incrementa la demanda de brazos y eleva, por consiguiente, los salarios, nutre y ensancha el mercado interno y, al hacerlo, crea condiciones favorables para que el capital exterior reinvierta en el país sus utilidades; las ganancias que se reexporten, pueden gravitar a corto plazo en la balanza de pagos, pero este drenaje se compensa inevitablemente a largo plazo a medida que la industrialización se traduce en mayor capacidad exportadora (la agricultura, base del comercio exportador, sólo puede tecnificarse e incrementar su productividad con una base industrial que le provea los insumos tecnológicos necesarios).

En otras palabras, este proceso es exactamente la antípoda de la vieja relación colonial, que consistía en la perpetuación del atraso económico y la pauperización social de nuestros países. Ningún economista serio, ningún partido que se nutra en la doctrina del socialismo científico, podrá sostener que estos cambios son puramente formales.

En su obra *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, Lenín se refiere a la transición del precapitalismo al capitalismo en Rusia, como fenómeno positivo, y dice:

“Todas estas tesis del marxismo han sido demostradas y analizadas con todos los detalles, tanto en general como especialmente con respecto a Rusia. Y de estas tesis se deduce que constituye una idea *reaccionaria* buscar la salvación de la clase obrera en algo que no sea el ulterior desarrollo del

capitalismo. En países tales como Rusia, *la clase obrera sufre no tanto del capitalismo como de la insuficiencia del desarrollo de este último.*

“Por eso, la clase obrera está *absolutamente interesada* en el desarrollo más vasto, más libre, más rápido del capitalismo. Es, indudablemente, *beneficiosa* para la clase obrera la eliminación de las viejas reminiscencias que entorpecen el desarrollo amplio, libre y rápido del capitalismo...” (El subrayado es nuestro, I. J. O.)

Puede contrastarse esta tesis con las actitudes de ciertos partidos revolucionarios que, en vez de ocupar su lugar en la lucha *nacional* por el desarrollo reeditan las viejas consignas clasistas y rechazan toda posibilidad de transición del subdesarrollo hacia el desarrollo dentro de la democracia, la acción pacífica y la transformación de formas de producción precapitalistas en formas capitalistas modernas. Aun desde el ángulo dogmático en que ellos se colocan, habría que contestarles con estas palabras de Luigi Longo, dirigente comunista italiano:

“La validez de las reivindicaciones y de las soluciones propuestas por los comunistas no puede medirse por su mayor o menor distancia de las soluciones socialistas. Sólo unos sectarios y unos charlatanes pueden adoptar tal criterio de medida.”<sup>1</sup>

En un artículo firmado por otro comunista italiano, Giorgio Améndola, que se refiere a la acción del proletariado italiano en la lucha nacional, leemos estos párrafos, que traducimos:

“El interés nacional (y este concepto debe ser refirmado en todo su significado) exigía, en el país, el tránsito del estado preindustrial al estado industrial-agrario. La lucha llevada a cabo por la clase obrera debía estimular, controlar, organizar esta transformación y hacer que ella se convirtiera en una modificación estructural de la sociedad.”<sup>2</sup>

Améndola sigue haciendo el análisis del desarrollo capitalista en Italia como un hecho positivo, fruto de la democratización de la nación y de la unidad nacional después del fascismo y señala que el período de mayor estancamiento de la economía italiana se produjo, precisamente, bajo el fascismo.

Y dice que las acciones políticas del movimiento obrero en la etapa de la transición del precapitalismo al capitalismo “deben corresponder a las necesidades objetivas de la sociedad, no solamente a consideraciones subjetivas, políticas o ideológicas”. Y que en esa etapa, “es importante el crecimiento del conjunto de las fuerzas productivas, del producto y de los beneficios, para pasar de una política de *statu quo* y de inmovilidad a una política de acción, es decir, al aumento cuantitativo de la producción, a encarar el proceso de acumulación capitalista en sentido cada vez más dinámico, tendiente a ensanchar los mercados interiores y exteriores”. Y termina insistiendo en que el papel de la clase obrera en la etapa de transición aludida es “promover una línea general de desarrollo económico para la nación entera”. No se trata, agrega, de “instaurar un régimen de clase, que entraña la eliminación de los propietarios, sino asegurar la gestión económica en interés de la colectividad nacional”. Es “una política unitaria y nacional, teniendo en cuenta exclusivamente el interés general de la colectividad de que somos miembros, que se llama Italia”.

Habría que remarcar aquí que estas reflexiones se aplican a un país industrial, ya evolucionado, integrante de la sociedad capitalista europea. Cuánto más deberían aplicarse entonces a los países rezagados, que recién comienzan a desarrollar su producción y su integración nacional.

En contraste con la posición sectaria de los extremistas de derecha y de izquierda que preconizan en la Argentina la toma violenta del poder (el nacionalismo trotskista y el nacionalismo fascista, a través de un golpe militar y el comunismo a través de “la acción de masas hacia la conquista del poder”, según el lema del último congreso del partido comunista argentino (febrero-marzo de 1963), el Movimiento de Integración Nacional plantea el problema de la transición del subdesarrollo al desarrollo como una empresa unitaria de *toda* la nación en el marco de la legalidad democrática sin restricciones ni discriminaciones. Para precisar esta tesis bastará con transcribir los siguientes conceptos de Rogelio Frigerio, publicados en su libro *Las condiciones de la victoria* (Buenos Aires, 1959).

Respecto de la función de los empresarios en la lucha por el desarrollo, dice:

“El desarrollo de una industria requiere un concurso de factores favorables:

“a) Mercado local en ascenso;

<sup>1</sup> Revista Internacional, 1963, N° 2.

<sup>2</sup> Les temps modernes, setiembre-octubre 1962, París, pág. 673.

- "b) Efectiva protección contra la competencia extranjera;
- "c) Maquinarias a precios económicos;
- "d) Financiación;
- "e) Materias primas y condiciones técnicas;
- "f) Seguridad jurídica y efectiva protección que no dependa del capricho de un funcionario, ni del cambio intempestivo de disposiciones administrativas, régimen impositivo, etc.

"La economía nacional no puede suministrar las condiciones señaladas si no rompe con las trabas colonialistas y crea las industrias básicas: petróleo, petroquímica, siderurgia, maquinarias y química pesada.

"El ahorro nacional no permite la promoción de esas actividades fundamentales al ritmo que exige la economía argentina para cumplir esta etapa de su desarrollo. Los crecientes déficit y la imposibilidad de manejar los mercados internacionales para lograr precios adecuados a nuestros productos de exportación, obligan a recurrir a la ayuda de capital extranjero que en el más breve plazo y con la fuerza de su alto nivel técnico, colabore en la creación de las industrias básicas.

"Esto no quiere decir que el capital extranjero venga a competir con la industria nacional. Antes bien, es esencial proteger todo el esfuerzo industrial argentino, evitando que los monopolios traben a nuestros empresarios, técnicos y trabajadores, frenando el desarrollo nacional.

"La incorporación de capitales extranjeros, tal como se viene haciendo, se concibe en función de las necesidades de la economía nacional y con el objeto de expandirla. Constituyen factores de progreso, de mayor abundancia, fortaleciendo la capacidad de autodeterminación en relación con las grandes potencias.

"El país entra en una etapa en la que trabajadores y empresarios, dentro de la unidad *empresa*, poseen un interés común: el desarrollo de la economía nacional.

"Es necesario, por lo tanto, mantener y fortificar la unidad "empresario - trabajadores" para que se transforme en el centro de interés diario y permanente de los dos polos de la producción y el desenvolvimiento de la economía nacional.

"Hasta ahora, desgraciadamente, esa relación se ha establecido en términos sobre todo antagónicos. Pero sería un profundo error suponer que esa contradicción pueda ser superada por la violencia.

"Pretender que los inevitables conflictos generados entre

empresarios y trabajadores deban ser necesariamente dirimidos por la fuerza, es un grave error que sólo favorece al capital colonialista. Toda tendencia a la forma cruenta o violenta, tiende inexorablemente a deteriorar las posibilidades de los argentinos y a incrementar las de los enemigos de la Nación.

"Las tentativas de cercenar los derechos de los trabajadores, entorpecen la verdadera formación y conciencia de la mano de obra que debe aplicarse a las técnicas modernas, porque el obrero ya no es más un simple tornillo de la maquinaria de la producción.

"El diálogo entre empresarios y trabajadores es imprescindible, no sólo para la propia relación laboral y la eficacia del proceso productivo, sino para el completo desarrollo nacional" (págs. 123 y 124).

La *segunda tesis* se funda en la contradicción entre el sector capitalista y el sector socialista mundiales, y puede formularse así:

Esta contradicción, que marca y marcará por cierto tiempo el desarrollo de la sociedad humana hacia formas superiores de vida, *no puede resolverse por la guerra*. El "equilibrio del terror" como factor negativo para disuadir a los sectores agresivos, por una parte, y la necesidad objetiva que tienen ambos bloques de concertar una política que conduzca al desarme y libere recursos para invertirlos en los fines pacíficos del crecimiento económico conducen inexorablemente a la política orgánica y estable de la convivencia.

En ocasión de la visita de Jruschov a los Estados Unidos, el entonces senador John F. Kennedy, en el discurso que hemos comentado en el capítulo cuarto, enumeró los puntos en que coinciden los intereses de los Estados Unidos y de la URSS:

"*Primero*. Tanto a los Estados Unidos como a la URSS les gustaría verse libres del agobiador peso de la carrera de armamentos. Preferiríamos mucho más emplear esos recursos en la tarea de desarrollar la nuestra y otras naciones, de elevar nuestro nivel de vida y de mejorar la educación, el estado sanitario y la construcción de viviendas.

"*Segundo*. Ni los Estados Unidos ni la URSS desean una guerra nuclear. Ninguno de los dos países quiere prender el fuego que podría destruir nuestra actual civilización antes de que las llamas pudieran ser totalmente extinguidas. Esa sería una guerra que no dejaría una Roma intacta, sino dos Cartagos destruidas. Y en ambos países se requerirían los esfuerzos de

una o más generaciones para recuperar el progreso económico, social y cultural.

*Tercero.* Ni los Estados Unidos ni la URSS desean que las armas nucleares, o la capacidad de iniciar una guerra nuclear, pasen a manos de muchas otras naciones: a China comunista, Francia, Suecia y una serie de otros países, que en estos momentos se preparan para incorporarse al club atómico.

*Cuarto.* Ni los americanos ni los rusos desean respirar aire radiactivo. En ambos lados de la cortina de hierro, en todos los continentes del mundo, respiramos la misma atmósfera, y por ello no queremos que quede contaminada a causa de un exceso de pruebas nucleares.

*Quinto.* Las dos naciones se esfuerzan en dar un fuerte impulso a su economía y a sus logros científicos, y ambas se beneficiarían grandemente con un mayor intercambio de bienes, ideas y contactos personales entre nuestras dos naciones.<sup>1</sup>

Esta política de convivencia ha sido ratificada por Kennedy desde la presidencia de su país y se ha exteriorizado en los acuerdos sobre Laos y Cuba; en la oposición de Kennedy al armamentismo nuclear de Francia y de otros miembros de la NATO; en las tesis conocidas de Jruschov en su polémica con los comunistas chinos; en la firme adhesión de los gobiernos de "democracia popular" hacia esas tesis; en la propuesta latinoamericana de preservar a América Latina de todo preparativo nuclear; en la presión creciente ejercida por el mundo no comprometido en el seno de las Naciones Unidas en favor de la paz y el desarme; en los programas de ayuda económica al exterior que, desde el fin de la segunda guerra han puesto en ejecución tanto Oriente como Occidente, entre ellos la Alianza para el Progreso del presidente Kennedy.

El ulterior afianzamiento y desarrollo de la política de coexistencia significará, para los países que luchan por su liberación nacional y su desarrollo económico, estas dos consecuencias importantísimas:

a) Al disminuir la tensión entre Oriente y Occidente y al evolucionar esas relaciones hacia la cooperación en lugar del enfrentamiento, desaparecerá la necesidad —hasta hoy congruente con la estrategia de la paz armada— de subordinar la

<sup>1</sup> JOHN F. KENNEDY, *Estrategia de la paz*, Ed. Plaza & Janes, S. A., Barcelona, 1961.

ayuda económica al llamado "satelismo" político, reflejado en la presión para suscribir alianzas militares, para recibir ayuda militar en lugar de ayuda económica, e, incluso, para participar en acciones de guerra o en operaciones de presión política, como ocurrió en el caso de Corea y, recientemente, en el bloqueo de Cuba.

b) Al proscribirse la guerra, nuevos e ingentes recursos financieros y técnicos quedarán disponibles para ensanchar la capacidad productiva e incrementar la productividad de ambos sectores. Nacerá la emulación para exportar bienes de producción y mercancías hacia nuevos mercados, porque no puede presumirse, conforme a la dialéctica más elemental, que el crecimiento socialista, que es de la esencia de su doctrina, no provoque en el mundo capitalista la necesidad impostergable de alcanzarlo y superarlo. Excluido al sector de los gastos bélicos, cabe preguntarse hacia dónde se canalizarán esos bienes, sino hacia la elevación de los niveles de vida de las zonas marginales y aún insatisfechas dentro de las propias fronteras del mundo desarrollado y, simultáneamente, hacia la creación de modernas formas productivas y sociales en el mundo subdesarrollado.

Sobre el particular, Rogelio Frigerio, en su libro *Crecimiento económico y democracia* (Ed. Losada, Buenos Aires, 1963), afirma:

"Descartada la prolongación indefinida de la guerra fría y la imposibilidad de desatar una guerra de exterminio, la opinión más esclarecida de Occidente, inclusive vastos sectores empresarios, demuestra su creciente preocupación por crear factores estables e independientes de la economía semibélica, que hasta ahora subsiste, capaces de asegurar el crecimiento ininterrumpido del mundo democrático.

"Puesto que la capacidad productiva y el nivel tecnológico permiten satisfacer la mayor demanda, el problema se reduce a crear y sostener esta demanda al nivel de la oferta.

"La respuesta no puede ser otra que desarrollar las zonas marginales y redistribuir el ingreso, no solamente en los centros —que ya registran altos niveles de vida, pero pueden elevarlos aún más—, sino en las regiones subdesarrolladas incluidas en su esfera. El desarrollo económico de las regiones rezagadas, al elevar la capacidad adquisitiva de sus pueblos, ensanchará los mercados de consumo de los productos industriales de las grandes potencias: máquinas-herramienta, medios de transporte

y comunicación, plantas energéticas, manufacturas, equipos de alta calidad, etc.

“Para que se cree y expanda esta demanda, los países subdesarrollados necesitan la cooperación financiera y técnica del capital internacional aplicadas al desarrollo de su industria pesada, sus fuentes de energía y sus comunicaciones. Solamente en el cumplimiento acelerado de este proceso podrán revertir su posición deficitaria en el comercio exterior y convertirse en clientes solventes de los grandes centros.

“La experiencia universal demuestra que es un error estimar que el desarrollo económico de las regiones rezagadas desalojará los productos que ahora importan del exterior. A largo plazo, no hay mejor cliente de las potencias industriales que otra nación industrial, como lo confirma el intercambio norteamericano-canadiense, norteamericano-europeo y el de los países europeos entre sí.” (págs. 67 y 68)

“En síntesis: si los países subdesarrollados establecen con precisión sus prioridades, estimulando las inversiones por medio de ventaja crediticias e impositivas, y los países industriales se hacen cargo del seguro contra los riesgos políticos —que son inversamente proporcionales al crecimiento económico— y reforzán este estímulo con medidas impositivas concurrentes, la promoción de las zonas marginales se realizará a un ritmo compatible con las exigencias de los pueblos actualmente sumergidos, y con las necesidades imperiosas de ampliación de los mercados de las potencias industriales, que hallarán en ese camino las posibilidades prácticas de tener acceso a los niveles superiores del desarrollo material.” (pág. 140).

Hemos visto, entonces, que el crecimiento vertiginoso de las fuerzas productivas operado en el mundo como consecuencia de los tremendo avances tecnológicos de la llamada “segunda revolución industrial”, o sea la revolución de la electrónica, la síntesis química y el automatismo y la cibernetica, abre las puertas a una era de abundancia y de extraordinario dominio del hombre sobre la naturaleza, que determina la necesidad de elevar el poder adquisitivo de la humanidad en su conjunto, con lo cual se revierte la clásica relación entre países industriales y países agromineros, y se debilita la tendencia de los monopolios a la regulación de la producción y del consumo y al aumento del provecho a costa de la relación precios-salarios.

Hemos visto, también, que la imposibilidad de resolver por la guerra la contradicción entre capitalismo y socialismo

origina la inevitabilidad de la coexistencia histórica de ambos sistemas y en esta convivencia, la dinámica propia del crecimiento socialista obligará al capitalismo a buscar en su propia dinámica de expansión nuevas formas que se adapten al mundo en transición, cuya estructura, disposición de fuerzas y afianzamiento de la conciencia nacional y progresista de todos los antiguos pueblos sumergidos son muy diferentes a las condiciones que rigieron la expansión capitalista del siglo XIX.

En este contexto de nuevas condiciones materiales, sociales y políticas, resultan anacrónicas y antihistóricas dos posiciones reaccionarias: la que, del lado capitalista, sostiene que nada ha cambiado en la estructura del capitalismo y en su clásica premisa liberal del *laissez faire* y la que, del lado revolucionario, sostiene que la esencia del capitalismo y sus tendencias tampoco han de cambiar y que la contradicción no puede resolverse sino por la violencia, la expropiación y la guerra.

Volveremos sobre estas posiciones extremas al final de este capítulo.

Por último, la tercera tesis se funda en la contradicción de clases y sectores en los países subdesarrollados y sus disputas ideológicas, y en la experiencia histórica de las revoluciones nacionales, y se expresa en estos términos: la lucha por la independencia económica y el desarrollo es parte de la lucha que, por su emancipación política, libraron o aún libran los pueblos rezagados; los objetivos y la estrategia y tácticas de esta lucha no pueden diferir ni separarse entre las clases y sectores de la nación cuyos intereses están fundamentalmente ligados al logro de la independencia; sólo pueden disentir, y disienten, sectores muy reducidos ligados a los intereses locales y extranjeros que se benefician del mantenimiento de las viejas estructuras.

Esta tesis tiene profundas raíces históricas. En todos los procesos revolucionarios contra la dependencia política y económica, tanto los del pasado como los más recientes, la unión nacional ha sido un movimiento espontáneo y necesario de los pueblos para vencer al enemigo común. Opuestas clases sociales, sectas religiosas, partidos políticos, la población civil y la milicia, han postergado sus tradicionales y legítimos antagonismos para formar el frente de toda la nación. Desde San Martín y Bolívar en nuestra América, rehusando intervenir en las querellas internas para unificar el esfuerzo nacional en las guerras de la independencia, hasta los líderes modernos del anticolonialismo, como Ghandi, Nehru, Sukarno, Mao Tse-tung,

Nasser, y los jefes africanos, han tratado de unificar a sus pueblos a veces sin éxito, a veces tropezando con la intriga y la provocación de las potencias coloniales (caso Lumumba-Tschoimbe en el Congo), para lograr los objetivos nacionales.

Esta raíz histórica de las luchas por la emancipación política, nos enseña el camino para repetir esa unidad en las luchas por la emancipación económica, sin la cual la independencia de las naciones es un mito. Si nos unimos para derrotar al enemigo en el campo de batalla, con más razón estamos obligados a unirnos para vencer el atraso económico y social, que es el verdadero enemigo de nuestros pueblos. Los que nos incitan a unirnos para combatir el imperialismo debieran saber que no se lo combate con retórica, sino creando las bases económicas internas que destruyan la dependencia. Sin desarrollo económico no hay soberanía, ni justicia social, ni socialismo.

En la historia de las revoluciones socialistas de nuestra época, han sido igualmente notorios los esfuerzos por superar las contradicciones entre obreros y campesinos, entre sectores raciales y nacionalidades diversas dentro de las propias fronteras y, en el caso de China, por ejemplo, por enrolar a la burguesía nacional en la guerra contra el invasor japonés y contra los monopolios y "compradores" ligados a Chiang Kai-shek.

En América Latina, que hoy está lanzada a una acción decisiva por romper una estructura económico-social que la condena al estancamiento y la asfixia, existen factores objetivos, de larga impronta en la conciencia popular, que hacen difícil la comprensión y valoración de los objetivos nacionales, comunes a toda la sociedad.

En primer lugar, falta el elemento unificador que nace del enfrentamiento armado contra la potencia colonial o el invasor extranjero. No estamos en una guerra de independencia y gozamos, desde hace siglo y medio, de libertad política.

En segundo lugar, con excepción de algunos países en los que la estratificación social, fruto de cierto estadio de desarrollo económico, se ha ampliado y diferenciado para dar lugar a la formación de una burguesía nacional y un proletariado más o menos organizado, en casi todas nuestras naciones se mantiene la vieja relación agraria de grandes terratenientes por un lado y un campesinado cada vez más empobrecido por el otro. En estas condiciones, las luchas sociales y políticas tienden a radicalizarse. La situación cambia a medida que el capitalismo moderno reemplaza las arcaicas formas precapita-

listas y feudales, y estos cambios ya se están produciendo.

Sin embargo, la tesis sigue siendo válida, en su formulación genérica, para toda América Latina. La lucha por el desarrollo económico y la ruptura de la estructura agroimportadora genera una identidad de intereses en toda la comunidad nacional. Aun las mismas antiguas estructuras agrarias se asfixian en presencia de la contracción de los mercados externos y del deterioro de los precios de las exportaciones y tienden a modernizarse, a incorporar capitales y tecnología a sus explotaciones, a dotar a la comunidad rural de los mínimos elementos técnicos y servicios para afincarla en la tierra y aumentar su productividad.

La industrialización es el objetivo común de las fuerzas productivas, inclusive las del agro y la minería, que buscan integrarse en el complejo industrial capitalista para sobrevivir.

Cuando hablamos de industrialización nos referimos concretamente a la creación de las industrias básicas, sin las cuales la industrialización, lejos de liberar al país, puede acrecentar la dependencia, al tener que importar materias primas y maquinarias. Industrializarse, para nuestros países, significa explotar intensivamente los recursos mineros e hidráulicos y echar las bases de la siderurgia, la petroquímica y la industria productora de máquinas-herramienta y vehículos.

Sin necesidad de recurrir a una detallada estadística, puede señalarse que los cambios sociales ocurridos en América Latina en las últimas décadas son considerables. Desde la segunda guerra mundial, la población crece aceleradamente: para el fin de este siglo, duplicará la población de los Estados Unidos en la misma época. La migración de la población rural a las ciudades es un fenómeno constante: la población urbana crece a un ritmo triple que la población rural. La formación de un proletariado urbano y su organización en sindicatos se refleja en análogos movimientos organizativos entre los peones rurales. La formación de una clase media dotada de poder político, la emancipación cívico-económica de la mujer, el incremento de los servicios higiénicos y educativos en los estratos inferiores de la población, son factores que marcan una importante transición en sentido progresista. Por otro lado, la mentalidad y los manejos políticos de la oligarquía tradicional están en retirada frente a la presión de los sectores sociales de la burguesía y de la clase obrera y sus respectivas expresiones políticas, hasta el punto de que no pueden retener el poder sino

por medio de agresiones violentas a las instituciones legales y la implantación de dictaduras militares.<sup>1</sup>

En estas condiciones de extrema fluidez y connotativas de cambios profundos y dinámicos, cuyo ritmo aumenta año a año, se observa una tendencia a la realización de estos cambios por vías pacíficas más que por vías violentas, no obstante la agudización de la crisis de las economías nacionales y la combativa conciencia de las clases trabajadoras.

El ejemplo de la clase obrera argentina que, después de haber alcanzado un *status impar* en el continente bajo el régimen político de Perón, sufre desde la caída de éste los efectos de una crisis económica y persecuciones crecientes, determinadas por la quiebra de la legalidad y el dominio transitorio de los resortes del poder por los elementos más reaccionarios, y, sin embargo, se aferra a la lucha legal y resiste la presión extremista en sus filas, demuestra que la lucha por el desarrollo se canaliza dentro del marco democrático. En cuanto a la acción de los trabajadores en el proceso argentino, Rogelio Frigerio, en su libro *Las condiciones de la victoria*, enumera las siguientes premisas:

"1) Crear la Nación; identificar en ella a toda la gama de coincidencias que atraen y unifican a la totalidad de las clases sociales en el objetivo común de contribuir a esta creación. Esto significa: cimentarla sobre una economía diversificada y desarrollada, donde la interdependencia natural resulte factor de emulación y no límite su libre expresión;

"2) Fortalecer el Estado como la expresión social y compleja de la totalidad de los intereses nacionales, en el que se resuelven sus contradicciones ocasionales;

"3) No concebir ni aceptar otra instancia que la ley, igual para todos, en la regulación de los derechos y deberes hacia la comunidad;

"4) Promover la cohesión y el fortalecimiento de las organizaciones sindicales, contribuyendo al reconocimiento de

<sup>1</sup> Nota de la 2<sup>a</sup> edición: A estos factores de cambio habría que agregar, muy especialmente, el papel moderno de las Fuerzas Armadas que han abrazado, en toda América Latina, la doctrina del desarrollo nacional como base de la seguridad, la soberanía y la defensa de la Nación. En la Argentina, las Fuerzas Armadas luchan hoy por la unión nacional y la alianza con los sectores sociales para promover el desarrollo independiente del país y la industrialización como requisitos de la justicia social.

sus derechos específicos dentro de la ley y de los supremos intereses de la comunidad unificados en la Nación;

"5) Asumir la responsabilidad correspondiente en la organización del trabajo, del proceso laboral en cada empresa y en cada unidad rural. Sólo el trabajo organizado, con una disciplina impuesta por los mismos trabajadores —que es parte integrante y esencial de su conciencia de clase— les permite alcanzar altos niveles de vida basados en la productividad;

"6) Impulsar e imponer una política económica coherente, que tienda a integrar los elementos que aseguren a la Nación su base material permanente. Estos están constituidos por la siderurgia, la energía, la química pesada, la intercomunicación entre las provincias. Reproducir en todo el país la concentración técnico-económico-financiera, monopolizada hoy en el sector de los 300 kilómetros que rodean al puerto de Buenos Aires.

"Como doctrina nacional apoyada en estos pilares maestros, los objetivos de la clase trabajadora en su lucha por la Nación están a la vista y perfectamente definidos. Los constituyen la Confederación General del Trabajo en manos de una clase trabajadora con conciencia y definición nacional: la consolidación de una economía que, apoyada firmemente en la estabilidad, propenda audazmente a la expansión y la defensa consecuente, bajo todas las condiciones, del imperio de la ley. Sólo en la legalidad, la cantidad se transforma en calidad y se impone democráticamente a las minorías." (pág. 117 y 118).

En el marco de la lucha democrática y en el estadio de la creación de fuerzas dinámicas de crecimiento económico, coinciden los intereses básicos de todas las clases y sectores, aunque persista la discrepancia entre sus intereses parciales. Patrones y obreros están interesados igualmente en incrementar la capacidad productiva de la nación, así como la relación producto nacional-inversión, etc. Sólo el aumento del ingreso nacional, es decir el aumento de la masa de bienes y servicios creados por toda la comunidad, permite incrementar la proporción de ese ingreso que se canaliza hacia los sectores populares. Sería redundante e inoficioso insistir en este concepto vulgar en economía.

Todos los sectores de la población, sin exclusión alguna, están interesados en el crecimiento económico de su país. Inclusive la oligarquía tradicional, cuando termine de comprender que su dominio económico y político ha perdido ya su base efectiva de sustentación, que era el comercio exterior de

alimentos y materias primas, tendrá que incorporarse a las tendencias del crecimiento, actualizando sus inversiones y explotaciones, e incorporando al agro las técnicas y estructuras de la empresa moderna, hecho éste que ha comenzado a producirse en toda América Latina.

Puesto que existe este interés común e inmediato, no se concibe que no se estructuren y coordinen, en la práctica, las acciones de todos los sectores para alcanzar las metas del programa de crecimiento. Fundamentalmente, esta compenetación debe expresarse en los esfuerzos por capitalizar la economía, actualmente desangrada por las profundas grietas del déficit comercial y presupuestario que hemos señalado. Para ello es indispensable aumentar la tasa del ahorro interno, estableciendo limitaciones cualitativas al consumo, y fomentar el influjo de capital externo, que compense el actual desnivel entre el monto y el ritmo de formación de capital interno y las necesidades de expansión de la economía.

Oponerse al ingreso de este capital internacional o pretender imponerle restricciones discriminatorias como las que se proponen en algunos países a la tasa de utilidades o a su reexportación, las que en la práctica producen el mismo resultado de cerrarle las puertas, equivale a plantearse dos posibilidades igualmente negativas: o bien se renuncia al desarrollo por falta de capitales suficientes, o bien se lo condena a una evolución a muy largo plazo, sujeto al ritmo lento de la formación de capital interno y expuesta a estallidos sociales intermitentes.

Sobre el particular, el Movimiento Nacional ha insistido desde hace varios años. A título ilustrativo, transcribimos los siguientes conceptos de Rogelio Frigerio, expuestos en una conferencia pronunciada en México en 1960.

“En las últimas décadas del siglo pasado un fuerte ingreso de capital foráneo hizo sentir su vigorosa presencia en la vida económica argentina. Ese importante aporte financiero permitió, en efecto, movilizar la riqueza agropecuaria y dotar al país de un sistema de comunicaciones que consistió, fundamentalmente, en el tendido de las vías férreas y en la construcción de los puertos. Al comienzo, dichos elementos sirvieron eficazmente a la expansión económica del país, estimularon los cultivos de una agricultura a la sazón incipiente y determinaron una rápida multiplicación de los ganados, realizada al influjo de la posibilidad de tener acceso a los medios de transporte y a los mercados. El ferrocarril y los caminos que le daban acceso formaron el embudo por donde la riqueza argentina fluía princi-

palmente al gran puerto de Buenos Aires, desde donde se embarcaba con destino a ultramar en barcos que a su regreso traían el equivalente en combustibles, materias primas industriales y, sobre todo, manufacturas. Por entonces, y hasta algún tiempo después, el valor de esos saldos exportables —generados en una extensa pampa húmeda que no requería una tecnología avanzada, dada la virginidad de su suelo, cuya magnitud era inversamente proporcional a una población que recién comenzaba a incrementarse fuertemente— alcanzaba con creces para solventar las importaciones que el país necesitaba. Pero en la medida en que la población aumentaba por efecto del factor vegetativo y de la política inmigratoria, y a medida que los suelos fueron perdiendo su original productividad, entró en crisis el viejo esquema de intercambio y la fuerza económico-político-social de aquellos capitales devino en un factor de signo negativo cuyas consecuencias de todo tipo aún hoy parece el pueblo argentino.

“En esa época y en ese complejo de intereses se nutre la raíz doctrinaria de la versión autóctona de la filosofía liberal que se irradió desde Europa con destino a los países coloniales y semi coloniales. Su producto de síntesis fue la concepción económica de la “división internacional del trabajo”. Los argentinos sufrimos en carne propia las consecuencias teóricas y prácticas de esa política.

“Pero también en nuestro país encontramos un hecho reciente que ejemplifica la tendencia contraria. En materia de petróleo es justamente la colaboración del capital extranjero la que nos permitió alcanzar el autoabastecimiento energético en menos de treinta meses. Al dar comienzo a “la batalla del petróleo” a mediados de 1958, nuestro país, atado al esquema de supeditación cuyos caracteres describí hace un momento, invertía la tercera parte de su capacidad de compra en el exterior en la adquisición de combustibles. En esta materia hubimos de preguntarnos al abordar este complejo problema: ¿Qué nos hace más independientes: utilizar los créditos extranjeros para adquirir combustible en el exterior, o utilizar esos mismos capitales para extraer el mineral que yace inerte en nuestro subsuelo? No sin antes afirmar la soberanía del Estado sobre todas las fuentes de energía mediante una ley de nacionalización de los hidrocarburos, enfrentamos la grata de un extremismo nacionalista que confunde los medios con los objetivos y firmamos contratos con compañías privadas de petróleo. Con su curso pasamos, en el breve lapso anotado, de país que impor-

taba más de la mitad del petróleo que consumía, a país autoabastecido en aptitud de impulsar con combustibles propios una fuerte industrialización y de realizar eventualmente exportaciones de dicho mineral.

“Esto que digo del petróleo, sé perfectamente que carece de valor universal en el sentido de que las soluciones que se dan a este problema no son en manera alguna extrapolables, dependiendo como dependen de un conjunto de factores diversos entre los que, por supuesto, no están excluidos aquellos de índole geopolítica.

“El mismo método tratamos de aplicar en lo que se refiere a la siderurgia, rubro que por poseer una industria liviana sumamente extendida insume aproximadamente el 40 por ciento del valor total de nuestras importaciones. Lo mismo con la petroquímica y la química pesada en general, sin las cuales nuestro extenso territorio, requerido de fertilizantes y plaguicidas, no podrá cambiar el nivel tecnológico de sus explotaciones agrarias y continuará declinando el valor cuali-cuantitativo de su producción.

“Insisto, pues, en que, a nuestro juicio, el carácter colonialista de una inversión no lo da la procedencia exterior de la misma, sino la política de la cual es instrumento. En este momento son las condiciones político-económicas de carácter general, y no las intenciones del capitalista extranjero, las que orientan las inversiones en dirección favorable o desfavorable al desarrollo económico en los países de insuficiente desarrollo.

“Lo verdaderamente importante es adoptar una política económica de expansión integral cuidando de establecer e instrumentar las prioridades en favor de las industrias pesadas y básicas de cada país. Por nuestra parte, al promover la recepción de los capitales extranjeros establecimos la siguiente norma: «Cerrar las puertas al artículo foráneo para abrir las de par en par a las fábricas que lo han de producir en el país.”

Planteadas las metas del crecimiento, la nación en su totalidad concurre al esfuerzo de alcanzarlas en el menor tiempo posible. Los dos factores humanos de la producción, el empresario y el obrero, son los que más directamente influyen en el proceso, aunque todos los otros sectores sociales (políticos, intelectuales, culturales, religiosos) deben actuar paralelamente.

Los empresarios cooperan al canalizar sus inversiones hacia los sectores más reproductivos, al reinvertir sus ganancias en dichos sectores, al incrementar la productividad, ex-

pandir el mercado interno y salir a la conquista de mercados exteriores en condiciones competitivas.

Los obreros cooperan al sumarse al esfuerzo de incrementar la productividad y encuadrar sus reivindicaciones de clase dentro del proceso general de desarrollo y no en forma de entorpecerlo o paralizarlo. La clase obrera no es una categoría separada del conjunto de la nación, sino parte indivisible de él.

El papel de la clase obrera en la promoción del desarrollo económico es fundamental y decisivo. No puede ser un papel pasivo, de renuncia a su personalidad de clase o de subordinación a las otras fuerzas de la producción. El movimiento obrero organizado debe actuar con toda su fuerza para forzar al gobierno y a los particulares a que programen científicamente el desarrollo, frenen y controlen sus deformaciones monopolistas, sus manifestaciones parasitarias o especulativas, sus lagunas y fallas. Y para que la clase obrera, por intermedio de sus sindicatos, participe en la programación y en el control del crecimiento y en la formación del ahorro y la distribución del ingreso. La experiencia de la clase obrera europea en general, e italiana en particular, en la reconstrucción económica de posguerra nos exime de abundar en el tema. Bastaría estudiar la influencia obrera en la utilización de los fondos del plan Marshall y la conducta de los partidos políticos de la clase trabajadora en ese continente.

Sobre esta plataforma histórica y programática, se realizó el experimento del gobierno de Arturo Frondizi en la Argentina.

Frondizi es un exponente típico de la intelectualidad nacional, que ha asumido, en casi toda nuestra América, el liderazgo político. Dentro de este grupo, es una figura excepcionalmente dotada para desempeñar la función del estadista moderno, capaz de presidir la transformación de América Latina. De ahí su extraordinaria gravitación continental, el peso de su personalidad en los ambientes mundiales y la resistencia que su política suscitó de inmediato en los sectores enemigos del progreso argentino y de la afirmación independiente de la personalidad de América Latina. La reacción no se equivocó con él. Lo señaló como blanco de la gran conspiración universal contra una democracia dinámica y transformadora. Se unieron para derribarlo, los sectores internos que vanamente pretendían conservar los resortes del poder político sobre la base de un poder económico en eclipse, y los sectores interna-

cionales que se empeñan igualmente en preservar un orden mundial fundado en categorías que se desvanecen en el horizonte histórico: el colonialismo, la agresión y la guerra.

En cuatro años de gobierno —perturbados incesantemente por presiones civiles y militares articuladas por esos enemigos— Frondizi presidió un proceso que es irreversible y que se impone desgarrando todas las burdas o sutiles mallas de la intriga y de la violencia que pretenden atraparlo. Con el autoabastecimiento petrolífero, la radicación de importantes industrias en sectores vitales como la metalurgia, la petroquímica, la construcción de máquinas-herramienta y automotores; con su plan vial que culminaría con la habilitación de 15.000 kilómetros de nuevas rutas; con la reestructuración de los transportes y la construcción de aeropuertos; con la promoción de zonas marginales como la Patagonia, el noroeste y el noreste; con el arreglo de viejos pleitos con consorcios extranjeros, que reabrió para la Argentina los canales del crédito internacional; con su política de promoción industrial y pleno empleo; con su concepción de la transformación agraria como parte indivisible del desarrollo industrial; con la implantación de la libertad de enseñanza y con su política internacional de irrenunciable defensa del derecho de autodeterminación de los pueblos, Arturo Frondizi *quebró para siempre la estructura agroimportadora que tenía estancado el país.*

Las interferencias aludidas le obligaron a dar numerosos pasos de retroceso y a prescindir del equipo técnico-económico que había cooperado con él en la formulación de los planes de desarrollo y reemplazarlo por grupos extraños a esa filosofía, cuando no manifiestamente enemigos. Pero, en medio de esas concesiones dictadas por su terca decisión de mantener la continuidad institucional (puesto que sabía que su ruptura desataría, como desató, la más violenta crisis que registra el país), pudo dejar un hilo conductor sobre el cual marchará la Nación, no bien desaparezcan los factores subversivos que aún pugnan por sofocar, disminuir y manipular la soberanía del pueblo.

Las interferencias externas, vehiculizadas por sus agentes internos, le obligaron, episódicamente, como en el referido caso de la ruptura con Cuba, a alterar la línea de una política internacional que él no creó, sino que la revitalizó a la luz de la coyuntura actual del mundo, pero enraizada en la más genuina tradición de nuestro país y del continente; política definida por los principios cardinales de no intervención y de respeto a la autodeterminación de los pueblos. Los acuer-

dos de Uruguayana y Santiago de Chile, celebrados con los gobiernos de Quadros del Brasil y Alessandri de Chile; la posición argentina en las conferencias interamericanas de Punta del Este y la conducta de no intervención en el caso de Cuba, expuesta en el memorable discurso de Paraná (3 de febrero de 1962)<sup>1</sup>, señalan los hitos de esa política al servicio de los más altos intereses de la Nación y de la unidad del continente. En toda América se reconoce el titánico esfuerzo de Frondizi por preservar y engrandecer esos principios, frente a la más violenta oposición de los agentes y voceros de la satelitización de América Latina.

Para ejecutar su programa de desarrollo económico y de independencia política en el concierto mundial, Frondizi convocó a la unión nacional, tendió la mano a todos los sectores y a todos los argentinos que quisieran participar de la empresa; recorrió el mundo exhortando a la cooperación internacional para el desarrollo de los países rezagados; dejó sentada con John Kennedy una total coincidencia sobre el papel de los Estados Unidos en la transición democrática de América Latina y mantuvo relaciones con todas las naciones, cualesquiera fueran sus regímenes políticos, con el deliberado propósito de abrir los más anchos canales al comercio exterior y al ingreso de capitales y tecnología para el desarrollo nacional.

En su discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas (setiembre de 1961),<sup>2</sup> destacó el valor de la paz como ámbito necesario para el progreso de las naciones rezagadas.

En su concepción de la unidad nacional como requisito del esfuerzo para el desarrollo, reconoció y estimuló la participación de la clase obrera. Después de hacer votar por el Congreso la revocación de todas las medidas persecutorias de las ideas políticas y la acción sindical, que había heredado del gobierno reaccionario que le precedió, libró una lucha denodada, dentro y fuera de su gobierno, para obtener la sanción legislativa de la Ley de Asociaciones Profesionales, estatuto que preserva la unidad y la independencia de la clase obrera. La reacción conservadora, las presiones militares, incluso ciertas reservas de la jerarquía eclesiástica, se unieron a los sectores extremistas que alegaban que dicha ley —bajo

<sup>1</sup> A. FRONDIZI, *La política exterior argentina*, Ed. Transición, Buenos Aires, pág. 186.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 126.

su apariencia jurídica— escondía el propósito político de entregar el gobierno de los sindicatos a los peronistas, que, dicho sea de paso, constituyan y constituyen mayoría en los gremios. Socialistas y comunistas, que detentaban la dirección de algunos sindicatos en virtud de las intervenciones y maniobras del gobierno anterior, se unieron para combatir esta ley que garantizaba el gobierno de las mayorías. Todavía en 1959, en el proyecto de tesis para el XII Congreso del Partido Comunista, se define a esta ley como contraria a la democracia sindical.

Conversando con Frondizi, en ocasión de visitarlo en sus confinamientos de Martín García y Bariloche (el presidente constitucional está preso desde hace más de un año) y al imponerle de mi intención de escribir este ensayo me recomendó insistentemente: "Debes tratar de que los lectores comprendan cabalmente que la lucha por el desarrollo del país y por el bienestar del pueblo es inseparable de la lucha por la democracia, por el respeto de la sustancia y de las formas del derecho."

Nadie mejor que él puede apreciar la íntima relación de ambos procesos. Frondizi, en su gobierno, fue perfectamente consciente de la relación entre el atraso económico y el quebrantamiento de la legalidad. Uno es causa y efecto recíproco del otro. El atraso económico-social nutre a la violencia, sea que la ejerzan los de arriba o los de abajo. A su vez, la violencia paraliza el progreso de una nación.

De esta correlación no han sido siempre conscientes nuestros sectores populares y menos aún nuestros intelectuales. Y, sin embargo, en ningún momento de la historia del mundo ha sido tan evidente la existencia de factores que hacen posible la transición hacia las formas más avanzadas de la organización social y cultural de la humanidad, dentro de las reglas de la convivencia democrática, de una conciencia unitaria de solidaridad entre los individuos y grupos de la Nación.

Dos sectores extremistas desafían, en estos pueblos de América Latina y en el nuestro, esta concepción.

En primer lugar, el extremismo conservador, que hasta ahora es el más agresivo porque dispone de la fuerza. Estos conservadores extremistas defienden sus intereses por la fuerza ante la comprobación de que el ejercicio de la soberanía popular se identifica uniformemente con las tendencias del desarrollo nacional y la ruptura de caducas estructuras socio-económicas. Son, por definición y por lógica, fuerzas antipopulares. En muchos casos están ligadas a intereses extranacionales que también se esfuerzan por mantener las

estructuras económicas de la dependencia. Históricamente están agotadas, aun dentro del sistema tradicional de valores. En este aspecto, su anacronismo las divorcia de la comunidad, las convierte en elementos extraños al devenir de su propio país. Por eso, son cada vez menos nacionales y cada vez más el reflejo de ideas e intereses ajenos a la nación. A medida que pierden contacto con la realidad nacional, que sus intereses se distancian y se oponen a los intereses de la mayoría de su propia clase, se transforman en simple eco de ideologías, conflictos y culturas extraños. Léanse, por ejemplo, las columnas de la prensa más tradicional y se verá cómo importantes diarios que nacieron de sanas preocupaciones nacionales en el período más fecundo de nuestra formación institucional, han ido perdiendo esa substancia que le dieron sus progenitores patricios y ahora no tienen espacio en sus columnas para esclarecer y conducir los procesos argentinos, mientras abunda en ellas la exégesis de sucesos e ideas remotos. Cuando nuestro pueblo se debatía en las tremendas crisis de su propia existencia como nación organizada, desde 1930 hasta ahora, esos periódicos estaban preocupados por las crisis europeas o las dictaduras del Caribe.

La gravitación de este extremismo conservador (que hay que distinguir muy bien del espíritu conservador constructivo y de signo nacional) es todavía considerable y no se lo puede subestimar aunque esté destinado a extinguirse a medida que la nación desarrolle sus fuerzas genuinas. Maneja todavía cuantiosos intereses, miles de millones de pesos en operaciones financieras y de comercio exterior, y ocupa en la *élite* directiva de la sociedad y de la cultura, un lugar mayor que el que podría derivarse de su poder económico. Extensos grupos de las clases dirigentes, de la clase media, de los partidos políticos, de los intelectuales y universitarios, de los cuadros de oficiales de las fuerzas armadas, sin la menor conexión con los intereses materiales de esta oligarquía extremista, se nutren, sin embargo, de su ideología, de su temor al pueblo, de su sofisticación cultural y su subordinación al fenómeno extranjero.

El otro extremismo está representado por la izquierda socialista-comunista, ciertos grupos nacionalistas y, sobre todo, por algunos teóricos trotskistas, que son el arsenal ideológico de casi todas estas corrientes. Incluso, en algunos de los cambiantes avatares de la línea oficial del partido comunista argentino suelen aparecer netos rasgos de la idea trotskista de la revolución permanente y, sobre todo, de sus tácticas divi-

sionistas en el movimiento obrero. (El "viraje a la izquierda" de que se habla en ciertos sectores minoritarios del peronismo, oficialmente apoyado por la dirección del partido comunista, es de franca inspiración trotskista.)

Para ese extremismo de izquierda, no existe posibilidad efectiva de que la Argentina alcance las metas del desarrollo económico independiente y la afirmación de su soberanía, sino en el curso de un proceso revolucionario, que va desde la "acción de masas hacia la conquista del poder", confusa versión del populismo mezclada con la promoción de hipotéticos frentes revolucionarios en los que participarían la burguesía nacional, la clase media y el proletariado "de izquierda" (!), bajo la dirección política de éste para terminar con la liquidación ulterior de los aliados y la implantación del socialismo, hasta las diversas concepciones que subordinan la revolución nacional a una sublevación general de los pueblos de América Latina contra el imperialismo. A este respecto, pueden consultarse el informe de Victorio Codovilla al XII Congreso del Partido comunista (febrero-marzo de 1963) y la abundante literatura revolucionaria nacionalista-trotskista.

El comunismo argentino, que combatió frontalmente a Perón y a Frondizi, acusándolos de representar "los intereses de la oligarquía terrateniente, del gran capital y de los monopolios extranjeros", calificó a su vez a los golpes militares que los derrocaron, como inspirados por "la oligarquía terrateniente, el gran capital y los monopolios extranjeros" (véanse las tesis del XII Congreso del Partido Comunista Argentino, en un folleto titulado *El camino de la democracia*). Los esfuerzos por explicar esta contradicción dialéctica (la reacción derribando a la reacción) pueden apreciarse también en dicha publicación.

Sobre el particular, no resistimos la tentación de trascibir aquí la respuesta del citado Luigi Longo a los comunistas chinos que acusan a sus compañeros italianos de "desviacionismo burgués", porque el X Congreso Comunista de Roma aprobó la vía democrática y pacífica hacia el socialismo, que se resuelve, en la práctica, en una acción orgánica y constructiva para influir en el proceso de desarrollo capitalista italiano. Dice Longo en un artículo publicado en *Revista Internacional*, 1963, Vol. 2:

"El congreso del PCI ha reconocido que en Italia existen las condiciones técnicas y económicas que hacen no sólo posible, sino necesaria, la sustitución del tipo de desarrollo eco-

nómico dominado por los monopolios (con su carrera en pos de los superbeneficios, su parasitismo y su desequilibrio) por un tipo de desarrollo que elimine la prepotencia de los monopolios, ponga el progreso técnico al servicio del progreso social y asegure un rápido desarrollo de las fuerzas productivas del país y el ascenso del nivel de vida del pueblo.

"De suyo se comprende que una política que se marque tales objetivos debe tener un neto carácter democrático popular, aunque no se la pueda calificar aún de socialista ni se proponga establecer una forma social intermedia entre el capitalismo y el socialismo. Tal política se propone únicamente impulsar la acción popular antimonopolista, contra la reacción, por la renovación democrática del país y por el avance de las clases laboriosas hacia el socialismo en unas condiciones de democracia y de paz. Esto es lo que nosotros llamamos vía italiana hacia el socialismo.

"El artículo ya había sido enviado a la revista, cuando el 31 de diciembre, *Diario del Pueblo*, órgano central del Partido Comunista de China, publicó un amplio artículo comentando el X Congreso del Partido Comunista Italiano en términos que constituyan un ataque a toda su orientación política."

"Aquí sólo nos referiremos a lo que escriben los camaradas chinos a propósito de nuestra lucha por las reformas de estructura, objeto de nuestro artículo. En esta cuestión, los ataques de los camaradas chinos se encuadran en su apreciación general de la actitud asumida por el camarada Togliatti y otros dirigentes del P. C. Italiano. Esta actitud, dicen, se reduce en resumidas cuentas a las siguientes afirmaciones: Los pueblos de los países capitalistas no deben hacer revoluciones; las naciones oprimidas no deben luchar por su liberación; los pueblos de todo el mundo no deben combatir contra el imperialismo."

"El falseamiento y la denigración llegan en esas líneas a extremos difícilmente comprensibles para quien conozca aunque sólo sea someramente, la orientación y la actividad del Partido Comunista Italiano. Sobre la base de estas deformaciones, los camaradas chinos creen poder sentenciar: Todo esto responde plenamente a las exigencias de los imperialistas y de los reaccionarios.

"¡Asombroso! ¡La actitud del camarada Togliatti y de algunos dirigentes del Partido Comunista Italiano responde plenamente a las exigencias de los imperialistas y de los reaccionarios!"

Volviendo al punto crucial de la política exterior, no puede negarse que Frondizi la definió categóricamente poniéndola al servicio de los más altos intereses del pueblo, en sus gestiones personales ante gobiernos de América, Europa y Asia; en la posición de la representación argentina en los organismos internacionales; en las conferencias de Uruguayana, Santiago de Chile y Punta del Este, que hemos recordado, y en su claro análisis de la política interamericana respecto de Cuba, incluso cuando el gobierno de Castro lo llenaba de insultos. En su recordado discurso de Paraná (3 de febrero de 1962) dijo:

“El derecho internacional americano elaborado en torno a la autodeterminación, no es una formulación abstracta que puede dejarse de lado por razones contingentes o de urgencia. No es un medio, sino un fin. Es la razón de la independencia nacional, su cualidad esencial e inseparable, en la cual descansa íntegramente la noción de la soberanía. El Estado que abandona la norma jurídica internacional, que renuncia parcial o totalmente, aunque sea en forma transitoria, a la vigencia absoluta del derecho, se expone para siempre a la claudicación de su propia soberanía. Los estados que no tienen suficientes cañones para oponerse a la superioridad material de las grandes potencias, no tienen otra arma que la fuerza ética del derecho para reclamar la solidaridad internacional. Los estados que se avienen a soslayar o vulnerar el derecho en nombre de necesidades políticas circunstanciales —por urgentes y justificadas que éstas sean— se desprenden para siempre del arma única que poseen para resguardar su propia integridad. Sientan un precedente funesto que justifica cualquier arbitrariedad ulterior fundada en parecidas razones de conveniencia política. En otras palabras, implantan la discrecionalidad de la fuerza en lugar de la verdad permanente de la ley.”

Y aludió a la carta-instrucciones entregada al ministro de Relaciones Exteriores para reglar la actitud de la delegación argentina en Punta del Este. Entre otras cosas, le decía a su ministro:

“Como se lo dije verbalmente y se lo reitero ahora por escrito, debemos ser absolutamente claros y precisos. A pesar de la guerra fría y los intereses egoístas que se esconden detrás de ella; a pesar de las reiteradas tentativas de penetración que realiza el comunismo internacional, nos cabe a nosotros, los argentinos, dejar claramente establecido que lo que se está discutiendo en América no es la suerte de un caudillo extremista que se expresa a favor de un orden político que nada

tiene que ver con la realidad de nuestros pueblos, sino el futuro de un grupo de naciones subdesarrolladas que han decidido libremente ascender a niveles más altos de desenvolvimiento económico y social. Si esa soberana decisión no es respetada; si se la pretende ocultar o distorsionar con el juego ideológico de los extremismos, entonces sí que el mal será difícil de conjurar: un continente entero se convulsionará política y socialmente.”

Para terminar con estas citas, transcribimos otro párrafo de aquel discurso:

“Repite, con absoluta convicción, que la conducta internacional del gobierno corresponde exactamente a su gestión en el orden interno. Presido un gobierno que hace respetar el orden, que protege la propiedad y estimula la iniciativa privada, que garantiza las libertades democráticas y acata la voluntad popular, que preserva la concepción cristiana de los derechos humanos y no tolera disminución alguna de la soberanía nacional. En la defensa total de estos principios he comprometido mi honor y mi vida. El honor y la vida de un gobernante que no presidirá jamás un gobierno títere.”

El presidente que asumía esa posición frente a la creciente hostilidad de la reacción nacional e internacional, que lo forzó finalmente a romper relaciones con Cuba para defender, hasta el último momento, la continuidad constitucional, fue, sin embargo, acusado de entreguista por las izquierdas.

En ningún momento la oposición de los intelectuales y políticos de izquierda al gobierno de Frondizi se detuvo a considerar el pleno objetivo de contradicciones y presiones en que se veía obligado a maniobrar el presidente, ni quiso apreciar la verdadera relación de fuerzas que definía su esencial inestabilidad.

No comprendió que ésta provenía del hecho, perfectamente identificable, de que las fuerzas reaccionarias que habían derrocado a Perón, aliadas con los sectores belicistas internacionales que luchaban abiertamente contra la formación de un bloque independiente en América Latina (Méjico, Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Ecuador, principalmente), estimuladas por los monopolios importadores de petróleo y otros rubros, conspiraron contra este gobierno popular, desde el día mismo de su victoria comicial y conservaron intactos sus dispositivos de fuerza para presionar y paralizar a Frondizi.

Solamente una fuerza podía contrarrestar este poderío reaccionario apoyado en altos mandos de las fuerzas armadas: la

unión y la clarividencia política de los sectores populares y obreros que habían llevado a Frondizi al gobierno.

Estos sectores debían resistir la conocida y artera estrategia reaccionaria que consiste en provocar el descontento y la división del pueblo para que se levante contra sus propios elegidos. Una vez debilitada la base popular, aislado el gobierno de su sostén democrático, el golpe de Estado no encuentra resistencias para abatir la legalidad. Así había ocurrido con Yrigoyen, abandonado por las mismas fuerzas que lo llevaron al poder y combatido por las izquierdas; así había ocurrido con Perón, a quien se consiguió aislar de la amplia comunidad social que lo sostenía (proletariado, clase media, productores, fuerzas armadas y la Iglesia) con el ridículo asunto de la lucha antirreligiosa y la quimérica formación de las milicias obreras.

Dirigentes políticos y sindicales que tenían el deber de recordar esa experiencia, no comprendieron que todas las victorias del pueblo son inmediatamente jaqueadas por la reacción: factores externos al gobierno, e infiltrados en él, conspiran permanentemente para desviar y adulterar sus objetivos nacionales; para favorecer a intereses monopolistas y frenar las reivindicaciones obreras; para subordinar la técnica y los fines del desarrollo a intereses extranjeros o del capital monopolista y para sofocar la política internacional independiente.

En vista de esta realidad, absolutamente nacional y objetiva, que no tiene parentesco alguno con lo que ocurrió en Rusia en 1917, o lo que pasa en Cuba en 1963, realidad que, a su vez, funciona en un ámbito mundial de afianzamiento de la paz y de debilitamiento acelerado de las fuerzas agresivas y dominantes del imperialismo, la función de la clase obrera, como avanzada del movimiento social, y de las izquierdas, como elementos políticos e ideológicos del mismo, no puede consistir en esterilizarse a sí mismas en una acción combatiente y frontal contra esos gobiernos populares ni en romper el frente único de la Nación en la lucha por los referidos objetivos de una comunidad en desarrollo.

En presencia de las contradicciones internas del gobierno y de las presiones externas que tratan de desviarlo o de derribarlo; aun en presencia de las propias concesiones y claudicaciones del régimen al ceder ante las fuerzas reaccionarias, la acción popular y obrera se frustra y sirve a sus propios enemigos cuando se suma a la oposición incondicional y trabaja por la derrota del gobierno.

La estrategia popular, frente a la fuerza notoria y armada

de la reacción, es oponer a ésta un sólido frente unido, que apoye y presione a la vez sobre su gobierno, para impedir que sea copado desde adentro o derribado desde afuera. Para ello es menester identificarse con los objetivos nacionales de autodeterminación y desarrollo independiente y sacrificar al logro de estos objetivos cualquier concesión táctica. Para ello es indispensable evaluar correctamente la relación de fuerzas y las modalidades de la lucha.

Ya hemos visto en el capítulo primero, cómo las izquierdas dividieron el frente nacional al deformar y obscurecer los objetivos y los planes desarrollistas del gobierno de Frondizi y al pretender que éste ejecutara un programa de "revolución agraria antiimperialista" que tenía tanta relación con los problemas básicos del subdesarrollo argentino como un hipotético habitante de Marte puede estar identificado con la atmósfera de la Tierra.

A este sectarismo ingenuo de las izquierdas, correspondió en la Argentina una similar desubicación de los dirigentes sindicales peronistas. Cuando la obra de ambos sectores logró minar la base popular del gobierno, lo expuso indefenso a la violencia reaccionaria. El golpe de Estado y el retroceso del país a la era del dominio de las oligarquías antinacionales eran el resultado inevitable de esa inmadurez de los dirigentes del pueblo.

Ojalá que estas páginas sirvan para evitar la repetición de viejos errores de quienes, siendo intrínsecamente parte de una comunidad de fines y medios solidarios, se excluyen de ella; unos, los de derecha, por querer defender valores inactuales y exógenos al cuerpo joven de esta nación joven; otros, los de izquierda, por querer aplicar a nuestra realidad fluida categorías ideológicas rígidas. Son ellos quienes se excluyen, aunque aleguen que es la comunidad la que los aparta. No hay otra manera de pertenecer a una comunidad que *participar* de su índole propia y peculiar, identificarse con ella, con su impura estructura, con sus flaquezas y sus virtudes. Como tampoco se puede pertenecer al mundo de nuestra época sin *participar* de sus contradicciones, sin reconocer sus más íntimas fuerzas, sin deducir, por la inclinación del follaje, el rumbo del viento.

## CAPÍTULO SÉPTIMO

### ENTREVISTA CON LA COEXISTENCIA PACIFICA

En setiembre de 1948 me hallaba en París donde sesionaba la Asamblea General de las Naciones Unidas, entidad de la que era yo funcionario. También estaba reunido el Consejo de Seguridad, convocado a instancias de Estados Unidos para tratar el grave problema del bloqueo soviético de Berlín. La atmósfera de las salas del Palais de Chaillot, sede de la reunión era sumamente tensa. El desafío de Moscú a las potencias occidentales que compartían con la URSS la ocupación de Alemania, no dejaba de ser temerario. El potencial militar y económico de la Unión Soviética no se había repuesto aún de la sangría de la Segunda Guerra Mundial. Su enemigo ideológico, Estados Unidos, poseía el monopolio de la bomba atómica y había salido fortalecido de la guerra. Podía presumirse que el gobierno de Washington aprovecharía la oportunidad para contener las ambiciones soviéticas, hacer una demostración de su primacía militar e, incluso, desatar esa guerra "preventiva" contra el comunismo que reclamaban muchos círculos occidentales desde el momento mismo en que Stalin puso de manifiesto su designio de implantar un sistema de Estados "tapones" en la periferia de Rusia, lo que equivalía al dominio de buena parte del 'hinterland' europeo.

Recuerdo que en los pasillos de la Asamblea General, reunida a la sombra de la Torre Eiffel a orillas del Sena, se hacían preparativos disimulados para el éxodo en caso de que el pleito de Berlín desembocara en la tercera guerra mundial. Muchos delegados latinoamericanos me expresaron su temor de no obtener transporte para regresar a sus hogares.

Felizmente el episodio tuvo un final pacífico cuando los

dirigentes del Kremlin se vieron obligados a levantar el bloqueo que ya había sido quebrado por la sorprendentemente eficaz operación norteamericana del corredor aéreo para abastecer a la ciudad sitiada.

Este hecho, ocurrido hace un cuarto de siglo, señaló uno de los hitos más peligrosos de la "guerra fría", sólo comparable al de la guerra de Corea en 1950 y al de la guerra de Vietnam que parece ser su manifestación postrera.

De aquella situación riesgosa, que se ha prolongado a lo largo de unos veinte años, hasta la coyuntura actual, que abre una nueva perspectiva para el mundo, han ocurrido hechos que explican el cambio y que serán motivo de este capítulo.

Las tensiones de la guerra fría no fueron casuales ni arbitrarias. Fueron consecuencia de la violenta ruptura de un equilibrio de poder mundial que ha sido el objetivo secular de la política de las grandes potencias. Como lo señala el escritor Louis Halle en su obra *The Cold War as History*, a su vez citado en castellano por el autor argentino Marcelo F. Aberastury<sup>1</sup> "esta situación en Europa —en los años 1945 a 1947— representaba una crisis en la balanza del poder. Era la cuarta crisis que había sufrido Europa en 150 años desde el fin del siglo XVIII. Napoleón logró alterar temporalmente el equilibrio del poder a comienzos del siglo XIX, arrasando Europa hasta las puertas de Moscú. Por entonces, para restaurar el equilibrio, se contó con una gran coalición de potencias puestas en pie de guerra extenuante para voltearlo y restaurar el equilibrio europeo. A comienzos del siglo XX el Kaiser Guillermo II de Alemania amenazó igualmente el equilibrio. Nuevamente fue necesario, para derrotar esta amenaza, que una coalición de Estados luchase tenazmente durante cuatro años. La tercera ocasión apareció hacia el final de la década iniciada en 1931, cuando Hitler dislocó el equilibrio del poder europeo como lo había hecho Napoleón y atravesó Europa desde el canal inglés hasta las puertas de Moscú. Nuevamente, una gran coalición tuvo que pelear una guerra extenuante para voltearlo y restaurar el equilibrio europeo. Este equilibrio europeo no fue restaurado después de la victoria sobre Hitler". El mismo Halle describe en su libro cómo Stalin amenazó el equilibrio. "La frontera tradicional del Imperio ruso (y de

su sucesor soviético), se extendía aproximadamente desde el Báltico oriental hasta el Mar Negro. Al oeste de esta línea había existido, en épocas recientes, un grupo no precisamente feliz de Estados «tapones»: Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia y los países bálticos. Al occidente de ellos, a su vez, estaban Alemania, Austria, Italia, Francia. Tradicionalmente, el poder gigantesco de Rusia fue contenido o equilibrado, hacia el oeste, por una u otra de las potencias mayores de Europa occidental o por una combinación de éstas. En el siglo XX Alemania fue la principal potencia europea encargada de contener a Rusia. Por consiguiente, los elementos de un equilibrio o balance de poder existieron en Europa antes de la Segunda Guerra Mundial aunque fuese precariamente. Estos elementos ya no existían en 1945, cuando terminó la guerra, pues, entonces, las fuerzas militares de la Unión Soviética ocupaban la mayor parte del área de los Estados «tapones» y hasta superficies que iban más allá. Ocupaban la totalidad de Polonia y en Alemania hasta una línea muchos kilómetros al oeste de Berlín. Ocupaban Hungría y la parte oriental de Austria y también Rumania y Bulgaria. Estaban en Yugoslavia, aunque no como ocupante. En otras palabras, la Unión Soviética, como en un acto de prestidigitación, efectuó la conquista de la mitad oriental de Europa."

"Había simplemente «tragado» la mitad de Europa o estaba en proceso de digerirla. El ejército de Moscú había alcanzado una línea que corre a través de la mitad de Europa, de norte a sur."

"La parte de Europa no capturada, del otro lado de la línea, yacía postrada. Y Rusia seguía avanzando y se expandía. Con la rápida retirada y desmovilización del ejército estadounidense, no existía obstáculo militar para el ejército rojo si decidía continuar y alcanzar el Canal de la Mancha."

Toda la secuencia de la guerra fría fue, entonces, la respuesta occidental a esta ruptura del clásico equilibrio de poder.

Como toda política, sin embargo, esta de la guerra fría y de la contención del comunismo no podía quedar congelada en su nivel estático. O alcanzaba el dinamismo del enfrentamiento bélico o evolucionaba hacia otras formas adaptadas a la evolución del mundo. Como lo señaló alguna vez Alberto Sorel, quienes imaginan que el mundo debe adaptarse a su política ceden el paso a quienes corrigen su política para adaptarla a las realidades del mundo. Agreguemos nosotros que toda la historia de la política internacional es una lenta pero progre-

<sup>1</sup> *Política Mundial Contemporánea*, Paidós, 1970.

siva adecuación de las doctrinas a los hechos y que la trayectoria de este acomodamiento es una verdadero "cementerio de estrategias" al decir de Amitai Etzioni.<sup>1</sup>

La formulación de la respuesta occidental al desafío soviético se concretó en sucesivas estrategias que cumplieron su ciclo y fueron reemplazadas por otras.

En marzo de 1946, Winston Churchill, que ya no era primer ministro y descansaba de su ciclópea labor durante la guerra, aceptó una invitación del presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, para dictar una conferencia en la Universidad de Fulton, del Estado de Missouri, lugar natal del presidente norteamericano. Tuve oportunidad de visitar —años después— el museo churchilliano que se fundó en Fulton en recuerdo de esa visita. Allí se guardan la tribuna desde la que Churchill pronunció su arenga y los originales de ella. Por primera vez se usó en tal discurso la expresión "cortina de hierro" para referirse al círculo amenazante del poder comunista en el corazón de Europa y por primera vez se insinuó la doctrina de la contención global del comunismo.

Pero la formulación más orgánica de esta teoría estuvo a cargo de un diplomático norteamericano, George Kennan, en un artículo que publicó en la revista *Foreign Affairs* en julio de 1947, con el seudónimo de Mister X. Unos meses antes en febrero, el presidente Truman proclamó la doctrina que lleva su nombre, al anunciar la ayuda norteamericana a Grecia y Turquía. En abril del mismo año, el Secretariado de Estado, encabezado por George Marshall, en un discurso pronunciado en Harvard, dio a conocer el Plan Marshall, un vasto proyecto de ayuda económica para la rehabilitación de Europa. Durante la presidencia del general Dwight Eisenhower, su Secretario de Estado, John Foster Dulles, expandió la doctrina de la contención del comunismo a un grado más avanzado: Estados Unidos se comprometería no solamente a contener el avance soviético sino que emplearía toda clase de presiones —hasta el borde de la guerra— pero sin transgredirlo— para liberar a los pueblos de Europa oriental sometidos por la URSS.

De estos gobiernos, de Truman y de Eisenhower, arrancan las primeras intervenciones norteamericanas en la guerra de Indochina que todavía libraba Francia para mantener sus

<sup>1</sup> *El difícil camino hacia la paz.*

colonias del sudeste asiático. El globalismo de la estrategia de la contención exigía que el poder norteamericano se aplicara en todo lugar donde apareciera el peligro de una extensión del comunismo, por alejada y extraña que fuera la zona a la del inmediato interés y defensa de los Estados Unidos. Precisamente, en el aludido artículo de Mister X, se afirmaba que "era justo que Estados Unidos adoptase con razonable confianza una política de firme contención destinada a enfrentar a Rusia con una incontrarrestable contra-fuerza en cualquier punto donde Rusia muestre indicios de que quiere perjudicar los intereses de un mundo pacífico y estable".

Hasta aquí, todos eran enunciados de una política pragmática cuyo fin era impedir la ruptura del equilibrio mundial de poder en favor de la URSS. Correspondió a John F. Kennedy, sucesor de Eisenhower en la presidencia, insertar en esta política el ingrediente idealista y mesiánico que es propio de los estadistas demócratas de Estados Unidos y que se inicia con Franklin D. Roosevelt en el pensamiento de la Carta del Atlántico.

En su mensaje al asumir la presidencia, Kennedy formuló así su concepto de la nueva versión del Destino Manifiesto: "Que sepan todas las naciones, las que nos quieren y las que no nos quieren, que hemos de pagar cualquier precio, sonorar cualquier carga, sufrir cualquier castigo, apoyar a cualquier amigo y enfrentar a cualquier enemigo para asegurar la supervivencia y el triunfo de la libertad."

La estrategia de la contención del comunismo no quedó en palabras. Una larga serie de maniobras diplomáticas y de alianzas militares dio sustancia concreta a la política occidental. Además de la Doctrina Truman y de la ayuda a Grecia y Turquía, se firmaron los tratados de la OTAN, SEATO, ANZUS, CENTO y se prometió el cumplimiento fiel del Tratado de Río de Janeiro. También hubo intervenciones militares directas en Iraq, en China, en Corea, en la República Dominicana y en Vietnam, Laos y Camboya. Además, Estados Unidos destinó considerables fondos de su presupuesto para la ayuda militar y económica de los países aliados.

La guerra fría ha tenido, a lo largo de tres décadas, episodios que van desde la recíproca guerra psicológica y de propaganda, llevada a través de cuantiosos medios de información masiva, hasta las presiones y amenazas diplomáticas y la acción militar.

Algunos hechos bélicos jalonen la historia de los años de la "guerra fría".

Desde 1946 a 1948 hubo una cruenta guerra civil en China, que terminó con la victoria de Mao Tse-tung sobre Chiang Kai-shek y el refugio de éste en la isla de Taiwan (Formosa); los conflictos entre Paquistán y la India y la formación del Estado Bangladesh; los encuentros en la frontera entre China y la URSS; en la frontera sino-india; la guerra de Corea, que terminó con la división del país; el conflicto árabe-israelí que tuvo sangrientos episodios en 1948-49, 1956, 1967 y 1972; las guerras de liberación en África; la guerra de independencia de Argelia; la guerra de Nigeria-Biafra; la guerra por la secesión de la provincia de Katanga en el Congo; en América Latina, el conflicto entre Honduras y El Salvador (1969), la intervención en la República Dominicana (1965) y golpes militares y sublevaciones en Bolivia, Colombia, Venezuela, Perú, Guatemala, Ecuador y Argentina; por último, la larga y sangrienta guerra de Indochina que culminó con la retirada de las tropas de Estados Unidos y la formación de gobiernos independientes en Vietnam del Sur y Camboya, amén de un realineamiento de fuerzas en Laos y el entredicho de Tailandia con Estados Unidos a propósito de una operación de "marines" para rescatar un buque norteamericano apresado por navíos camboyanos. Cálculos aproximados elevan a unos quince millo nes de muertos los caídos en estos diferentes teatros de operaciones, desde fines de la segunda guerra mundial hasta el presente.

Detrás de esta historia de enfrentamiento en los hechos hay una filosofía que le sirve de fundamento ideológico y de hipótesis histórica.

Ambos contendientes partían de la base de que sus acciones contra el adversario, sin necesidad de llegar a la última ratio de la guerra, acabarían por profundizar y acelerar la crisis del rival, determinada en primer término por sus contradicciones y debilidades internas.

Es de sobra conocida la tesis marxista de la perenidad inexorable del capitalismo y del imperialismo por virtud de las propias contradicciones del sistema y de la lucha de clases. Lenin desarrolló y amplió brillantemente esta tesis en sus obras sobre el imperialismo.

Partiendo de supuestos menos dogmáticos, más empíricos, también el capitalismo pronosticó la crisis del sistema socialista soviético o, en todo caso, su gradual involución hacia

formas capitalistas. Los economistas occidentales liberales negaron siempre la posibilidad de que la economía colectivista del socialismo fuera viable en la práctica. Muy pocos políticos en Occidente creyeron en la supervivencia del experimento comunista de Lenin. Y en tiempos más modernos, el recordado diplomático norteamericano George Kennan, experto en cuestiones soviéticas, propugnó su doctrina de la contención como forma activa de presionar y de interferir el proceso interno del sistema socialista mundial con vistas a acelerar el derrumbe inevitable o la transformación de la sociedad comunista.

Quizá la explicación más razonable del tránsito de la estrategia de la guerra fría hacia una política de acomodamiento y de modus vivendi entre ambos mundos se encuentre en el fracaso de estas hipótesis recíprocas de colapso del sistema rival.

Efectivamente, la guerra, que para Lenin era la única salida y última palabra del imperialismo, no solamente no significó la quiebra del capitalismo sino que éste ha salido fortalecido y enriquecido cualitativamente por efecto de la formidable eclosión de la revolución científica y tecnológica que la misma guerra estimuló, aunque parezca paradójico. La rápida recuperación de Europa, el auge sin precedentes del Japón y el ingreso de Estados Unidos a la etapa postindustrial del desarrollo económico y social determinan la aparente estabilidad del sistema.

En cuanto al comunismo, la URSS se convirtió en la segunda potencia mundial después de cincuenta años de severa disciplina en la erección de su industria de base y a pesar de la devastación material y humana de la guerra. Las naciones del Este de Europa y China siguen sin pausa y con éxito su proceso de industrialización. Funciona un sistema socialista mundial que, como veremos, se incorpora crecientemente a las corrientes del intercambio internacional y comienza la etapa de satisfacer las necesidades de consumo de su población.

La circunstancia de esta coexistencia de hecho del capitalismo con el comunismo debían conducir lógicamente a un paulatino relajamiento de las tensiones de la guerra fría. La experiencia demuestra que las naciones no pueden velar sus armas indefinidamente y que, de no ocurrir la catástrofe en el punto de máximo peligro, la necesidad de elaborar alternativas para la hipótesis apocalíptica va conformando una situación nueva y más plausible.

En la práctica se demostró que la retórica de la guerra

fría y la concepción maniquea y finalista de la contradicción insuperable no se acomodaban a los hechos. En las dos más graves crisis de este período, que fueron el bloqueo de Berlín en 1948 y el entredicho motivado por la instalación de cohetes nucleares rusos en Cuba, en 1962, la acción política de los estadistas privó sobre los planes de sus establecimientos militares. Las potencias rivales negociaron y evitaron el estallido de la guerra. Lo mismo ocurrió durante la guerra de Corea en 1950. Cuando las fuerzas del general McArthur llegaron a las fronteras chinas y la arrolladora contraofensiva de las tropas de Mao Tse-tung planteó al mando norteamericano la eventualidad de bombardear territorio chino, el presidente Truman desautorizó a McArthur y lo relevó del mando. La guerra de Corea terminó con una paz negociada en Panmunjom.

Tampoco funcionó en la práctica la tesis del "roll back" (de la liberación de las naciones "cautivas" del Este de Europa), que durante mucho tiempo fue doctrina oficial del Departamento de Estado dirigido por John Foster Dulles. Las potencias occidentales sólo dieron apoyo moral y de los organismos de inteligencia y de guerra psicológica a las sucesivas revueltas contra la dominación rusa que ocurrieron en Hungría, Polonia, Checoslovaquia y Alemania oriental. Por su parte, los comunistas solamente formularon críticas a la intervención de los "marines" norteamericanos en la República Dominicana bajo el gobierno de Lyndon Johnson.

Prevaleció en estos casos esa ambigua y nunca formulada teoría de las "esferas de influencia", que ya fuera objeto de conversaciones secretas entre Stalin y Churchill en los días de Yalta. Se sabe con certeza que en una conversación tenida en octubre de 1944 en Moscú, estos dos estadistas convinieron respetarse recíprocamente en sus acciones y las de sus aliados en la zona oriental de Europa y en Grecia. La mención concreta de este arreglo se encuentra en la historia de la Segunda Guerra Mundial escrita por Winston Churchill.

Esta relación que acabamos de hacer, referente al largo período de la guerra fría, nos revela dos cosas:

- 1) Que todas las palabras y los agravios derrochados por ambas partes no las llevaron a arriesgar un enfrentamiento global y decisivo en el terreno bélico, salvo intervenciones esporádicas en conflictos locales;
- 2) Que la renuncia a la guerra total implicaba el reconocimiento tácito de los cambios producidos en el equilibrio del poder como consecuencia de la guerra. Las potencias occiden-

tales aceptaban el nacimiento y consolidación de un sistema de naciones socialistas y la existencia de la Unión Soviética como nueva potencia mundial. A su vez, el Kremlin renunciaba a la hipótesis tradicional marxista de la propagación de la revolución en Europa occidental. La "real politik" del equilibrio entre los Estados de la región reemplazaba así a la teología del conflicto ideológico. El interés nacional, verdadero motor de las relaciones internacionales, tendía a buscar el terreno de la negociación y del "modus vivendi".

Aquel aforismo de que "la Historia no da saltos" se cumple una vez más al examinar este lento proceso de inteligente adaptación a la realidad que ha tenido manifestaciones muy importantes en estos últimos años y meses. Algunas de ellas son las siguientes:

- a) Los acuerdos suscritos entre las dos Alemanias que eliminan uno de los puntos de mayor fricción en la situación europea y que en el hecho significan el reconocimiento de la existencia de dos Estados que ulteriormente deberán negociar su fusión para responder al natural impulso histórico de ser una sola nación.
- b) El tratado germano-polaco que pone término al último diferendo respecto de las fronteras de posguerra, en Europa.
- c) El tratado entre la Unión Soviética y la República Federal Alemana, que desvanece la antigua hostilidad y el antiguo recelo alimentado por muchos años en Rusia respecto del llamado "revanchismo" alemán.
- d) El acuerdo multilateral entre las cuatro potencias aliadas ex ocupantes de Alemania sobre el "status" de la ciudad de Berlín.
- e) El reconocimiento de la existencia de la República Popular China por parte de Estados Unidos y su ingreso a las Naciones Unidas, después de veinticuatro años de cuarentena enteramente injustificada.
- f) La firma de un primer tratado sobre limitación de armas estratégicas nucleares entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que se agrega a varios pactos internacionales que regulan y limitan los ensayos y los usos militares del átomo.
- g) Los convenios entre Estados Unidos y la URSS sobre coparticipación en la exploración del espacio extraterrestre.
- h) El incremento de los intercambios comerciales, científicos y culturales entre el mundo capitalista y el mundo socialista. Cabe destacar especialmente: los recuerdos de provisión

de gas soviético a Alemania occidental, la cooperación de grandes empresas automotoras de Francia e Italia para la construcción de plantas en la Unión Soviética, las negociaciones que se realizan para la explotación de los inmensos recursos naturales de Siberia por consorcios soviéticos-nipones y, por último, los tratados celebrados por los países socialistas del COMECON (mercado común del sector comunista) con los países miembros del Mercado Común Europeo.

i) La realización de una conferencia paneuropea de seguridad, con participación de Estados Unidos y de Canadá, que tendrá como resultado principal un acuerdo de reducción de los efectivos de la OTAN y del Pacto de Varsovia si se llegase a un arreglo político de estabilidad y de paz en la región.

j) El fin de la guerra de Vietnam y Camboya, que demostró la futilidad de querer aplastar por la fuerza el derecho de autodeterminación de los pueblos.

Asistimos, pues, a la aparición de tendencias que apuntan no solamente a la estabilidad y a la paz, sino que contienen el germen de una creciente cooperación material y cultural que se irá ampliando a medida que se desvanezcan los últimos vestigios del pasado enfrentamiento ideológico. No sería, empero, prudente, alentar exagerado optimismo ni creer que avanzamos hacia una sociedad idílica, liberada por entero de los resabios del pasado. La sociedad mundial, como las comunidades nacionales, es un organismo complejo e intrínsecamente conflictivo, que jamás permanece igual ni inerte. La ley de la evolución social es la variedad y el cambio. Hablemos únicamente de la circunstancia actual, que puede no ser la de mañana. Pero estamos obligados a registrar estas tendencias favorables a la paz y a la coexistencia porque éste es un dato que nos interesa doblemente. Como miembros de la comunidad humana universal y como ciudadanos de una nación que puede extraer de esta coyuntura feliz aportes fundamentales para su propio desarrollo nacional.

Para bosquejar a grandes trazos el mundo que tenemos por delante, habría que señalar estas características:

1) La inmediata posguerra se expresó en la formación de dos grandes polos dominantes, representados por el poder militar de Estados Unidos y de la Unión Soviética. Estados Unidos era, además, la única potencia que salió fortalecida económicamente, hasta el punto de concentrar más de la mitad de la producción mundial de bienes y servicios. La URSS se

recuperó mucho antes de lo que se esperaba en vista de la tremenda devastación de su potencial económico durante la guerra. Europa, en cambio, enfrentó serias dificultades iniciales para recobrarse. Japón era una potencia relegada a su condición insular.

Esta situación de posguerra ha cambiado fundamentalmente en las últimas dos décadas. El Mercado Común Europeo, recientemente ampliado, es hoy la primera potencia comercial del mundo. Japón ha crecido con las más altas tasas de desarrollo económico registradas en la historia universal. En el aspecto político, ya no hay dos bloques compactos y sumisos a las directivas de la potencia hegemónica. Ni Estados Unidos dicta su ley a sus aliados, ni la Unión Soviética conduce arbitrariamente los destinos del bloque socialista (máxime después de la aparición de China como gran potencia futura). La sociedad mundial es una comunidad plural, cuyo signo distintivo es el fortalecimiento de las soberanías nacionales y la resistencia a los esquemas supranacionales que esconden intenciones imperialistas. Ejemplos: los esfuerzos de los países del COMECON, la comunidad económica socialista, para romper las trabas a sus relaciones con los países capitalistas y los recelos que despiertan en América latina los planes de integración regional que implican postergar el desarrollo nacional independiente y establecer una relación colonialista de división internacional del trabajo entre nuestras repúblicas.

2) La antigua bipolaridad subsiste en el aspecto militar, aunque aparezca potencialmente desafiada por naciones como Francia y China que se niegan a aceptar como inmutable el monopolio norteamericano-soviético de las armas nucleares. Por mucho tiempo todavía, el terrible poder de desatar la guerra total estará concentrado en Washington y en Moscú.

3) La comunidad internacional comienza a registrar como un hecho irreversible la presencia de la Unión Soviética como un Estado que reclama su participación en el concierto mundial y no como un centro de irradiación subversiva. Cuando el presidente Nixon acude a Moscú para afirmar en la práctica su enunciado de que la "era del enfrentamiento debe dar paso a la era de la negociación", reclama la cooperación soviética para ayudar a solucionar los conflictos de Vietnam y del Cercano Oriente y de este modo legitima implícitamente la actuación soviética en el Mediterráneo, en el Océano Índico, en el sudeste asiático, en el conflicto indopakistanés, en el pleito árabe-israelí. Acepta de este modo los límites del poder nor-

teamericano, antes incontestado. Nixon había proclamado antes esta nueva visión del mundo multipolar cuando dijo: "Creo que tendríamos un mundo más seguro si contáramos con fuertes y solventes Estados Unidos, Europa, Unión Soviética, China, Japón, cada una equilibrando a la otra y no jugando a unas contra las otras."

4) La nueva política internacional de Estados Unidos, formulada muy concretamente por el presidente Nixon en su discurso de Guam y en sus mensajes al Congreso sobre política internacional, significa un repliegue desde la posición globalista y mesiánica de Estados Unidos como "centinela" mundial. Reduce el intervencionismo indiscriminado de sus antecesores en la Casa Blanca y afirma que la ingerencia norteamericana se reducirá a aquellos casos en que esté en juego directamente el interés de la defensa y la preservación de Estados Unidos. En todos los otros conflictos locales intervendrá solamente si así lo dicta el interés de su país y sólo de manera subsidiaria, para complementar el esfuerzo del país amigo que reclame ayuda y no para reemplazarlo. A este concepto respondió el plan de Nixon de "vietnamización" de la guerra de Indochina, aunque luego se aferró al cumplimiento de compromisos que fueron contraídos antes de adoptar su nueva política realista y pragmática. Esta contradicción le impidió poner término totalmente a la intervención de Vietnam y aceptar la salida que la opinión pública norteamericana le aconsejaba sobre la base de reconocer el hecho, demostrado hasta la saciedad, de que ninguna gran potencia es capaz de determinar el destino de los pueblos que luchan por su autodeterminación. La única solución razonable para esta inútil matanza era dejar que los vietnamitas resolvieran su guerra civil y concertaran la unidad nacional, que les ha sido negada durante muchas centurias.

La dicotomía de la política vietnamita de Nixon consistió en no querer aceptar este principio —aunque la opinión universal lo considera inamovible— e insistir en la fútil tentativa de mantener un gobierno títere en Saigón. Esta posición es un resabio de la vieja tesis del "dominó", según la cual si el sureste asiático cayera en manos comunistas, toda Asia seguiría su suerte. La hipótesis pudo tener algún asidero cuando Estados Unidos estableció idéntico principio al poner en cuarentena a China con el argumento de que los comunistas de Mao se preparaban a conquistar el resto de Asia. Ha perdido toda justificación desde que Nixon rectificó esa política y previó la posibilidad de la coexistencia de los intereses norteamericanos

con los de China continental en el área del Pacífico. La consecuencia lógica de esta nueva actitud habría sido que Estados Unidos tendiera a negociar con el Vietcong y con el gobierno de Hanoi la constitución de un gobierno de Saigón que respondiera a la libre expresión del pueblo y que eventualmente negociara con el Norte la unificación del país. Esta ha sido la solución a que finalmente se arribó después que Estados Unidos decidió poner fin a su intervención en Indochina.

La llamada "doctrina Nixon" está inspirada por las ideas de quien fuera su principal asesor, Henry Kissinger, discípulo remoto de Metternich, el famoso canciller austriaco del siglo pasado. En sus libros *Un mundo restaurado* y *Armas nucleares y política exterior*, sostiene que es posible recomponer el viejo equilibrio de poderes que se creó en Europa después de la derrota de Napoleón y constituir una comunidad internacional fundada en el derecho, en la aceptación de normas de convivencia y en la aplicación de una diplomacia flexible y astuta.

En cuanto al aspecto militar de ese equilibrio, Kissinger es partidario de la estrategia de la "respuesta flexible", por oposición a la represalia masiva nuclear que tuvo auge en Estados Unidos en las décadas de los años 40 y 50. Entiende que la paridad nuclear con la Unión Soviética puede mantenerse sobre la base de que ambos contendientes conserven un arsenal de misiles nucleares "suficiente" para disuadir a la otra parte sin empeñarse en incrementar indefinidamente los gastos que demanda la carrera armamentista. Sobre este supuesto se elaboró el tratado de limitación de armas estratégicas nucleares que Washington y Moscú suscribieron.

5) El pluralismo en la nueva relación mundial de fuerzas tiene su expresión más relevante en Asia. Sus notas destacadas son: el conflicto chino-soviético, la política de Japón respecto de Estados Unidos y China y las nuevas relaciones entre Moscú y Washington.

Estas cuatro potencias —Estados Unidos, la Unión Soviética, Japón y China— a las que había que agregar la India, que ha surgido con gran fuerza después de su victoria sobre Pakistán en el problema de la secesión de Bangladesh, deberán actualizar sus políticas en la región. El proceso ha comenzado y evoluciona muy activamente. Japón, sin renunciar a sus especiales relaciones con Estados Unidos —fundamentalmente en materia de protección nuclear ya que Japón no tiene, por ahora, planes de equipamiento atómico— está obligado a iniciar una política dinámica de relaciones con China, que ya ha te-

nido comienzos de ejecución. China y todo el sudeste asiático es un gran mercado potencial del Japón, sobre todo cuando éste se enfrenta a la reducción de sus exportaciones a los Estados Unidos. Por su parte, el gobierno de Pekín no puede renunciar a la prevención de cualquier intento japonés de reasumir su poder militar en el Pacífico.

Estados Unidos pretende obtener la cooperación de Tokio para vigilar los acontecimientos en Asia, convirtiendo al Japón en el factor principal de la estabilidad en la región y en guardián de los intereses del mundo capitalista en la misma.

En cuanto a las relaciones entre Estados Unidos y la URSS, la tendencia hacia la distensión se mantiene bajo el gobierno de Gerald Ford, sucesor de Richard Nixon quien se vio obligado a dimitir a raíz del sonado escándalo de Watergate, uno de los tantos episodios de la corrupción que es característica de la baja politiquería en los Estados Unidos. Las ideas de Kissinger, actual Secretario de Estado, sobre el acuerdo bipolar con Moscú siguen inspirando la política exterior de su país. El presidente Ford se entrevistó con Leonid Breznev, sucesor de Jruschov en la Secretaría General del partido comunista soviético y decidido campeón de la coexistencia pacífica y de estrechas relaciones con Washington. Empero, hay sectores importantes del gobierno de Estados Unidos que ponen trabas a las buenas relaciones con los rusos alegando que hay que mantener en vela las armas ante la eventualidad de cambios en la política soviética de distensión. Dichos grupos tienen exponentes en el Ministerio de Defensa y en el Pentágono, así como en el Congreso y en ciertos sectores de la industria de guerra.

Los acuerdos fundamentales concertados entre Estados Unidos y la URSS sobre desarme nuclear tienden a descartar la guerra entre ambos. No obstante, el peligro del uso de armas atómicas se acrecienta en la medida en que la disponibilidad de material fisionable y la tecnología para producir armas nucleares se universaliza. Son muchas las naciones que poseen reactores con fines industriales pero que pueden ser empleados con fines bélicos. Recientes informes oficiales de Washington expresan preocupación respecto de los peligros de lo que ha dado en llamarse "la segunda era nuclear", es decir la que se inicia con la proliferación de materiales atómicos. Incluso se previene contra el riesgo de apoderamiento ilegítimo de éstos por parte de grupos privados de presión ideológica o de simples delincuentes, que tendrían, en un porvenir no lejano,

la posibilidad de construir armas tácticas atómicas con fines de extorsión e intimidación. Lo que demuestra que la humanidad está siempre expuesta a que se subvientan todos los esfuerzos que se hacen, a nivel de gobiernos, por disipar el terror atómico.

La mayor incógnita es la que se refiere a las relaciones entre la Unión Soviética y China. Esta última posee actualmente un pequeño arsenal nuclear, capaz, sin embargo, de amenazar la seguridad de las fronteras orientales de la URSS. Ambas potencias compiten en influencia ideológica sobre los pueblos del sudeste asiático.

Finalmente, debo agregar a este examen de situación las reflexiones que inspira la coyuntura actual del mundo a un argentino que integra el sector periférico del mapa universal, este vasto mundo de más de dos mil millones de seres que, después de haber sido durante siglos espectadores impotentes de la historia de las grandes potencias, tienen ahora presencia y vocación para reclamar un papel mucho más activo.

La lucha nacional de los pueblos de Asia, África y América Latina coincide con la configuración de un mundo que, descartada la guerra nuclear que acabaría con la especie, está lanzado a la exploración de formas de convivencia constructiva y dinámica que inexorablemente desembocarán en una instancia histórica revolucionaria: la de la integración de los pueblos del Tercer Mundo en la sociedad de la paz y de la abundancia.

El fenómeno determinante de este proceso unitario es la revolución cultural, científica y técnica de esta segunda mitad del siglo XX.

La frase conocida del físico inglés Arthur Clark de que "viven en la actualidad y son nuestros contemporáneos el 90 por ciento de los sabios, investigadores y técnicos que produjo la humanidad en toda su historia", ilustra la circunstancia inédita de que nuestro tiempo está enriquecido por la más fabulosa acumulación de conocimientos y de aptitudes para que el hombre, que durante milenios administró y distribuyó escasez pueda ahora administrar y distribuir abundancia.

En la evolución dinámica de este fenómeno, es absolutamente impensable que se mantenga por mucho tiempo el monopolio que de este enorme acervo material y cultural detenta el grupo de grandes potencias industriales capitalistas y socialistas, que acaparan el 80 por ciento de la producción de bienes y servicios y el 80 por ciento también del comercio del mundo.

Obedece a la más elemental razón histórica y al cumplimiento de las leyes que presidieron esa misma concentración, la hipótesis de la difusión universal de esos bienes económicos y espirituales.

La razón histórica surge claramente de la decisión colectiva de los pueblos marginales de romper los vínculos tradicionales de su dependencia. El fin del colonialismo político es inseparable de la perención del colonialismo económico. Los pueblos que acaban de conquistar su libertad política, así como los que la conquistamos a comienzos del siglo pasado, saben ya que la soberanía es una ilusión si no descansa en el poder material, en la capacidad socioeconómica de afirmar la nacionalidad. El subdesarrollo genera la disgregación del ser nacional, la violencia y la mediatisación del poder de autodeterminación.

Las leyes que rigieron el desarrollo de las grandes potencias, me refiero a las leyes de la economía política, determinan que cuanto mayor sea la oferta de bienes y servicios en el mercado mundial, mayor es la necesidad de crear demanda solvente para adquirirlos. Y esta ley económica es válida para cualquier economía, capitalista o socialista.

Al ritmo actual de producción, acelerado, multiplicado al infinito por la ciencia y la técnica modernas, la competencia internacional está obligada a desarrollar mercados, so pena de que las grandes potencias se embarquen en una guerra tarifaria entre ellas —como las del pasado— que, dada la magnitud de la oferta en el mundo moderno, las conduciría a un callejón sin salida. La actual crisis monetaria internacional, que tiende a agravarse, y que afecta al área del dólar, de la libra, del yen y otras divisas de los países grandes, no es sino reflejo de la creciente dificultad de coordinar y compensar los intercambios comerciales entre ellas. Es sabido que el mecanismo monetario no es una entidad en sí misma sino un sistema para medir y ordenar fenómenos económicos.

Por consiguiente, una vez que las grandes potencias sufran las consecuencias de la concentración de los intercambios entre sus mercados saturados, eclosionará un nuevo intento colonial: querrán promover y controlar los mercados del sector hoy marginado del consumo.

Sin embargo, esta nueva aventura colonial no se parecerá en nada a la de los siglos pasados. Ya no le servirá, por razones obvias, el viejo esquema de la división internacional del trabajo, por el cual los países industriales se limitaban a explotar

las minas y el agro de los países dependientes para abastecer su industria y su mercado de alimentos. Ahora estarán obligados a generar mercados solventes para que puedan absorber sus excedentes de capital, de tecnología y de bienes industriales. Es decir, deberán industrializar a su vez a sus potenciales clientes.

El porvenir de este neocolonialismo puede ser fatal para los pueblos del sector periférico si obedece a las pautas dictadas por los monopolios internacionales. Una de estas pautas es la de organizar grandes "espacios" económicos regionales con desmedro del interés nacional de cada pueblo.

Pero este designio surgirá en un tiempo histórico muy distinto al que presenció la colonización de Asia, África y América latina en el pasado. Aparecerá en momentos en que estos pueblos ya no son tierra de nadie, sino sujetos conscientes y decididos a crear las bases materiales de la nacionalidad. El proceso de formar una gran comunidad mundial incorporada al consumo creciente y al bienestar y la cultura para todos, será fundamentalmente obra de la conciencia y la deliberación de nuestros pueblos, que están empeñados en la empresa revolucionaria de superar su atraso y su dependencia.

Creo que este factor revolucionario ha sido enteramente subestimado por los arquitectos actuales de la política internacional fundada en un nuevo dispositivo de la idea del Congreso de Viena, del equilibrio del poder entre las potencias rectoras. Lo que pudo hacer Metternich con la Europa posnapoleónica, o sea restablecer el equilibrio de un reducido grupo de amos del mundo, que había sido subvertido por las expediciones del gran corso Bonaparte, resulta bastante químico en nuestra época, cuando la dimensión de los participantes es muy distinta y cuando el cuadro del equilibrio tiene que incluir la Unión Soviética, el Japón, China y las naciones del Tercer Mundo que reclaman y ya tienen conquistado su lugar en las asambleas donde se resuelven los problemas de la familia internacional de naciones.

En este mundo poliforme, vario, recorrido por los vientos de la revolución de los pueblos sumergidos, un privilegiado club de grandes potencias puede, quizás, intentar un equilibrio inestable y estático, que excluya la guerra total entre ellas como medio de dirimir sus disputas. Esto es mucho, pero no es todo. Le falta a este esquema la concepción, la percepción dinámica, de los avatares del porvenir. Es un arreglo que niega el cambio, un cambio que es fruto de la aceleración de la

historia, de un ritmo de transformación y de desafío a los valores tradicionales que las propias orgullosas grandes potencias sienten en la entraña de sus pueblos satisfechos y que, con mayor razón, empuja la revolución de los pueblos insatisfechos.

No creo que pueda completarse un panorama de las tendencias actuales de la política internacional sin recoger, aunque sea sumariamente, este dato del "shock del futuro" como lo llama el escritor norteamericano Alvin Toffler y que está socavando los tabúes de un pasado que todavía nos acosa pero que está irremisiblemente condenado por la Historia.

## EPÍLOGO

Concluido este itinerario que nos ha llevado a explorar las corrientes más fidedignas de la historia que vivimos, me pregunto, con el lector, si las hemos identificado cabalmente.

No hemos tratado de teñir la realidad con preconceptos: la hemos recogido, desplegado y expuesto objetivamente. La transición que denunciamos está ahí, en esos testimonios.

Está, en primer término, en las características materiales circundantes; en un contexto económico que distingue a nuestro tiempo de todos los precedentes. Nuestros antecesores vivieron en un mundo relativamente pequeño y constreñido en fronteras de escasez, de reparto desigual de la riqueza; de naciones dominantes que explotaban a naciones dominadas, productoras de materias primas naturales; de grandes concentraciones de recursos e ingresos en un polo y de pobreza o miseria en el otro y de carteles internacionales que regulaban la producción y la limitaban o ampliaban conforme a sus necesidades de dominio del mercado y de fijación de los precios.

En cambio, nuestro mundo evoluciona —todavía dentro de aquella estructura— hacia relaciones económicas basadas en una producción superabundante, cuyas fuentes de materias primas se amplían y se convierten en inagotables por obra de la ciencia y la técnica que dominan totalmente la naturaleza y la reproducen al infinito en el laboratorio. Esta liberación de la escasez natural y el incremento irreprimible de la productividad (también por efecto de la revolución tecnológica), tienden a rebasar el ámbito cerrado donde los monopolios manipulaban la oferta y regulaban a voluntad su provecho, puesto que no pueden frenar ni su propia capacidad productiva en

ascenso ni la universalización de los nuevos y fantásticos medios de producción, con lo cual entran en contradicción con su estructura tradicional y se exponen cada vez más a la competencia.

En efecto, ya no son los grandes monopolios los que tendrán la exclusiva aptitud de producir en masa y a bajo costo, a medida que las nuevas técnicas y la automatización se hagan accesibles al productor independiente y a las naciones en desarrollo, fenómeno inevitable que será determinado por la propia dinámica de la generalización de la tecnología. Finalmente, el exceso de oferta resultante de estos fenómenos obligará, a la larga, al capitalismo y a los propios monopolios, a crear demanda, o sea, a crear aptitud de compra en vastas comunidades hasta hoy excluidas prácticamente del mercado mundial o reducidas a inferiores niveles de consumo.

La transición no estaría descripta todavía con estos elementos básicos, si no hubiéramos ido a explorar, en segundo término, el cuadro universal de fuerzas en que esos avances técnicos se producen.

Así, nuestro itinerario nos llevó a descubrir esas fuerzas, interrogando el pensamiento de la Iglesia, del mundo occidental y del mundo comunista, a través de las personalidades de S. S. Juan XXIII, John F. Kennedy y Nikita Jruschov, y poniendo estas corrientes en la perspectiva histórica que demuestra la inexorable mutación de las formas económicas, sociales, políticas y espirituales. Para ello, entrevistamos la transición del feudalismo al capitalismo y el método científico que se aplica al estudio de estos cambios y que se diferencia de sus manifestaciones ideológicas en que éstas pretenden reproducir en nuestra época las conclusiones de Marx en el siglo XIX, en lugar de usar su método, que es lo permanente en el marxismo, para analizar lo que ocurre en esta segunda mitad del siglo XX.

En esta parte de nuestro periplo, descubrimos que el capitalismo, que hizo la civilización del siglo pasado, ya no reina indisputado en nuestra época, porque su estructura mundial ha sido rota por la implantación del sistema socialista en pueblos que congregan a más de un tercio de la población de la tierra, convirtiendo al proletariado de todos los países en la fuerza decisiva de la transición; que esta circunstancia no es un hecho que se expresa, como muchos creen, en la división mecánica del mundo en dos compartimientos incomunicados, sino que significa un factor radicalmente nuevo, que modifica la esencia de las relaciones históricas mundiales en ambas esferas.

Fundación Desarrollo y Política

Descubrimos también que, afianzado el sistema socialista después de la segunda guerra, su crecimiento y expansión dependen del mantenimiento de la paz, en lugar de descansar en el concepto mesiánico de la revolución permanente y de la guerra; y que el mundo capitalista, impedido a su vez de destruir por la violencia a su rival, necesita extraer de la paz y la convivencia los elementos necesarios para continuar su vigencia y expandirse en busca de nuevos mercados de consumo, en condiciones absolutamente diferentes a las que favorecieron su difusión en la era colonial.

A este respecto, señalamos la paradoja de que sea la misma ideología que combatía a Lenin cuando éste empleó la violencia para quebrar al imperialismo en su eslabón más débil, acusándolo de antidemocrático y de antisocialista, la que predica hoy la violencia ( sea la violencia reaccionaria de la oligarquía, sea la violencia socialista de los sectores trotskistas y paratrotskistas), cuando el proletariado gobierna más de la tercera parte de la humanidad, cuando el capitalismo se ve forzado a seguir vías de expansión pacífica que excluyen las formas violentas del imperialismo tipo siglo XIX, cuando la competencia entre la producción socialista y la producción capitalista obliga al capitalismo a desarrollar la capacidad adquisitiva de las zonas marginales y atrasadas, industrializándolas, cuando el terrible poder de las armas nucleares descarta la guerra internacional y destierra la posibilidad de que una nación poderosa avasalle la soberanía de una nación débil.

Por eso fuimos a buscar los signos de esta relación del capitalismo y del socialismo en la coyuntura de sus respectivas expansiones y hallamos de nuevo el concepto de la coexistencia, entrevisto en Yalta por Roosevelt, Stalin y Churchill, y empeñosamente buscado por Kennedy y Jruschov, desafiando a los extremistas que los critican; citamos varios episodios de la posguerra para ilustrar esta voluntad de transacción.

Todavía analizamos otros elementos, entre ellos el despertar revolucionario del "tercer mundo" y su ingreso en la comunidad universal, en la que se toman las grandes decisiones políticas. Y este hecho nos enseña que esta nueva dimensión histórica señala el ocaso de la explotación colonial y la impotencia de los sectores imperialistas que aún pugnan por dictar la conducta de esos pueblos; en el marco de la paz y de la democracia internacional de las Naciones Unidas, el imperialismo es ya un fantasma condenado a su lenta frustración; Cuba no puede ser agredida en este contexto ni tampoco puede

[www.desarollismo.org](http://www.desarollismo.org)

agredir, aunque lo quisiera; en Laos no se intenta repetir lo de Corea, se negocia; el África francesa se libera cuando goberna en Francia el más fuerte abanderado de la vocación de potencia de su nación.

Expusimos los procesos. No olvidamos sus fuertes contradicciones, sus violentos antagonismos internos, no postulamos utopía alguna; simplemente pusimos en evidencia los nuevos factores que impulsan la transición y que constituyen una magnitud en el sentido del cambio, desafiada por otras magnitudes que se aferran al *status quo*. Pero, subrayamos las condiciones objetivas de la transición, sosteniendo que no se puede dejar de computarlas si hemos de aplicar un método científico a su examen, en lugar de refugiarnos en casilleros ideológicos inflexibles. Para reforzar nuestra invitación a ese análisis, citamos las corrientes que, en la sociedad capitalista, en el ámbito socialista y en el terreno espiritual y religioso, proceden con dicho rigor metodológico en reemplazo de la obcecación sectaria.

Así pusimos al lector en aptitud de reflexionar y de emanciparse de la constante agresión de que es objeto la criatura pensante de parte de los medios de información en masa, de los agentes de guerra sicológica, de los propagandistas ceriles, que pretenden reducir la maravillosa, sutil, compleja y fluida trama de la historia a un primitivo combate entre el bien y el mal, entre burdas simplificaciones de las ideas y las fuerzas actuantes. Estos agresores del espíritu —los hay en la derecha, el centro y la izquierda— pretenden dividir la humanidad en huestes fanáticas, en bandos hostiles e irreconciliables. En estas entrevistas hemos ido al encuentro de una realidad que no encaja en esas rutinas y de hombres e ideas que no son prisioneros de la mentira organizada.

Y levantamos así la cortina sobre una humanidad que conserva la belleza y el drama de lo vario y dinámico, esencias ambas de la historia del hombre. Nos encaramos con una sociedad que, por primera vez, es una sociedad mundial, ya que todos los pueblos tienen voz y voto en su destino comunitario. Y donde las condiciones objetivas —la abolición de la guerra, la convivencia, la competencia pacífica entre las dos grandes maquinarias productivas del capitalismo y del socialismo— destierran la violencia como medio para conquistar el poder, la abundancia y el bienestar.

En esta sociedad liberada del temor, agrandada y enriquecida por el ingenio sin límites del hombre que ha vencido a

la naturaleza y domina sus leyes, hasta el punto de que viaja y se instala en el cosmos, resultan anacrónicos el odio y la lucha violenta por imponer ideas y conquistar posiciones. Incluso, esa posición que hasta ayer parecía irreductible entre Oriente y Occidente, se transforma en una posibilidad cierta de coexistencia, en la cual los socialistas saben que la sociedad se encamina irremisiblemente hacia niveles superiores de creciente justicia social y libertad, y en la cual los conservadores pueden confiar en que su mundo no se agotará en la medida en que se transforme y libere de la miseria a sus zonas rezagadas. Y que sus principios de libertad individual y de iniciativa privada, así como sus tradiciones espirituales y culturales, lejos de extinguirse, podrán desarrollarse en plenitud, cuando no estén aprisionadas por el miedo a la guerra y a la violencia de clases. Las encíclicas del Papa campesino señalan la senda: son la más clara expresión de la simplicidad cristiana, de un retorno a las fuentes más puras de la revelación y de la justicia, que renuevan a la Iglesia y la aligeran de su énfasis pontificio, de su empaque de potencia vaticana.

Y llegamos finalmente a nuestra América y a nuestra Argentina, escenarios donde todas esas dimensiones mundiales actúan, se desplazan y se enfrentan. Aquí se libra la gran batalla para superar el subdesarrollo en el contexto de la paz del mundo. Fuimos a entrevistar dos expresiones opuestas en las personalidades de Castro y Frondizi. Al hacerlo, nos detuvimos en la doctrina del Movimiento de Integración y Desarrollo, un movimiento argentino que ha articulado una teoría orgánica de la lucha de nuestros pueblos, enmarcada en los elementos de la problemática mundial que hemos exhibido en este ensayo. Es una doctrina que se elaboró y formuló años antes del gobierno de Frondizi y se ratificó cuando aún privaba en todos los espíritus la acción del enfrentamiento inevitable, de la inminente aniquilación de Cuba, y cuando la violencia y la insidia se habían desatado en nuestro país para frenar y aplastar el progreso de la Argentina.

Entonces ya, dijimos que la evolución de los acontecimientos sería otra y precisamos las líneas del proceso: afianzamiento de la legalidad democrática, la paz social y el desarrollo económico. Aseguramos que este proceso se cumpliría a despecho de todas las presiones, de todas las agresiones. Lo reiteramos en el momento mismo en que la fuerza reaccionaria derribaba el gobierno de Frondizi, cuando el desaliento y la duda paralizaban a casi todos. Y proclamamos la inevitable

restauración de la democracia y la reasunción de la obra de desarrollo, mediante la unión de los sectores populares y de todas las clases sociales para reconquistar a la Argentina aprisionada.

## INDICE

Prólogo de la segunda edición .....	7
Prólogo de la primera edición .....	13

### CAPITULO PRIMERO

Entrevista con el autor .....	15
-------------------------------	----

### CAPITULO SEGUNDO

Entrevista con el robot .....	41
-------------------------------	----

Administración de la escasez y administración de la abundancia y del ocio. La revolución científica y tecnológica. La enorme concentración de recursos humanos y financieros. El monopolio forma perfecta de producción en el actual estadio histórico: el monopolio privado en el sector capitalista y el monopolio estatal en el sector socialista. Proyección de la concentración económica en escala mundial. Enriquecimiento de las naciones industriales y empobrecimiento de las de producción primaria. La ley del crecimiento de la economía monopolista. El desafío a las contradicciones y anacronismos de la economía monopolista. La conciencia de la industrialización y la integración nacional.

## CAPITULO TERCERO

Entrevista con el espíritu de Yalta ..... 53

La responsabilidad de todo Estado moderno frente a los problemas internacionales de la paz y del bienestar. La orientación de la política exterior norteamericana bajo Roosevelt. Las pretensiones del nazifascismo. Los intereses nacionales de los Estados Unidos y de la Unión Soviética. La concepción de Roosevelt acerca de las consecuencias económicas de la paz. Imposibilidad de repetir la experiencia imperialista del siglo xix. La aparición económica del sector público. La liquidación del colonialismo.

## CAPITULO CUARTO

Entrevista con S. S. Juan XXIII, Nikita Jruschov y John F. Kennedy ..... 67

Juan XXIII coloca a la Iglesia en el centro mismo de la problemática política y social. La encíclica *Mater et Magistra*. Desarrollo y subdesarrollo. La cooperación internacional. La encíclica *Pacem in terris*. El Concilio Vaticano II. Nikita Jruschov. La coexistencia pacífica. Los antecedentes teóricos en Lenin y Stalin. Los antecedentes históricos. La posibilidad de transición hacia nuevas formas sociales por vías democráticas y pacíficas. John F. Kennedy. Rectificación de la política norteamericana de la guerra fría. El carácter de la confrontación con la URSS. Necesidad de facilitar el desarrollo del tercer mundo. La paz, el desarme, la coexistencia y la cooperación internacional.

## CAPITULO QUINTO

Entrevista con Carlos Marx, el socialismo científico y la utopía ..... 113

Los orígenes del capitalismo y los pensadores sociales. La cosmogonía marxista de la historia. Las leyes de la doctrina marxista. La ley económica de la sociedad moderna. La diferencia cualitativa del mundo capitalista posterior a Marx y a Engels. El capitalismo y el socialismo impulsados objetivamente a competir sin agredirse.

## CAPITULO SEXTO

Entrevista con Arturo Frondizi y Fidel Castro ..... 131

La concepción desarrollista de la política internacional. Las contradicciones entre países desarrollados y subdesarrollados, socialismo y capitalismo y clases y sectores en la sociedad nacional. El desarrollo, la coexistencia y la alianza de clases y sectores nacionales. El capital extranjero. La experiencia cubana. El camino argentino hacia el desarrollo.

## CAPITULO SEPTIMO

Entrevista con la coexistencia pacífica ..... 169

El fin definitivo de la guerra fría. Los conflictos localizados. El afianzamiento de la coexistencia.

Epílogo ..... 187

Esta segunda edición de 3.000 ejemplares, se terminó de imprimir en los Talleres de EDICIONES CRISOL, Rivadavia 1255, Buenos Aires, en la primera quincena de agosto de 1976.

[www.desarrollismo.org](http://www.desarrollismo.org)